

de

EL LIBRO DE LA CRUELDAD:

**DEL CUARTEL Y
DE LA GUERRA**

**Manuel
Ciges
Aparicio**

Lectulandia

El libro de la crueldad: del Cuartel y de la guerra (1906), texto demoledor en las que ponía al descubierto la vida de los cuarteles y su actitud antimilitarista, presta soporte histórico a los dos primeros libros de esta serie y relata con agilidad y verismo la experiencia militar del autor entre 1893 y 1896, a caballo de dos campañas —Melilla y Cuba— vistas, no sin humor, en su cruda dimensión cotidiana.

En Melilla vive sus primeros combates. Ascendido a sargento es destinado a Manresa. Con anterioridad a su marcha a Cuba publica dos artículos en *El País*, con el seudónimo de Escipión, defendiendo autonomía de Cuba en un caso y en el otro decantándose por la revolución en la política frente a la evolución. Pasa una larga enfermedad que le obliga a su hospitalización, vivencias que relata en *El libro de la vida doliente: del hospital* (1906). En su destino llegó a sustituir en el mando a un teniente, pero acabó en la cárcel del Castillo de la Cabaña (La Habana) por haber atacado la actuación de las autoridades militares, y concretamente la del general Weyler, en una crónica que intentó enviar a *L'Intransigeant* de París y que fue interceptada, valiéndole la acusación de traición y corriendo el serio albur de ser fusilado. La acusación se redujo al no haberse hecho efectiva la publicación y se limitó al hecho de relacionarse con independentistas, aunque ss condenado a más de cuatro años de prisión. Su estancia en prisión las hace públicas en su libro *El libro de la vida trágica: del Cautiverio* (1903), testimonio autobiográfico de impresionante sinceridad pero de gran objetividad.

Ciges Aparicio esboza con estilo impresionista y vivo varias situaciones de fuego, especialmente en la última fase de su libro *Del Cuartel y de la guerra*, que narra la persecución de Maceo por las Lomas de Pinar del Río, en noviembre de 1896, bajo el mando directo de Weyler.

Intentando profundizar en la psicología bélica, Ciges Aparicio observa, con pesimismo español, que sólo el odio ciego y el instinto de supervivencia sostiene a los combatientes de ambos bandos, por encima de toda motivación ideológica.

La evocación de los efectos de la política de tierra quemada, impuesta por Weyler a partir de 1896, alcanza en Ciges Aparicio dimensiones de épica irónica, con explícitas acusaciones contra el general mallorquín. El motivo clave de la crueldad innecesaria es la reconcentración de campesinos, prevista

por Martínez Campos, y decretada por Weyler en octubre de 1896, que ninguna pluma española denunció con tanto vigor como el sargento Ciges, una conciencia civil accidentalmente armada.

En 1998 es repatriado e indultado.

Lectulandia

Manuel Hilario Ciges Aparicio

**El libro de la crueldad: del
cuartel y de la guerra**

Los cuatro libros 3

ePub r1.0
emiferro 30.03.2019

Título original: *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra*
Manuel Hilario Ciges Aparicio, 1906
Diseño de cubierta: emiferro

Editor digital: emiferro
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

M. CIGES APARICIO

EL LIBRO DE LA CRUELDAD

Del Cuartel
y de la Guerra



Preço: 3,50 ptas.

Portada de la edición de 1906

El libro de la crueldad

Del Cuartel y de la Guerra.



Portadilla interna de la edición de 1906

El libro de la crueldad

Del Cuartel y de la Guerra

POR

M. Ciges Aparicio

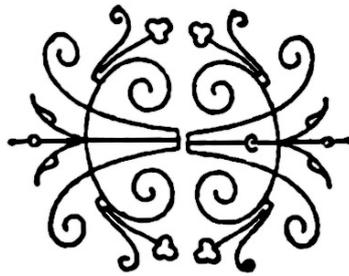


MADRID

Portada interna de la edición de 1906

Á^[a]

los que templan para la Acción
en el Jordán de las persecuciones.



Del Cuartel y de la Guerra

Primera Etapa

I

Játiva.

No recuerdo si es un viejo cuartel ó un convento viejo. Quizás ambas cosas. Ante una puerta nos detenemos los reclutas, inscriben nuestros nombres y entramos.

Es un local largo, bajo, de muros robustos como murallas. Suenan espuelas marciales; chocan y arrastran los sables; óyense voces que mandan con imperio, y otras que saludan con disciplinado apocamiento. Los oficiales pasan graves, nerviosos, enfundados los roses; los cabos y sargentos pasan, inspeccionan á los quintos que llegan.

Del primer local entramos en otro que lo continúa. Está rebosando de hombres jóvenes, que como informe piara, se revuelven, chillan, cantan, dicen obscenidades. Hay olor de suciedad y de aguardiente. El polvo y el humo del tabaco flotan tornadizos sobre las rudas cabezas. Por las ventanas miro pensativo el lento rodar de negras nubes preñadas de amenazas. Pasan, y un sol aburrido de marzo deja caer algunos rayos blanquecinos, sin calor ni alegría.

Algunos cabos se acercan á los grupos, catan del licor y fuman. Algunos reclutas se acercan á los sargentos, les ofrecen de fumar y secretean. Una voz pujante, influida de autoridad, retumba sorprendiendo los ánimos:

—¡A formar!

Cesan las charlas; caen los cigarros; ruedan las botellas; se incorporan los sentados. Llenos de estupor miran los ojos sin comprender lo que tan bruscamente ordenan. Vuelve á resonar la voz, y en su ímpetu vibra la cólera.

—¡A formar!

Otras voces mas moderadas, las de los oficiales, ordenan:

—¡A formar! ¡A formar!

Y otras más humildes, las de cabos y sargentos, repiten:

—¡A formar! ¡A formar!

Apresuradamente formamos dos filas irregulares y compactas. Un sargento de mirada fría y egoísta sonrisa, que no cae de sus labios, golpea con su sable á los hombres que sobresalen, y dice muy amable:

—¡Ya aprenderéis á formar!... ¡Estad seguros!

Y sus ojos brillan más fríos, y su sonrisa hierre.

Empieza la saca.

Un oficial de caballería me observa. Tengo modesta altura; el cuerpo cenceño y dúctil; la mirada fija: todo mi continente nerviosillo. Debo de ser pintadísimo jinete. El oficial me coge de la solapa; tira; vuelve á tirar; da un tirón y me hace suyo. En seguida me entrega á un cabo. Yo pienso:

—«¡Caballería, tres años!»; y como me siento indigno de servir tanto tiempo á la patria, me filtro sutil entre la densa fila de hombres, y me pongo en último término.

La saca avanza. Las filas se aclaran. Otro oficial de caballería me vislumbra, oblígame á salir y me separa satisfecho... Huyo vivaz; vuelvo á esconderme, y con decisiva premura digo al sargento de fríos ojos y punzante sonrisa, que pasa:

—¡Cinco duros si me lleva con usted!

El se detiene; dirige en torno rápida mirada, y cuando nadie le observa, me empuja violentamente, y caigo en un próximo cuarto oscuro.

Pasa algún tiempo y advierto rumores. Saco un cigarro y enciendo. Arrimados á la pared, cubiertos de telarañas, veo cinco hombres que me parecen gigantes.

¿Cuánto habían pagado?

II

Arreatados nos llevan á la estación. De diez en diez subimos á los departamentos. Suena la campanilla; rasga el silbato; resopla la locomotora, y el tren parte de Játiva galopando velozmente por los campos. Al llegar á Manuel los reclutas se agolpan á las ventanas, requiebran á las mozas é insultan á los hombres. En las estaciones donde hay larga parada, bajan de los coches y van en tropel á las cantinas: arrebatan tajadas y tortillas; beben aguardiente; se distribuyen los panes; pagan ó no pagan. El tren no espera y la campanilla repica nerviosa. Las clases gritan, el silbato relincha; el errado convoy se pone en marcha; corren los reacios... Por el vagón empieza á difundirse olor de líquidos y nubes de humo. Las voces resuenan alegres, como si la gente fuese á fiestas.

El tren corre entre fructuosos naranjales. La luz es cenicienta, y rachas tempestuosas soplan conmoviendo los árboles. Por lo alto van pardas nubes de hinchado seno; por la derecha se riza una extensa franja de límpido azul: la Albufera, el mar... Los quintos no ven nada: beben; cantan; se apostrofan; requiebran á las mozas; ofenden á las viejas. Fría la mirada, cuajada la sonrisa, el sargento los contempla asiduo, sagaz é impenetrable.

El tren llega á Valencia. En los andenes hay un enjambre de reclutas. Incorporan vagones; suben los que esperan, y proseguimos el viaje. A la derecha se mece el mar; á la izquierda suben los montes, y sobre sus crestas pasan solemnes las nubes, dejando en aristas y oquedades trémulos rasgos de sus leves tules. Los soldados beben; cantan; se apostrofan: sus palabras tórnanse pendencieras, y en sus palabras hay hieles. De pronto, estalla terrible bofetada: quien la ha dado debe de estar acostumbrado á darlas: con tanta plenitud suena. Un quinto va á lanzarse sobre el que la pega, y el cabo agresor le detiene poniendo mano á la bayoneta. Con torvo gesto le anuncia:

—¡Que eres militar!

El sargento se incorpora: mira con sus ojos impávidos, y vuelve á sentarse risueño; pues todo ha concluido.

El tren avanza tempestuoso. La noche se avecina. El mar se ha perdido de vista, y en el remoto horizonte se acumulan las nubes como revueltos mundos tras un turbulento apocalipsis. Los quintos no ven nada: ebrios entonan báquicos cantares; narran historias triviales de

amor aldeano, y beben, siguen bebiendo. El mucho gritar y el no menos beber pídeles agua, y cuando llega una estación, los jarros entran colmados y salen enjutos. La vendedora exige el pago. Los quintos siguen pidiendo. Y cuando el tren arranca y la mujer protesta, le envían insultos, le rompen los jarros y la dejan llorando.

La noche avanza. La lluvia redobla en los cristales. El humo suscita fuertes toses.

Entre el violento rodar del tren y el clamor de los borrachos, llega del vagón contiguo la música dulce de una guitarra que alguien magistralmente pulsa. Ante mí viene un mozo taciturno, que cada momento bebe de su gran botella. Como si las vivas cuerdas le evocasen secretas memorias, preludia los melancólicos «albaes» levantinos. La canción languidece en sus labios. Su cabeza declina. Muere la poesía, y la borrachera fluye entre náuseas y gestos mortales.

El cansancio agota las palabras. Mustios los cuerpos buscan inútiles posturas para descansar, y la embriaguez va dejando en el vagón sucios rastros... El tren sigue su veloz carrera brincando simas y enhebrando túneles... La lluvia tamborilea en los cristales.

Oyense ronquidos.

Ya duerme el rebaño.

III

Barcelona se ve á lo lejos. Altas chimeneas lanzan rectas columnas de humo, que se deshacen y forman un primer cielo fuliginoso y móvil, bajo el ancho cielo gris é inmóvil, que llora una menuda lluvia, insistente y cristalina. El tren recobra brío, y embutiéndose entre dos ciclópeos muros, vuela entre truenos y locos alaridos. En el vértigo de la carrera desfilan hombres, fábricas y casas como danzantes fantasmas.

Poco á poco enfrena la máquina su raudo escape; se modera; se detiene. Hemos llegado á la estación. Las portezuelas se abren; los quintos bajamos con el hatillo en la mano. El oficial ordena formar, y sucios, cansados, arreatados, llegamos á la calle.

No reina la alegría; los cuerpos han claudicado con la borrachera, y están flojos, displicentes, ojerosos. El cielo destila helada llovizna; el

limo del suelo nos salpica, y los sólidos edificios, recubiertos de humo, se prolongan uniformes y borrosos. Montjuich altanero, se emboza con el manto de la bruma.

Pasamos ante el puerto, de turbias aguas, y un enjambre de barcos danza con quimérica obstinación rechinando fornidas cadenas, que como á eslabonados galeotes los retiene. A nuestro lado pasan carros monumentales arrastrados por lentos caballos de robustos lomos y poderosos cascos. Llegamos á la Barceloneta, y al poco, ante un gran edificio acribillado de viejos é idénticos ventanales. Un zócalo negro corre en torno: lo demás es de árido color pajizo como los uniformes campos manchegos por el mes de agosto. En la puerta hay un centinela, rígido el fusil y la bayoneta armada.

Rebaño en turba, nos sumimos por la ancha puerta. El pavimento retiembla sonoro bajo nuestros pies. En seguida desembocamos en extenso patio cuadrangular. Hay soldados que van y vienen, vestidos de rotos trajes plumizos: están calzados de alpargatas y sus pies muy sucios. Hay otros asomados á las ventanas que se nos burlan; gritan con brutal alegría:

—¡Aquí están los borregos!

La fila que formamos corre desde el principio hasta el fin del patio. Cinco minutos de espera. Después, óyese tintinear de espuelas, arrastrar de sables, rítmicos andares. Los jefes llegan.

Los quintos hablan, se buscan, se llaman. Una voz enfática truena:

—¡Silencio!

Los ánimos se sobrecogen. Los ojos se vuelven hacia un mismo punto. El que ha gritado con tanto imperio es un hombre delgadísimo, de ardiente mirada y larga perilla temblorosa. Parece Don Quijote con uniforme de teniente coronel.

Alguien enciende junto á mí un cigarro. El jefe le ve y acude turbulento, crujiendo sus grandes espuelas, alto el bastón de reluciente puño. El quinto tira el cigarro. El jefe le hunde el bastón en la sotabarba, y grita electrizado:

—¡Que estás ante superiores!

El quinto escupe sangre. Los ojos del teniente coronel chispean cólera y su perilla se conmueve. Los oficiales que le siguen tiemblan. Los reclutas temblamos.

Empieza la separación por compañías.

IV

Graves, cogitativos, nos conducen á los dormitorios. En el camino nos encontramos soldados de trajes sucios y áspera dureza, que nos miran agresivos, se burlan, nos dirigen soeces epítetos. Empezamos á considerarles como enemigos. El dormitorio de la compañía es profundo, bajo, estrecho: tiene zócalos alquitranados que emiten recio olor. Entramos, y el techo parece desplomárseme encima. En aquella hondura falta á mis pulmones aire respirable. Doble fila de lechos armados con banquillos y tablones, se adosa á las bajas paredes: los jergones de paja están doblados y los cubren toscas mantas de paño pardo. Hélicos cabezales de manchadas fundas se ven encima. Sobre las camas corren largas tablas azules, que hacen de perchas, para que los soldados pongan ropa y equipo.

Un hombre grita desde la puerta:

—Primera, el capitán.

Sigue una pausa de respetuoso silencio. Luego vocea un cabo:

—¡A formar en seguida!

Los quintos acudimos donde nos llaman: algunos van reacios, y el cabo les da prisa, asestando á hurtadillas, duros puñetazos.

El capitán pasa y repasa por la compañía, arrastrando el sable é inspirando miedo; pero en su cara, que finge mal humor, hay algo de muelle y compasivo.

Luego habla:

—¡A ver, una clase que acompañe á los reclutas!

La clase nos lleva á la peluquería. Cuatro soldados esperan al lado de cuatro sillones. En ellos vamos sentándonos, y cuatro máquinas del cero pasan remordiéndolo nuestras cabezas hasta dejarlas rasas como calaveras. Los rasgos distintivos empiezan á desaparecer y las limpias esferas nos dan uniforme carácter. ¿No es el ejército uniformidad?

Veinte minutos son suficientes para que todos los cráneos queden mondos. Luego mandan que nos desnudemos.

Caen las chaquetas; descienden los pantalones; las botas se desabrochan. Un practicante ordena:

—En cueros.

Salen las camisas por arriba; se descorren los calzoncillos por abajo. El frío hiela, pero el rubor acalora. Las manos cubren lo que pueden. Los descarados se reponen; miran; ríen. Unos en pos de otros entramos

en el cuarto donde espera el médico, que mide, palpa, pulsa, hace adoptar indecentes posturas. Luego salimos; nos vestimos; volvemos á formar.

Un capitán con bastón —el capitán ayudante— se acerca y me dice mal encarado:

—Mucho ojo con quitarse la barba, ¡eh!

Yo, que la he llevado en la calle y no pienso cortármela en el cuartel, le miro sorprendido:

—No tengo ningún interés en quitármela.

El insiste más agresivo, mostrándome el bastón:

—¡Es que como se la quite, habrá leña!

Y yo pienso:

—En este mundo cuartelario no hay gradaciones: amenaza arriba y humildad abajo.

V

Un sargento nos indica la cama que nos corresponde. Luego nos manda formar.

A la entrada del dormitorio hay montones de ropa. Llámannos con lista en mano, y nos entregan dos camisas de zafio lienzo, dos calzoncillos, dos pañuelos, un traje de tela muy tiesa, una correa... Volvemos á las camas; nos despojamos de las ropas, y las sustituimos con estas de cuartel. Casi ninguna se acomoda á los cuerpos.

—Sargento: el pantalón me está muy ancho.

—Apriétate el ceñidor —contesta.

—Cabén dos cuerpos como el mío...

—Mejor; así te servirá cuando engordes.

—Cabo: estas mangas son muy largas.

—Dóblatelas.

—Y el gorro es muy grande.

—Píntate uno que te siente bien.

La tarde pasa en el reparto de prendas y menesteres. Suena terrible la corneta, y se repite la frase que todo el día estamos oyendo:

—¡A formar!

Los soldados viejos forman con sus hondos platos de estaño. Los quintos no sabemos qué hacer. Tres ó cuatro cabos vienen compañía adelante gritando:

—¡A formar pronto, borregos!

Sus cinturones culebrean; restallan; cruzan á los hombres. Muchos reclutas pierden el tino; se atropellan; caen. Sobre ellos caen latigazos y bofetadas. Un oficial de saliente dentadura llega á la puerta y exclama:

—¡Vamos pronto!... ¡Me caso en la Biblia!... ¡Avispen á esos quintos!

Llueven los puñetazos; menudean los puntapiés. Los soldados viejos comprimen la risa, y en sus ojos brilla feroz alegría. La compañía forma; el oficial manda: temblorosos, acongojados, llena el alma de odio, vamos saliendo...

Llegamos al patio y las compañías forman ante sus calderas. Miro en torno y no reconozco á ninguno de los que conmigo llegaron. Todos pelados; todos vestidos con trajes idénticos; todos calzados con alpargatas abiertas, parecemos todos hermanos gemelos recién salidos de una gran incubadora. La corneta da varios puntos; los quintos imitamos torpemente los movimientos automáticos de los soldados; descúbrense las grandes ollas y por la extensa plaza se difunden nubes ligeras de humo y vahos que apestan. Los furrieles hunden sus cazos en las calderas, los sacan plenos y colman los platos que se les ofrecen con acelerada cadencia. Primero recogen su ración los viejos: luego llegamos los torpes quintos, que no posamos bien el plato, y el denso rancho hirviente cae en las manos; las achicharra; vuelca los platos en las calderas, entre gestos irritados de los furrieles y algunos puntapiés de los oficiales. Luego nos desparramamos por el patio para comer las puchas, sentados en el suelo húmedo.

Alterado el estómago, cato una cucharada y la tiro en seguida, percibiendo fuerte sabor de cal ó de sal sosa. Revuelvo mi ración en busca de la carne, y veo salir pendiente de la cuchara una larga tira de piel blanca, asquerosa, que me obliga á cerrar los ojos. Vierto el rancho en la caldera, limpio el plato en una fuente y voy á la cantina.

Hay dos largas mesas de cinc, ocupadas por los quintos. Cuando me dejan un hueco, pido comida. Me sirven un plato de patatas con carne, casi tan infame como el rancho, y un par de huevos.

Pago la cuenta, y salgo mal comido y bien robado.

VI

El teniente coronel recorre las compañías, tieso, quebradizo, sonando recias espuelas de afiladas púas. Su nariz olfatea orgullosa; tiembla su larga perilla entrecana; miran atentos sus ojos saltones, vidriosos como los de un cadáver. La piel rugosa y amarilla se adhiere á los pómulos descarnados, y la mano huesuda se adhiere nerviosa y firme al bastón de reluciente puño.

Sale aquel montón de pergaminos, huesos y dorados, y al llegar á la puerta gira brusco sobre el talón izquierdo. Sus ojos cenicientos, llamean; un temblor de rabia sacude su perilla. ¿De dónde emite su voz de trueno aquel cuerpecillo bilioso?

—¡Palo al que no obedezca! —grita á las clases.

Gira brusco sobre el talón izquierdo y se aleja rígido, quebradizo, sonando sus ásperas espuelas de afiladas púas.

Luego viene nuestro capitán, pisando rápido y balanceando el cuerpo. Corre ceñudo el largo dormitorio; lo recorre; vuelve á recorrerlo. Mira á todas partes, y sus ojos irritados nada ven. Luego se para furioso; sacude el sable, y brama:

—¡A formar en seguida!

El temor al castigo nos apresura. Ya estamos formados y medrosos. El capitán ruge:

—Aparte las clases.

Con las palabras saltan de su boca menudas burbujas de saliva.

Las clases forman frente á nosotros. El capitán da dos pasos; nos mira colérico, y sacude el sable... ¿Qué va á suceder, Dios mío?... ¿Qué daño amenaza?... Su cuerpo se encoge para reconcentrar brío; su cara se enrojece; tiembla su cabeza. He aquí cómo habla:

—¡Nadie me toque á un quinto!...

(A las clases):

—¿Oyen ustedes?

(A los quintos):

—¿Me habéis oído?

Todos asentimos. El prosigue iracundo:

—No quiero que se maltrate á nadie...

(A los quintos):

—Si alguna clase os pega, dadme parte.

(A las clases):

—SI alguien de ustedes pega, va á presidio... ¡Rompan filas!... ¡Mar! Da media vuelta y se aleja rápido, cabeceante, golpeando el sable.

«¡Palo!», ordena el jefe. «¡Quietos!», dice el capitán.

Esto va bien.

La corneta toca en la guardia. El portero de la compañía exclama:

—Primera, sección.

Y el cabo de cuartel ordena:

—¡A formar!

Simultáneamente relucen los cinturones. Las clases se han distribuido por el largo dormitorio, y pegan iracundas á derecha é izquierda. El espacio es muy estrecho y los cinturones llegan á una y otra pared. La confusión es grande; los quintos tropezamos y caemos; sobre nuestras espaldas siguen cayendo las correas. Algunos brincan atropelladamente por las camas, que dan en el suelo desarmadas. Una tabla cruje; se rompe.

—¡A ver quién ha sido! —pregunta el cabo de cuartel.

Nadie lo sabe. El cabo designa un grupo y dice:

—¿Cuál de vosotros ha sido?

Todos callan.

—¡A pagarla entre todos! Siete pesetas vale.

Ellos sacan su menguado peculio y abonan tristemente.

Creo que la tabla sólo valía cuatro pesetas y media.

VII

Suena retreta.

Algunos soldados viejos extienden sus jergones, se desnudan y acuestan. Los quintos estamos rendidos y vamos á imitarles. Un sargento exclama burlón:

—¡Así se hace, muchachos!... Acostáos sin limpiar las prendas y veréis lo que os sucede en la revista de mañana.

Esto es amenazar con el palo. Tímidamente preguntamos de qué nos revistarán á la mañana siguiente, y abriendo las bolsas de aseo que nos han dado, empezamos á limpiar prendas. Inhábiles para semejantes labores, la pasta roja, la tiza y el betún más ensucian que limpian. Algunos veteranos se acercan, y con sórdida sonrisa se ofrecen á

limpiarnos las ropas si les damos un real. Unos aceptamos; otros rechazan la oferta. Quintos y veteranos pónense á limpiar bajo el tenue vislumbre de dos faroles. Los reclutas quieren captarse las simpatías de las clases, y acuden hacia el principio del dormitorio para ofrecerles de beber. Las botellas suben de la cantina en larga procesión, y mientras unos limpian taciturnos, otros cantan y se embriagan.

La corneta toca silencio. Son dos puntos largos, temblorosos, lamentables; se prolongan hasta lo infinito: se atenúan; desfallecen de cansancio. Los veteranos cesan de limpiar, se desnudan con presteza y se acomodan en sus burdos lechos. Los reclutas siguen limpiando, ó mullen el tísico jergón. Beodos, tambaleantes, vienen los cabos cuadra adentro.

—¡No habéis oído el toque de silencio, carneros!...

Sus manos temblorosas entreabren la blusa; descíñen el cinturón, y las correas serpentean á la tibia luz de los faroles. Los quintos nos apresuramos en cubrir el jergón con las sábanas de lienzo aprestado; desdoblamos las mantas; nos acostamos. No todos han tenido tiempo de desnudarse. Algunos se echan con la ropa puesta. Las clases conocen estas tretas, porque también las usaron cuando bisoños, y van de cama en cama. Si encuentran algún hombre vestido, los cinturones caen con salvaje complacencia, y los gestos de dolor provocan chanzas y chistes.

Luego impera un silencio congojoso. El alma, repuesta de tanta turbación, protesta y se irrita. ¿Somos hombres? ¿Somos bestias? ¿Se exalta en el cuartel la personalidad, ó se la degrada? ¿Se la educa para la acción viril ó para la servidumbre?... No hay tiempo de meditar... El viaje ha sido largo y molesto; múltiples y continuadas las sensaciones del día, el cuerpo está cansado... El manto tupido del sueño cae sobre los sentidos. Los envuelve... Súbitamente se sobresalta el espíritu, y los ojos se entreabren... El manto del sueño sigue descendiendo, y otra vez torna la quietud. Flotan formas vagas. Se vuela por ideales espacios. Se designa la torre del pueblo. Se dialoga sabrosamente con la novia.

Luego sombras, caos, inexistencia.

VIII

El despertar es siniestro.

En la dejación de todas las actividades, los cuerpos creen yacer en los lechos familiares, y no han oído el toque de diana. Bruscamente despiertan y la realidad los sobrecoge. Desplómanse camas y banquillos; estallan bofetadas; los cinturones se apelmazan á las carnes desnudas. Los cabos gritan con soeces blasfemias:

—¡Arriba, señoritos!

Un cinturón cruza la cara de un quinto. El quinto brama; se revuelve; coge del cuello al cabo y lo tira como una paja entre dos camas. Ya va á patearlo, cuando sobre él caen los furiosos compañeros del caído: lo tunden á puñetazos, lo desgalazan.

—¡Cuando se entra en el cuartel, los c*** se dejan en la puerta!

Dicen villanos, y los golpes —puñetazos, bofetadas, puntapiés— van acobardando al rebelde.

En la guardia vuelve á tocar la corneta. Un sargento termina de vestirse; descuelga el ancho cinturón de cuero que retiene á la bayoneta, y viene en busca nuestra voceando:

—¡A formar en seguida!... ¡Me caso en Dios, y no blasfemo!... ¡Y esos cabos, qué hacen?... ¡Avispar á los quintos!... ¡Me caso en Dios, y no blasfemo!

Los cabos redoblan sus puntapiés y bofetadas. El cinturón de baqueta cruje en la mano del sargento... Cayendo de bruces; brincando ágiles de cama en cama; corriendo; volando, llegamos á las filas... ¿Por qué tanta prisa?...

Una clase pasa lista. El sargento se ciñe la bayoneta; coge un fusil y baja presuroso á dar las novedades al oficial de guardia. ¡Ah! es que abajo también comunican prisa, y las clases la transmiten á palos para eludir responsabilidades por la tardanza.

Otra vez toca la corneta. Otra volvemos á formar; pero ahora ordenan que sea con los platos. Conducidos por el sargento bajamos á la plaza, poblada de sombras y nieblas. Suena la corneta; los furrieles sumergen sus vasos de hojalata en cuatro grandes recipientes, y vierten en los platos un líquido negro, al que llaman café. El patio se llena de hombres, que á la turbia luz del brumoso amanecer se ponen en cuclillas, desmenuzan un trozo de pan en los platos, y sacando del pantalón sus cucharas de mango enano, comen la sopa.

Hace un frío que hiela. Encogido y tiritante acerco el plato á mis labios y cato del negro licor. Sabe á carbón y azúcar; pero no me atrevo á tirarlo.

¡Hace tanto frío!
¡Y es tan caliente!

IX

La voz metálica de la corneta no cesa de mandar, ni el portero de transmitir sus órdenes. Ahora grita:

—¡Primera, pelotón!

Y el cabo de cuartel dicta:

—¡A formar los quintos!

Algunos andan todavía por la plaza comiendo su sopa de café ó limpiando los platos. El sargento se irrita, y á medida que entran, les da un puntapié, dos al que se descuida, y repite su uniforme expresión:

—¡Vamos, pronto, borregos!... ¡Me caso en Dios, y no blasfemo!

Apenas en fila, advierte el portero:

—Primera; el teniente.

Entra un oficial de pecho abierto, cara expresiva y barba rubicunda. Es el instructor que nos numera; nos hace andar por el dormitorio, marcando el paso al canto en coro de «uno, dos; tres, cuatro...; un, dos». Luego nos enseña á doblar y desdoblar, y nos baja al patio. En seguida llegan otros pelotones; formamos dilatada línea, y al canto monótono de «uno, dos; tres, cuatro», salimos del cuartel, recorreremos calles desiertas, llegamos á la lodosa explanada que precede á la Plaza de Toros.

No se ve el cielo. Densa niebla vaga por el espacio formando grandes vellones circulares. A intervalos soplan duras rachas que los deshacen y aventan. Pasan, y otra vez las nieblas tornan á girar versátiles. El frío y la humedad calan los ligeros trajes de mecánica; transen y arricen los cuerpos; chocan los dientes. La instrucción empieza por pelotones.

Nuestro oficial explica los movimientos una vez, dos, tres... Recomienda calma; ordena rectificar... Explica por cuarta y quinta vez, si no le han comprendido suficientemente... «¡Paciencia!», aconseja á los listos, «¡Atención, y no os ofusquéis!», dice á los torpes. Por los distantes pelotones se oyen voces estridentes; suenan bofetadas... Nuestro oficial no se altera; paciente y alentador sigue explicando. El

mismo ejecuta los movimientos para observarlos al vivo, y si alguna vez barrunta la inminencia del enfado, da media vuelta, mira al cielo entoldado de nieblas y humos, y vuelve á explicar. Por los dispersos pelotones suenan alteradas las voces; estallan las bofetadas; se amoratan los rostros... Algunos obreros pasan; se detienen; prosiguen el camino de las fábricas remordiéndose protestas.

Nuestro oficial no castiga; los otros se ensañan. Termina el período de instrucción, y no por mucho pegar han adelantado más. Bajo la influencia benigna del teniente rubicundo, nuestros ánimos se ven libres de la amenaza, concebimos mejor y los movimientos son más precisos.

Andando el tiempo me entregaron dos pelotones. Otros pegaban; yo jamás empleé la coacción del miedo. Mis quintos siempre llevaron alguna delantera á los que ellos instruían.

No es sabio decir que «la letra con palo entra».

X

La corneta toca alto.

Los oficiales mandan romper filas, y los hombres se dispersan ó forman grandes círculos en torno de las vendedoras, que les ofrecen buñuelos y aguardiente.

La niebla se disipa al primer contacto del sol, que por el resquicio de dos nubes envía una palma dorada de luz.

Lentamente me dirijo al ángulo que forman dos tapias, y me siento en el suelo para recibir los halagos del astro. Desde que llegué á Játiva no he tenido tiempo de pensar. Los recuerdos se acumulan y no puedo analizarlos en detalle. Ruidos, borracheras, voces de ¡a formar!, bofetadas... bofetadas... bofetadas... Yo me digo que no me han pegado. ¡Mentira! La hipocresía quiere persuadirme de que estoy sin azotar... Es cierto que aún no me han cruzado el rostro sucias manos; pero en la distribución de latigazos me han tocado algunos, como á todos... —¡No se han encarado conmigo para abofetearme! —repito mentalmente...— ¿Qué haré si alguna clase me flagela con una, dos, cuatro, ocho bofetadas, como ya he contado?... ¿Las recibiré tranquilo y á pie firme?... La sangre me hierve; pienso en las agudas bayonetas; miro al

libre espacio y pienso en la deserción. ¿Me revuelvo? ¿Huyo del cuartel?...

No tengo tiempo de resolver. La corneta llama impaciente. Mientras voy á formar recuerdo la gráfica frase que oí hace poco:

—¡Cuando se entra en el cuartel, los c*** se dejan á la puerta!

Esto es renunciar á la virilidad; á la dignidad; á ser hombre.

XI

Cuando volvemos al cuartel toca la corneta primera fagina para rancho. Los veteranos están formados y nos dan prisa en recoger los platos. Al llegar á nuestras camas vemos las perchas revueltas.

Tocan segunda fagina; bajamos al patio; recibimos nuestra ración de comida. Apenas la toma el último, llego á la caldera, tiro el rancho podrido y limpio mi escudilla. Con ligero paso voy á la cantina para que no me tomen la delantera, y pido de comer.

Llega un cabo, se sienta á mi vera y dice:

—¿Bebes vino?

—No me gusta.

—¿Quieres convidarme?

—Le convido.

—¿Medio porrón?

—Pida uno.

Yo no entiendo de medidas y él me contempla asombrado. En seguida se vuelve hacia la cantinera, hembra fofa de cara y abultada de vientre, y le pide contento:

—¡*Un purró, mestresa!*...

Llegan otros cabos y soldados viejos. El mío les dice frotándose las manos:

—¡Un porrón, caballeros; un porrón para mí solo!

—Hombre, ya nos darás un trago —le dicen.

—Ni una gota... Que os convide el quinto.

Yo me finjo distraído para no responder.

—¿Convidas, quinto?

Les ofrezco otro porrón.

Brindan por mí.

Vuelven á brindar.
 Se me burlan.
 Siento tentaciones de tirarles los platos.
 —¡Si nos regalas otro porrón no te pegaremos, quinto!
 Me encolerizo y rabio, pero no hablo. Ellos insisten con insolencia:
 —¿Pagas, ó no pagas?
 —¡No pago!... ¿Qué más se les ofrece?..
 —¡Hola, hola!... Un quinto que gallea... Habrá que enseñarle donde se cuelgan los c*** cuando se viene al cuartel. ¿De qué compañía eres?
 —No lo sé.
 —Ya lo sabremos, borrego..
 —Está bien; no tengo ganas de conversación. ¿Qué le debo, señora?
 La cantinera nos ha oído disputar pacienzuda y soñolienta. Cuenta por los dedos, y dice:
 —Diez y seis reales y tres perras chicas.
 Yo me conmuevo y replico:
 —No puede ser. Usted se ha equivocado.
 Vuelve á contar por los dedos é insiste:
 —Justo; diez y seis reales y tres perras chicas.
 —¿Está usted segura?
 —Segurísima.
 —Bueno; pues yo estoy seguro de que eso es robar sin vergüenza.
 La cantinera eleva el vientre; lo baja y dice con gran sosiego:
 —Oiga, quinto, aquí no se roba á nadie.
 De la trastienda sale un militar muy flaco, muy bigotudo. Dos trencillas doradas forman ángulo en su bocamanga.
 —¿Quién ha dicho que se roba? —grita furioso.
 Al ver sus galones me achico en el banco y murmuro temeroso:
 —Me parece que esta comida no vale..
 El militar galoneado se me acerca amenazador. Poniéndome el índice en la nariz me grita chabacantemente:
 —¡Yo no robo á nadie, hijo de mala madre! ¿Sabes?... Tú pagas ahora mismo y te callas, si no quieres que te salte las muelas de un puñetazo.
 Y como á la amenaza va á seguir la acción, me pongo de pie y le miro agresivo.
 —¡Cuádrate! —me grita para abofetearme más cómodo.
 —No quiero.

—¡Te lo manda un superior!

—Usted es aquí un comerciante que desea robarme. Si me pone la mano encima le reviento de una patada.

El cantinero observa el punto delicado donde le he puesto los ojos para asestarle el puntapié. Como es hombre enfermizo y no duda que si se adelanta á pegarme le reviento, modera el tono y cogiendo una tablilla me la ofrece.

—Entérate de la lista, y no tengamos ruidos. Aquí no se roba á nadie, quinto.

La lista de precios está autorizada con el sello del batallón y la firma del teniente coronel primer jefe. Saco el dinero, abono mi cuenta, y me retiro voceando:

—¡Es un robo consentido!...

XII

Llegamos á la compañía y descubrimos las perchas para sacar la ropa. Todo está en desorden, como si extrañas manos hubiesen rebuscado. Las prendas mayores están cabales; pero en las bolsas de aseo han hurtado cepillos, betún, hilo, espejos, peines. Un quinto se queja al cabo del cuartel.

—¡Mentira! Aquí no se roba á nadie —le responde la clase.

Otro quinto confirma el hurto secundando la queja, y el cabo le grita amenazador:

—¡Silencio, y mucho cuidado con las reclamaciones!

Tocan escuadra; tocan sección. Cabos y sargentos pasan revista de ropa: guerrera, pantalón y gorro. Zapatos aún no tenemos. Gorros y pantalones están limpios por flamantes; pero á las guerreras ha sido necesario lustrarles los botones. Los que hemos pagado á los veteranos las tenemos limpísimas; pero los otros las han ensuciado más, dejando en torno de los botones manchas de pasta y de tiza. Por aquellas manchas pegan los cabos. El sargento que pasa revista después, pega por las mismas manchas. Luego llega el teniente de aguda dentadura, y vuelve á pegar por las manchas. Pega con saña, dando con los nudillos en la quijada, y repitiendo siempre:

—¡Me caso en la Biblia, cochino!...

Después entra nuestro capitán, que está de cuartel, y grita malhumorado:

—¿Os han dado las sobras?

Nos han dado sobra de palos. Un sargento le dice:

—El furriel está de guardia y aún no ha subido para distribuirlas.

El capitán vuelve á gritar:

—¿Os han quitado algo?

Uno reclama dos cepillos; otro el frasco de tiza; el de más allá la bolsa de aseo entera. El capitán ordena:

—Los que hayan que hacer reclamaciones, que den dos pasos al frente... ¡Mar!...

Salen diez ó doce. El cabo de cuartel asegura que no ha visto á ningún veterano acercarse á las perchas... El capitán anota; suma; dice que traigan lo que falta, y pasa el cargo al cabo.

La revista termina. Los palos recomienzan. El cabo brama de ira por las seis ó siete pesetas —sus sobras de mes y medio— que ha de abonar. Ya no pega con el ceñidor: se quita bayoneta, y con el recio cinturón guarnecido de chapa, sacude rabioso. Un quinto se irrita y pretende ir en busca del capitán. Entre todos los cabos le rodean; le acosan; le patean; le vocean:

—¡Aquí se calla y no se protesta!

XIII

El cuartel es un presidio suelto. Desde el pan hasta la ropa de la cama, todo se roba. El más santo se vuelve ladrón. Yo soy el mejor y también robo. Robar es una necesidad.

Al soldado le dan quince céntimos y con ellos ha de atender á la limpieza de correaje, fusil y prendas, comprando betún, tinta, pasta, alcohol, hilo y agujas. Ha de remendarse los zapatos, el uniforme, las cartucheras. Tiene que fumar y comprar algún arenque, porque la comida es mala. Ha de reponer las prendas personales, si se le gastan antes del tiempo reglamentario, y aun cumplidas les hacen ir con ellas hechas jirones. Si está de servicio y le quitan una sábana ó le rompen un cristal, ha de reponerlos con sus tres monedas... En la plaza sucede lo mismo: el menaje nunca se repone. En los cuerpos de guardia, las

mantas están desgarradas; el utensilio no sirve; sobre los faroles, sucios y desquiciados, pasan generaciones: hoy tiene que pagar la tropa un objeto inutilizado; otro mañana, y así van restituyéndose y gastando á expensas de los quince céntimos. Tan menguado caudal no puede satisfacer tantos cargos y necesidades. Hay que apelar al robo. El que pierde una prenda, quita otra; el que desgarrá una sábana, la cambia y el más descuidado la paga. Llega fin de mes y se hace renuevo de ropas: el que tenía cabales todos sus enseres, observa á última hora que le falta el cabezal y que una tabla de la cama está rota. Mira á su alrededor y cincuenta Argos le vigilan. No se resigna á pagar cargo tan enorme, y se desespera; recorre otras compañías, y si nota descuido en los cuarteros, les roba lo que puede, lo vende y paga. Así se sustraen mantas, banquillos, mochilas, tablas, correaes enteros. Con gitarescas artes se borran las marcas y se transforman las prendas: los cepillos nuevos se trocan en viejos; las alpargatas viejas se adornan con cintas nuevas; los pies pequeños se calzan con zapatos grandes... Se roba y se es robado; pero no se protesta ni alarma.

—¡Cabo!... ¡Sargento!... me han quitado el pantalón.

—¡Píntalo!

No se dice «róbalo», sino «píntalo». Se pinta...

Hay que ser buenos pintores.

XIV

A la revista sucede la lectura. ¿Qué se lee, ó enseña? Nada. Se fatiga y embrutece al espíritu luego de cansar al cuerpo en la faenas prosaicas de todo el día. Es una hora monótona, hastiosa, sólo interrumpida por los golpes brutales que reciben los torpes.

—¿Cómo se llama el ministro de la guerra? ¿Y el capitán general? Dime los nombres de los cabos de la compañía...

—¿Qué haber tiene el soldado?...

Más adelante se enseñan los toques. Un corneta hincha y enrojece los carrillos; sopla en el luciente instrumento, y las clases preguntan:

—¿Qué han tocado, quinto?

—Compañía.

—Sección, bruto.

Y el puño golpea las quijadas.

Otro día se lee el código militar. Un cabo abre su Ordenanza, moja el pulgar en la lengua, y pasa, repasa hojas. Con voz balbuciente deletrea los artículos esenciales. Como apenas sabe leer, se equivoca; trunca las palabras; no se le entiende. Lo que se le entiende, por decirlo con voz neta y acento sonoro, es la sentencia que sabe de memoria: «Pena de muerte», que repite al final de cada artículo.

¡Pena de muerte!... Las Ordenanzas —creo haber dicho en otra ocasión— están escritas con la punta de una bayoneta mojada en sangre.

XV

De esa hora supliciosa me libré á los pocos días.

Sentado en el suelo, sirviéndome de mesa la cama, estaba escribiendo una carta, cuando entró el capitán con su gesto aparente del eterno mal humor.

—¿Escribes á la novia? —me pregunta.

—No la tengo, mi capitán.

—Parece que usas buena letra.

—Regular.

—¿Hay algún inconveniente en ver esa carta?

—Ninguno.

Le ofrezco el papel, lo mira superficialmente, y habla:

—¿Prefieres escribirme algunas cosas, ó asistir á los ejercicios orales de la compañía?

—Prefiero escribir.

El capitán me lleva al cuarto y me entrega papel, regla y plumas para que le haga listas, relaciones de prendas, documentos varios. Luego advierte á las clases que me excusen de asistir á los actos inesenciales. Los cabos me miran recelosos. Los sargentos fruncen el ceño.

A la rojiza luz del quinqué estoy una noche cuadriculando papel. Tres sargentos entran en el cuarto, y yo prosigo absorto en mi tarea. Uno de ellos se acerca á la mesa, coge un legajo y me lo tira iracundo á la cara. Le miro sorprendido, y me dice:

—¡De pie inmediatamente!

Me pongo de pie y me tira otro legajo.

—¡Fuera ese gorro!

Me quito el gorro.

—Ese quinto ha tomado muy en serio la escritura y habrá que enseñarle modales.

Yo desconozco esos modales, y espero que el sargento me los enseñe. No tengo que esperar mucho.

—Cuando vuelva á entrar un superior, te descubres, te pones de pie y dices: —«A la orden de usted..., ó de usía, si es el teniente coronel».

Ya he aprendido lo que son buenos modales. El sargento educador me ordena sentarme y proseguir mi trabajo.

Sigo rayando papel; escribo... Ellos hablan de amantes y prostitutas... Sigo escribiendo larga relación de nombres... Los interlocutores hablan ahora del sargento que dice: —«¡Me caso en Dios, y no blasfemo!». Comentan la paliza que ha dado á su querida, una pecadora de peseta... «la verdad es —dicen— que Castellá no tiene razón maltratando á una mujer, porque no puede darle más dinero...».

—¡Quinto!...

—A la orden de usted.

—¡Fuera, en seguida!... á ti no te importa lo que hablamos.

—El capitán me encargó que le diese mañana estas relaciones.

—¡A ver si te pego dos palos en el lomo, mamarracho!... Escribe en una cama...

XVI

El capitán me pide al siguiente día las relaciones. No las he concluido. Me pregunta la causa y se la explico. El capitán llama al sargento; le apostrofa; le dice que en su ausencia sólo mandan en el cuarto el ordenanza que ha de conservar las prendas y yo que debo escribir... El capitán grita; se irrita; le envía veinticuatro horas á la corrección... El sargento sale cabizbajo; cuando pasa por mi vera me mira de soslayo; formula una amenaza.

Terminan las veinticuatro horas de castigo. El sargento sale de la corrección y viene colérico camino de la compañía. En un pasillo me

encuentra; la sangre se le exalta. Me da una bofetada y caigo al suelo. Lentamente me levanto; me da otra bofetada en la mejilla contraria y caigo del opuesto lado.

—¡Díselo al capitán! —grita furioso.

—¡Se lo diré!

Me da un puñetaño en la cara y la sangre mana.

Loco de rabia le insulto; le invito á que prescinda de galones; le reto para el domingo... El me interrumpe con sonrisa nerviosísima, que no necesita de galones para destrozarme, ni quiere esperar, al domingo.

—Ven conmigo.

El sale delante; yo le sigo y observo.

Es un mozo alto-aragonés, curtido entre las nieves pirenaicas. Su complexión es robusta; su musculatura de hierro. Yo soy endeble. Sólo por maña puedo ganarle. Pienso en el vientre; pienso en las espinillas; pienso en otras partes de su cuerpo donde al primer golpe pueda vulnerarle... El sargento entra en los hediondos retretes, viscosos, asfixiantes, resbaladizos... Le sigo... El se vuelve, me da una bofetada y caigo sobre la canal donde la tropa orina. Sucia la diestra, me incorporo y sello su cara. Le doy un puntapié; me devuelve dos. Quiero repetir; resbalo, pierdo el equilibrio, caigo al suelo. Voy á levantarme y no me deja: sus puñetazos y patadas vuelven á tumbarme, me escurren por el lodo impuro. El blasfema, y yo blasfemo. Rodando; dando tumbos; besando orines y excrementos, llego á un rincón. Mis huesos crujen bajo sus pies. Me levanto ciego; cojo las escobas con que la tropa limpia los orificios y le doy en pleno rostro. El limo le corre turbio por la cara, y aún no repuesto, le pego dos puñetazos, le hundo la rodilla en parte delicada y al contraerse de dolor le empujo, se desliza piso abajo, cae. ¡Ahora es mío! A cada conato de incorporarse le asesto un puñetazo; le doy un puntapié en el pecho; rueda como yo rodaba; pero siguiendo la dirección de los corruptos orificios abiertos casi al ras del suelo... El blasfema y yo blasfemo... Prende con sus dientes en mi pierna; le hundo el puño en la boca, que chorrea sangre como la mía, y cuando me desafianzo, mi pie se hunde en el agujero próximo. El sargento quiere valerse del momento para recobrar el equilibrio: yo llego antes, le doy un golpe en el pecho con el zapato maculado y vuelve á caer de espaldas; me escupe; me apostrofa; quiere tumbarme de una patada. Eludo los golpes; le cojo de un pie y tiro; le

arrastro... El blasfema y yo blasfemo... Le arrastro feroz. La rabia me ahoga. Sigo arrastrándole. Lo pateo...

—¡De cabeza te voy á meter, maldito sea!...

Sus blasfemias se elevan, se confunden con las mías. Le agarro de los pelos, empapados de porquería, y tiro de él.

Ya le tengo encima de los infames agujeros...

Ya voy á hundirle la cabeza...

La sección de música está cerca y han oído nuestras voces... Diez ó doce hombres entran; nos separan; se interponen...

Salimos. Me prestan un traje, y voy á la fuente para lavar el mío.

XVII

La instrucción prosigue lentamente.

El dinero amengua; el hurto se generaliza.

El palo, la férrea disciplina abate orgullos, resuelve vanidades.

El alma se apesadumbra... El temor al castigo, el recelo del código militar con sus penas brutales, la regularidad sistemática de todas las funciones, el tiempo tasado, no dejan pensar, soñar, divagar... Todo es automático, todos somos ruedas inertes de un gran mecanismo que otros mueven con sólo una palabra enérgica. La inteligencia se apaga, los músculos funcionan bajo la acción de extraños impulsos.

Entre el rancho de la tarde y el toque de retreta los quintos limpiamos prendas, roses, cartucheras, mochilas para ahorrarnos golpes á la siguiente mañana. Los cuerpos están desgastados con la actividad del día. Los cepillos se inmovilizan. Las cabezas, huecas de ideas y llenas de sueño, cabecean. Algunos se tienden laxos en las duras tablas, apoyan la nuca en el jergón y duermen, duermen con el cepillo en una mano y el zapato en la otra.

Es la hora de las gracias soldadescas; todas crueles. Los veteranos clavan en la percha del durmiente un palo ó una bayoneta, cuelgan un plato lleno de agua, sostenido por hilos, y á los hilos adhieren una cerilla, la encienden, se retiran... Se consume la cerilla, el hilo se quema y el plato cae sobre la cara del que duerme debajo. El golpe y el agua helada le despiertan sobresaltado y anheloso... Unos se reponen pronto. Otros tiritan de frío; se desencajan; pierden el color; sus ojos ruedan;

los meten en la cama y al otro día el médico los remite al hospital con pulmonía.

Hay quien tiene el sueño duro. Como los pies se calzan con alpargatas abiertas, le hincan la cerilla entre las uñas. El fósforo arde melancólico... ¡La expectación es grande! ¡Ya llega!... ¡Ya falta poco!... ¡Ahora decrece la llama!... ¡Llegó!... Se quema la uña, se tuesta la carne, brinca el durmiente, grita, salta, cae. Una carcajada larga, cavernosa, ferocísima acoge sus insultos y blasfemias.

A otros les clavan la cerilla en los dientes. La habilidad es tanta, que á otros se la pegan en la frente ó en la punta de la nariz... á otros les falsean los banquillos de la cama. A otros...

—¡Vamos á tocarle diana?

—Vamos á tocársela, señores.

Sendos hombres cogen una sábana por las extremidades y pasan á la cabecera del que duerme; otros se colocan á los pies.

—¡A la una!... ¡A las dos!...

Las sábanas caen sobre el durmiente; le aferran.

—¡A las tres!... ¡Suene diana!

Diez ó doce hombres esperan con cabezales y cinturones. Antes de que el descuidado haya tenido tiempo de despertar, ha recibido veinte golpes.

—¡Siga la diana!

Los cinturones crujen; los cabezales suenan opacos al golpear la cabeza; algunos se desatan y la paja ciega al vencido que pretende removerse, saltar de la cama, defenderse ó huir. La sábanas no le dejan, y cuanto más se debate, más le aferran los hombres que las sostienen.

—¡Duro con la diana!

Los golpes siguen. La cama flaquea. El hombre cae.

Los agresores se retiran, y desde lejos le arrojan almohadas, platos, botas...

Tiene que reír la broma. Si se enfada, peor. Algún cabo que intervino le añade un epílogo de bofetadas.

XVIII

El cuartel es una ruda escuela donde se aprende al vivo toda injusticia. ¿Qué necesidad tengo de leer si á todas horas veo desnudas las almas, y su conocimiento es el único saber que importa? Pero no puedo resistir á la miel de los libros, y mis pocas pesetas van quedando en las librerías. Esto me obliga á tasar el alimento que compro é ir gustando del rancho. Pero mi estógeno se encabrita al probarlo. Voy creyendo que es la única dificultad del cuartel que no podré superar. De penitencia me impongo el trabajo de tastarlo; pero me acometen náuseas y lo tiro en seguida. ¿Qué sucederá cuando el dinero me falte?

Mi dinero se ha agotado. Mientras lo recibo he de tascar el rancho. Lo tasco y nada más. Con cuidado recojo los mejores garbanzos; los estrujo en la boca; los tiro... Revuelvo el plato en busca de la carne, y sale una larga tira semejante á enroscada viruta. Imposible resistir á su aspecto. Al otro día me toca un trozo que la gente envidia. Quiero comerlo: es tan fofa aquella carne y tiene sabor tan infame, que arrojó el bocado, me asaltan náuseas y tengo que apresurarme en llegar al retrete... Veo mondar patatas; las veo rodar por el suelo entre los pies del soldado, y echarlas luego en sucias tinas; pero no son ellas las que me repugnan. Veo reblandecerse los garbanzos en punzante disolución de sal sosa, y no conmueven mi estógeno. Veo echar en el café un azúcar negro, sucio, terroso y húmedo; veo que para darle color sumergen tizones encendidos, y bebo el café como el regalado elixir de los inmortales. Lo que más me repugna y desalienta es ver sacar de un saco viejo y sanguinolento aquella carne apiltrafada, ó muy negra ó muy roja, que trasciende á pudridero, y que va á dar en el fondo hirviente de la magna olla, donde con tal sustancia se condimenta el rancho.

Por diez céntimos me sustento. De los quince que me dan de sobras, con cinco adquiero en la cantina una sardina salada; por la tarde compro otra, y si no me roban el pan hago sopas de café. Con los otros cinco compro un fajo de cigarrillos, fuertes hasta arrancar los pulmones á pedazos. Si me faltan agujas, hilo ó betún, compro lo que me falta, ayuno aquel día y voy por el cuartel buscando colillas.

XIX

Cuando estoy en negra miseria me prometo ser buen administrador apenas reciba dinero. ¡Es preciso que nunca me falten sardinas! Con sardinas y pan vive un hombre sobrio como yo. Recibo dinero, y soliloqueo.

—¿Un banquete, Manuel?

—¡No seas loco!... Una sardina... Acuérdate del hambre que has pasado.

—Por eso mismo... Hoy nada más; es una excepción.

—Para extraordinario sobra un plato de judías.

—¡Calla, hombre y sé generoso!... Un cocido es barato y nutre más.

—Bueno; aceptado el cocido.

—Y un par de huevos...

—¡Dónde vamos á parar!... ¡Si te dejasen Gargantúa se quedaría chico!...

—¡Fuera huevos!... ¿Diez céntimos de queso?...

—¡Psch!... Pero no te lo comas todo ¡eh!... Lo que te sobre lo envuelves disimuladamente, y cuando nadie te vea...

—Al bolsillo, sí, señor... ¿Oyes marcha?... ¡Vámonos á la taberna del muelle!

De cara al mar como dignamente mi puchero viendo á los barcos mecerse. Ningún ambicioso estímulo evoca en mi espíritu la inmensidad palpitante. Los filósofos estoicos me han imbuido su maravillosa calma, y yo soy superior á todo, mientras como mi pucherete: cielo, mar, tesoros de la tierra... El cocido ha fenecido, y siento que una leve nube de tristeza me inunda; pero yo soy filósofo, y me restituyo á la imperturbabilidad apenas veo el queso. Con pulcritud voy tomando las sutiles láminas que me han puesto delante, y vuelvo á mi soliloquear:

—Manuel; todo en el mundo tiene un fin, hasta el comer; pues esta comida va de capa caída. ¿Adónde vamos?

—¡Eso no se pregunta!... ¡Al café!

—¡Como cualquier señorito!... ¿Te parece digno de un filósofo pobre gastarse un real en café?

—¿Y crees tú que es digno de un filósofo atesorar riquezas?

—¡A ese paso pronto te quedarás sin un céntimo!

—Me armaré de paciencia.

—Y no podrás comer ni sardinas.

—Leeré á los estoicos.

—¿Me juras que será esta la última vez que vayas al café?

—Como visto el honroso uniforme no debo de jurar... Con la mano puesta en el cubo de mi bayoneta, te doy mi palabra de soldado, de filósofo y de caballero, que jamás volveré.

—A cambio de tu promesa te autorizo para que compres un paquete de real.

—¿Y un puro de diez?

—Nunca.

—¡Hombre, es tan triste no fumar un puro mientras se toma café!... El vaho perfumado se confunde con las espirales azulencas del cigarro, y el alma desasida se pasea y cabriolea...

—¿Pero tú eres filósofo, ó poeta de cabriolas y espirales?

—Es que deseo fumar un puro.

—¡Hoy, puro; mañana, colillas!... ¡De frente!... ¡Mar!

Los ricos no conocen lo inefable: lo inefable no puede pintarse; no puede expresarse; no puede sugerirse. Los ricos son unos desgraciados... Es necesario para sentir lo inefable, pasar antes ocho días comiendo sardinas saladas y otros ocho á pan y agua. Luego, cuando ya la cabeza sufre vahídos y las piernas se tambalean, comer un puchero de cara al Mediterráneo, entrar en tibio café, y entre sorbo y chupada torcerse el ros, mirar á la mujer que pasa y gritarle:

—¡Mueran los estoicos y viva tu madre!

Mientras un rayo de sol tiembla en la taza y acelera la sangre.

XX

1º de abril.

Jura de banderas.

Es un día sereno, de cielo purísimo y transparente atmósfera.

La tropa veterana sale de los dormitorios y forma en el patio, inundado de sol. Los quintos salimos por pelotones y formamos delante. Pasa un rato de quietud. Se abre la puerta del cuarto de banderas, y el teniente coronel sale con la plana mayor, sonando espuelas y arrastrando sables.

El primer jefe se cuadra ante el batallón y pasea una mirada ufana por la tropa de su mando. Como un sol chispea en su pecho la placa de

San Hermenegildo... Pasa otro intervalo de silencio. En la extensa plaza sólo se oye el claro hilo de agua que vierte la fuente.

El centinela grita:

—¡Guardia, á formar con armas!

Los soldados se abalanzan al armero, cogen los fusiles y forman junto á la puerta. Un coche se detiene: un general desciende, y en pos, su ayudante.

Oyendo al centinela, el teniente coronel ha desnudado el sable que brilla como un rayo en su diestra: sus ojos son dos ascuas; su perilla vibra; todo su cuerpo vibra de bélico ardor:

—¡Batallón!...

No formula la palabra: es un grito gutural, potente y entusiasta que eleva con sobrehumana atracción á la tropa.

—¡Firmes!

Un golpe seco pone punto final á la voz de mando. El batallón está firme, inmóvil, tallado en piedra.

El jefe saluda al general. Le solicita permiso para seguir mandando.

—¡Armen!... ¡Armas!

Las bayonetas salen de las vainas; centellean puntiagudas al sol; sus cubos se encajan al cañón del fusil. Las filas vuelven á quedar rígidas, animados de pasión los ojos.

El teniente coronel ordena quedo al cornetín de órdenes; el cornetín toca el agudo punto de bandera, y el teniente coronel vuelve. A mandar con fuego:

—Reclutas: —¡Saludo á la bandera!... Fuerza veterana: —
¡Presenten!... ¡Armas!

La bandera aparece á lo lejos.

Es un momento solemne en que la sangre hierve marcial y religiosa. Los fusiles se elevan agudos; los sables reverberan y designan vivos relámpagos; las diestras suben á la altura de los gorros. Graves y estruendosos, acrecentados por los altos muros, los acordes de la *Marcha Real* vuelan con temblor metálico por la sonora plaza. Las cornetas repiten sus cuatro notas, y la corneta de la guardia repite distante y ronca el insigne saludo á la bandera.

Es un día sereno, de cielo puro y transparente atmósfera. Un oficial entra en el patio, cruzado el pecho y la bandera enhiesta. Un capitán le da escolta con el sable desnudo. El general se cuadra: saluda á la enseña de bordado raso. El teniente coronel rinde el sable y vuelve

luego á presentarlo. Su cuerpo parece esculpido; pero su perilla tiembla; un leve estremecimiento de gloria conmueve su diestra armada. El batallón diríase encantado; aunque un soplo de ardor heroico se comunica á las manos que presentan las armas, y los fusiles tiemblan nerviosos, y el sol tiembla en las finas puntas de las bayonetas... Y los acordes —lentos, graves, religiosos— de la *Marcha Real* siguen rodando por la plaza y llenándola de dorados ardores. Súbitamente hiende y rasga la majestad del himno el cornetín de órdenes vibrando impaciente y trémulo. Calla, y la marcha cesa. El eco de los últimos sonos vaga aún por la plaza, remonta los altos muros y se pierde, bandada de pájaros, en el azul del cielo.

El silencio se restablece. Como cuerdas de arpas que después de cantar siguen temblando, tiemblan los nervios. Sólo se escucha el claro hilo de agua que en un ángulo desata la fuente.

El jefe habla quedo al general: luego sigue mandando con voz de bronce. La jura va á empezar.

El comandante mayor se pone á la derecha de la bandera. El capellán se coloca á la izquierda. El primero exclama:

—¿Juráis á Dios y prometéis al Rey seguir constantemente sus banderas hasta derramar la última gota de sangre, y de no abandonar al que os esté mandando en acción de guerra ó preparación para ella?

Unánimes, emocionados, pronuncian los reclutas un

—¡Sí!

que se prolonga por la extensa fila.

Miro á mis compañeros y les veo centellear los ojos en los rostros pálidos.

Cuando el «¡sí»! impuesto se ha extinguido, suena la voz suntuosa del sacerdote:

—En nombre de mi sagrado ministerio ruego á Dios que os lo premie si así lo hacéis, y si no que os lo demande.

La tropa veterana tiene las armas presentadas. La música inicia un vals dulce, muelle y melancólico que seda y acaricia los nervios agitados. El comandante mayor cruza su sable sobre el astil de la bandera; alza con la izquierda el brillante jirón de raso, y forma un arco. Los oficiales nos mandan desfilar uno á uno... Al llegar ante el arco nos descubrimos; besamos la cruz que forman bandera y sable, y pasamos bajo el pabellón que el comandante sostiene.

La revista de comisario viene en seguida.

Luego volvemos á los dormitorios.

Se ha roto la formación. Ya no se oyen los clamores de las cornetas, ni la voz pujante del jefe levanta á la tropa en vilo, ni los limpios colores de la bandera brillan al sol, ni el sol juega en las armas bruñidas. El vistoso aparato ha terminado. Los nervios electrizados se amansan...

¿Qué ha sucedido?

Ya somos militares perfectos. Antes de bajar á la plaza nos habían leído el código marcial erizado de penas brutales. Hemos jurado banderas, y desde este momento el código tiene toda la fuerza que le imprimen balas y bayonetas.

Yo no he jurado.

¿Qué importa? La ordenanza tiene previsto el caso y lo mismo fusila al que no jura que al que pronuncia el «¡sí!» emocionado y trémulo.

Yo no besé con amor la cruz formada por bandera y espada, ni «sentí frío por la espalda» cuando me obligaron á pasar bajo el pendón suntuoso.

No importa. Aquel arco era una Horca Caudina.

XXI

La Instrucción prosigue algunos días. El gobernador militar llega una tarde á la Plaza de Toros; nos ve evolucionar con precisión de muñecos automáticos, y nos da de alta.

Los veteranos empiezan á tratarnos como camaradas. Ya no pueden enseñarnos nada. Nos han robado cuanto teníamos; hemos aprendido á robarles, y en cuanto pase otro mes, allá nos andaremos en picardías. Nos miran con más benevolencia; porque ya no serán solos en prestar servicio. Con ellos vamos á compartir las guardias, de infinita duración, las faenas de cuartel y las imaginarias.

Nos dan de alta, y al siguiente día me nombran de limpieza. El cabo de gastadores la preside. A las nueve de la mañana recorre fanfarrón los dormitorios, dando grandes voces y blandiendo ancho cinturón de cuero para que le sigamos presto los nombrados. En el patio nos distribuye por servicios... á un tenedor de libros valenciano y

á mí nos envía á fregar calderas... Ambos señoritos suspiramos; nos miramos desolados; tragamos saliva y ¡zas!, el ancho cinturón de cuero cruza la espalda del comerciante. Yo esquivo el cuerpo, y el cinturón apenas si me roza un brazo.

—¡*Che, vinga á presa, señorets de merda!*

El gastador es paisano nuestro; pero sin duda no le tira la tierra.

El cabo de cocina pone amablemente en nuestras manos una colosal olla de rancho, aconsejándonos que la freguemos pronto para darnos otra. Como denso engrudo se adhiere á las paredes el rancho frío.

Pregunto al cocinero:

—¡Dígame, cabo...! ¿Dónde limpiaremos esto?

—En la fuente, quinto. Verás que agua tan fresca.

—¿Pero nos darán jabón y estropajo?

—¡Calla, tonto...! Para limpiar no hay como el agua y las manos.

Ya sabemos bastante.

El oficinista y yo cogemos la olla pringosa, y vamos muy lentos, cavilando, á la fuente.

—De prisa, quintos. Más de prisita —nos grita el cabo de cocina.

—¡Caramba, aquí siempre hay que ir al galope! —dice mi compañero—. Ni siquiera permiten que se piense en la mejor manera de limpiar esta porquería.

Abrimos el grifo de la fuente, y echamos agua en la caldera. Luego la agitamos; vertemos. El agua cae en la pila; pero el rancho persiste en las paredes de la olla. Damos otra vez al grifo y otra tiramos el agua. El comerciante me dice apurado:

—En tres horas no limpiamos esta caldera.

Y mira en torno buscando algo para remover la pasta solidificada. En un rincón próximo hay cañas rotas, mangos de viejas escobas, y recoge una. El cabo de gastadores le ve, y grita:

—Espera, quinto. Con esta varita removeremos el rancho.

Ha dejado el cinturón y ha cogido una varita de acebuche. Viene risueño, tarareando una diana y describiendo círculos con su varita, ni más larga ni más gruesa que la de un arriero:

—Diana nos toca este bruto —susurro abriendo por cuarta vez el grifo.

Llega á la fuente, da un palo á mi compañero, me pega dos á mí, y antes de hablar, nota que en la cuenta de los golpes he salido yo mejorado, y rectifica sus cálculos añadiendo un par al otro.

—¡*Che*, que señoritos...! ¿Para qué os sirven las manos?

¡Ay! Hemos necesitado cinco palos para saber que las manos sirven para limpiar calderas de rancho.

En ellas metemos las nuestras. El engrudo frío y pringoso se desliza como reptiles entre mis dedos. El estómago se me levanta sintiendo aquel contacto de asco que me aguza los dientes, me crispa los pelos, me obliga á cerrar nerviosamente los ojos.

—¡Echar arena! —dicta el cabo.

Al lado de la fuente hay un montoncito de cieno corrupto con el que antes se han limpiado cien calderas. De aquel barro grasiento recogemos algunos puñados y fregamos las paredes de la gran olla. Cuando el gastador la ve limpia de engrudo, nos dice:

—¡Basta! Al tejadillo con ella. Secarla bien, ¡eh!

En un ángulo del patio hay un sotechado lleno de arena seca, donde meten el carro del batallón. Revueltos con la arena hay jirones de pleita vieja y pingajos de bramante. Frotando con aquella arena secamos la olla, y estregando con aquellos trapos la desempañamos hasta quedar más brillante que vajilla de reyes.

Tres calderas más limpiamos con pulcritud y raro arte. Ya creemos terminada nuestra faena, cuando el gastador nos dice:

—¡Muy bien, muchachos...! Ahora me limpiaréis los retretes hasta dejarlos como patenas.

El comerciante y yo volvemos á mirarnos. La vara del cabo se cimbrea...

—No se apure, amigo —le digo á mi compañero—. Hay que ser filósofos.

Y cogiendo una escoba muy vieja, muy mal oliente, me la echo al hombro como una carga de filosofía, y filosóficamente entro en los retretes.

Quédese el lector á la puerta, y aún más lejos.

XXII

El batallón le toca de parada.

Tocan asamblea.

Los de guardia salimos de las compañías y formamos en el patio. La línea de hombres llega de extremo á extremo. Brillan mochilas, roses y fusiles. Los soldados cuchicheamos; cambiamos de sitio; buscamos la proximidad de algún amigo para hacer juntos el servicio. Una voz que la cólera desgarrá, ordena:

—¡Silencio!... ¡Nadie se mueva!... ¡Como en misa!

Miramos hacia una ventana, y sólo vemos dos ojos que relucen como ascuas y una perilla larga, infinitamente larga, que tiembla de coraje. Basta: es el teniente coronel, todo ojos y perilla, que nos acecha.

Llega un capitán seguido de oficiales que han de mandar las fuerzas. El primero nos distribuye por guardias... ¡Mal día!... Me toca en el cuartel, que es la más temida y pesada por la vecindad del jefe.

El capitán manda:

—Guardias, á sus respectivos destinos. ¡De frente!... ¡Mar!

Los fusiles suben á la altura de los hombros; las bayonetas brillan puntiagudas al sol. Las guardias se ponen en movimiento; marcan las cornetas; suena acompasado pisar de fuertes zapatos. Las hileras de hombres van saliendo. Allí quedamos los que hemos de custodiar el cuartel.

Relevamos á la guardia saliente. Un cabo saca de la mochila su Ordenanza y nos lee torpemente las obligaciones del centinela.

El día transcurre en continuo sobresalto. Para que los novatos prestemos bien el servicio, las clases nos vigilan sin cesar y el teniente de guardia dice cada momento:

—El fusil bien puesto, centinela...

—No te descuides, muchacho... ó mando relevarte y te reviento.

Y el teniente coronel pasa la mañana entrando y saliendo en el cuartel. Tantas veces como llega, el centinela de la puerta grita estentóreo:

—¡Guardia, á formar!

Los francos de servicio formamos temblorosos. El jefe pasa revista. Cada mancha, cada botón desabrochado, cada descuido en la persona ó en el correaje lo indica con el puño reluciente del bastón, hundiéndolo tan vigoroso, que parece incrustar en la carne la falta.

Tiritando de frío, estoy custodiando un ángulo del cuartel. A las siete se acerca un paisano, bien hundido el sombrero, el cuello del

gabán alzado. Cuando le tengo á dos pasos me estremezco... ¡Aquellos ojos saltones; aquella perilla entrecana!...

—Centinela, tienes sucia la bayoneta.

Cierro los ojos y vuelvo á temblar. La bayoneta sucia me costará una paliza.

—¡A ver el fusil para que lo reconozca!

Dudo un momento, y como él extiende la mano para cogerlo, retrocedo.

—Perdone usía.

—¡Dame ese fusil! —insiste enérgico.

—No puedo, mi teniente coronel.

—Te lo manda el jefe.

¡Dios, qué apuro!

—Venga pronto.

—No puedo entregar el arma.

—¡Insolente!

¡Qué va á ser de mí, Señor!... ¡A Roma por todo!... Cobro ánimos; me atengo á la Ordenanza, y le digo sin más titubeo:

—No permito que se me insulte estando de centinela. ¡Atrás, y no me hable!... Entiéndase usía con el oficial.

El acercándose y yo arredrando llego á la pared. Como último apercebimiento, levanto el fusil y le digo:

—Si da un paso más, le ensarto de un bayonetazo.

Sus ojos vidriosos y saltones relucen; esboza una mueca que parece sonrisa, y habla ahuecando la voz:

—¡Así se hace! ¡Con energía! ¡Estando de centinela no se entrega el arma ni al Rey!... ¡Ni al Rey!

Y se aleja pisando fuerte en busca del que vigila al otro lado. Las sombras bajan como un sudario, y desde mi puesto sólo veo dos bultos. Al poco llega un cabo, y releva á mi compañero.

El teniente coronel había conseguido arrebatarse el arma. Iracundo, ensoberbecido, dio orden de relevarle. Al entrar en el cuerpo de guardia, el jefe le esperaba armado de baqueta.

—¿Dónde tienes el fusil?

—Lo he dado á usía.

—¡El arma no se entrega á nadie!

Y le enseñó las obligaciones del centinela de tan doliente modo, que la baqueta se la rompió en las costillas.

XXIII

De vigilante en el patio, pienso cuánta es la duración de la guardia.
Tocan retreta.

En las compañías se levanta infernal baraúnda. Suenan los férreos banquillos; suenan las tablas de los lechos toscos; suena el golpear de las manos mullendo los duros jergones. Los soldados van á dormir.

Yo paseo por el patio. Estoy rendido con la guardia penosa, desriñonado por los largos plantones y el peso de las cartucheras, ceñidas á la cintura, cargadas de paquetes. Estoy arrecido de frío y el sueño me vence. Miro á los largos dormitorios, donde empieza á reinar la quietud, y envidio como jamás he envidiado á los que pueden dormir.

¡Silencio!...

El corneta toca silencio. Es un punto largo, apasionado y trémulo que remonta con ímpetu caudal, raudo y luminoso como un cohete; se aleja entre las sombras de la noche que envuelven la plaza y el cielo; desfallece y se extingue más triste que un adiós á la vida. Empieza siendo orden y remata en patética imploración.

¡Silencio!...

Pasan silenciosos los sargentos rezagados... Sólo se oye el fino hilo de agua que la fuente desata. Mis ojos se cierran: miro hacia los altos dormitorios donde duerme la tropa, y por los rectángulos de luz que designan las ventanas veo pasar lenta sombras. Son los imaginarias que velan el sueño de sus compañías, como yo velo abajo el sueño del cuartel, embozado en negro silencio.

El cabo de cuarto viene á relevarme. Transmito la consigna al soldado que con él llega, y me retiro.

La puerta del cuartel está cerrada y el centinela observa por una mirilla. Al lado de un brasero nos sentamos en dos bancos los que hemos de hacer el último cuarto. El dulce halago de la lumbre aumenta más mi sueño. Duermo... El cabo me despierta de un feroz codazo. Al poco, duerme el cabo: yo le imito... Despierta, me clava otra vez el codo, y otra vez despierto.

—¡Como duermas, te quito el sueño de un puñetazo!... ¡Los de cuarto tenemos que vigilar!

Y en seguida torna á dormirse el cabo. Yo no tardo en seguirle. El fusil se me escapa de entre las piernas; pero tengo tan buena suerte,

que lo recibe en su cabeza un soldado frontero. Reniega bajo; se palpa. El chichón es bueno; pero mi fusil no ha despertado ruido, y el cabo sigue durmiendo. Resisto cuanto puedo: pienso en sucesos graciosos ó desgraciados para que el pensamiento ahuyente al sueño. Es inútil: mis ojos se clausuran; sueño; ensueño; vuela mi triste espíritu...

¡Adiós!... También el fusil ha querido volar; pero ha perdido las alas, y se precipita con gran estrépito en el banco de enfrente. Ni siquiera he tenido la fortuna de que lo acoja piadosamente la cabeza del soldado.

El oficial de guardia alborota iracundo desde el Cuarto de Banderas:

—¿Qué es eso, cabo camastrón?... No consienta que duerma nadie, ó le envíe una semana al calabozo.

El cabo se estrega los ojos, y me dice:

—¿Pero no vas á escarmentar, bestia?

Con el puño me amenaza al rostro; acudo en parada; pero bajando la puntería, me lo hunde en el bazo. El golpe es tan rudo, que me deja con la boca abierta, sin aliento. Lo único que aliento es el sueño, que no vuelve hasta llegar el relevo.

Son las once. Puedo descansar dos horas. A la una, otra vez de centinela. Rendido, tambaleando, me acerco al camastro. Los soldados están roncando, arrebuñados con mantas viejas. No encuentro ninguna para taparme. Junto á la pared veo al corneta que duerme como un serafín, liado en tres. Subo á las tablas; doy un tirón y le arranco dos. Despierta; protesta: me insulta; requiebra á mi madre: le doy un cachete. Insiste, y hundo mi pie en su vientre.

Es un rapacillo voluntario, que sin dejar de insultarme con los lindos decires de todos los cornetas voluntarios, llora como una Dolorosa.

—¡Bueno; toma una manta, y déjame dormir en paz! —le digo.

XXIV

Creo que apenas he conciliado el sueño, cuando entre sueños oigo gritar al cabo de guardia.

—¡Cinco, seis, siete y ocho!

Yo tengo el siete; pero sigo durmiendo.

El cabo reitera la apelación más impaciente y enérgico:

—¡Cinco, seis, siete y ocho!

Nadie se levanta.

Aunque el camastro tiene por todo colchón las tablas duras y nos acostamos vestidos, con el correaje puesto, ¡está uno tan ricamente!...

El cabo se quita la vaina de la bayoneta, y empezando por la derecha, repite:

—¡Cinco, seis, siete y ocho!

Pero ahora asocia á cada número un golpe, que asesta con la recia contera de la vaina.

Los flagelados despiertan. Si á alguno le toca entrar de servicio, se levantan. Los otros exhalan amargas protestas. El cabo no hace caso, y prosigue su marcha, camastro adelante, blandiendo la vaina:

—¡Cinco, seis!...

Antes de que me toque el turno de los latigazos, doy un brinco y salgo fuera...

La una.

De centinela á espaldas del cuartel, donde estuve por la tarde. El saliente me entrega su gran capote de paño pardo. Pesa, pero no calienta de puro tieso. El frío pasa cortante como invisibles hielos. Me pongo en movimiento para reconquistar calor, y apenas puedo moverme. El sueño me rinde; el fusil; el terso capote; las cartucheras cargadas, me vencen. Por las fisuras de las ventanas próximas llegan insistentes toses. Dos perros aúllan remotos á presentidos fantasmas. Doble fila de faroles se continúan hasta el puerto, donde entre brumas fosforescentes se mueven negras masas.

¡No puedo más!

Mis piernas flaquean. El fusil huye de mis manos. Entro en la garita; me siento; me abrigo con el capote; dejo el arma en un rincón, y un paño denso y aterciopelado viene á mí. En lecho de tibias plumas no dormiría mejor.

Pasa tiempo, y á mi lado me parece oír una voz enfática... ¡Ilusión que forja el sueño!... Las voces llegan asociadas con golpes... ¡Bah, pesadilla del cuartel!... ¡Ay!... Es un puntapié formidable quien ahora me pone bien despierto... Las patadas caen sobre mí veloces é inevitables. Ni incorporarme puedo. El oficial de guardia me insulta y golpea. ¿Cómo invocar mis derechos de centinela?

Me levanto; salgo de la garita, y el oficial exclama:

—Castigado otras dos horas.

¡De centinela hasta las cinco!... ¡De cuarto hasta las siete!... ¿Cómo podré resistir?

La irritación me inunda como una marea... ¡Y no le he pegado un tiro!... ¡Maldito sea este pingajo de uniforme, y vayan noramala estas mentiras de Patria y Ejército que los bandidos explotan!... Me quito el capote; dejo fusil y municiones, y voy á perderme en las negruras profundas de la noche. Ya he consumado la deserción; porque ya voy calle adelante, cuando un sentimiento de temor me retiene... Mi ropa de paisano la he vendido para conllevar el hambre; no me queda ni un céntimo; no conozco á nadie... ¿Qué haré en aquella Barcelona, colosal y misteriosa, que aún ignoro?... Darán parte de mi deserción; me buscarán y no tardarán en cogerme... Y ya estoy cogido con todas las uñas y dientes del salvaje Código militar, baldón de los hombres, protección de todas las tiranías. Recojo las cartucheras; me pongo el capote; abrazo el fusil, y empiezo á pasear.

Suenan las dos.

Suenan las dos y media.

El frío arrecia; el sueño me estremece; empiezo á sentir hambre y sed.

Suenan las tres.

Oigo rechinar una llave y oigo distantes pasos marciales. El relevo viene. Siento asomos de esperanza: ¿me habrá dispensado el oficial? En el opuesto ángulo veo detenerse al cabo y relevar al centinela. ¿Vendrá luego? Cabo y soldado remontan la calle... ¡No viene!... Sus pasos se alejan, se apagan... Vuelve á rechinar la llave. Vuelve el silencio á reinar en torno, y la desesperación en mí.

Suenan las tres y media.

Hambre, sed, todas las necesidades he sufrido. Jamás he sufrido tanto como esta noche con el sopor. Si ando, me desayudan las fuerzas. Si me detengo, me asalta el sueño. Si en defensa contra el frío me acojo á la garita, al instante me quedo dormido. Despierto sobresaltado, y vuelvo á pasear. Hambre, sed, sueño, cansancio del cuerpo y del alma: todo me aflige.

Suenan las cuatro.

Siento los pelos crispados. Siento nerviosos estremecimientos correrme por el cuerpo, causándome la sensación penosa de agudos

alfileres. Mi cabeza está caótica, y por mis ojos pasan nubes. Voy á caer, y la pared me contiene.

Me siento en la garita, y deajo que pasen las angustias. Sudor helado corre por mi frente... Cuando me levanto, canta un gallo. Allá muy lejos, á la izquierda de Montjuich y sobre la negra masa que forma el mar, veo indicarse un débil claror en el cielo de acumuladas nubes. La primer sonrisa del alba asoma.

Suenan las cuatro y media.

Abrense algunos postigos, y los hombres se alejan, tosiendo y fumando, en busca del trabajo. Las luces cenicientas del amanecer se insinúan y agigantan poblando las calles silenciosas. El sueño y el malestar que me agobian prestan apariencias fantásticas á las cosas en la mate palidez de la mañana... El corneta de la guardia toca «llamada á la banda». Pasan diez minutos, y el aire glacial se llena de pronto con la cálida canción de la diana. Roncos, trémulos y masculinos, los clarines del próximo regimiento de lanceros repiten el saludo al nuevo día.

Suenan las cinco.

Me relevan. Llego al Cuerpo de guardia y caigo rendido en un banco.

Ahora he de velar las armas dos horas.

XXV

Guardias; servicio de cuartel; tiro al blanco... No hay descanso.

Republicanos, socialistas y anarquistas han dado en la manía de celebrar reuniones los días festivos. La Plaza de Toros es su lugar preferido. Como los Cazadores estamos al lado, se nos encuartela hasta que la reunión se disuelve. La tropa reniega de anarquistas, socialistas y republicanos. Poco á poco le han imbuido la idea de que el militar es superior al paisano, y como son paisanos los que causan su encierro, protesta y reniega de aquel paisanaje escandaloso. Algunos meses bastan para que el soldado sienta desprecio del hombre civil. ¿Qué será del que ha convertido en carrera su adhesión al Ejército?

Cuando los discursos terminan y el corneta toca marcha, es tarde para ir á Barcelona. La tropa no sale de la Barceloneta. Allá, en las

últimas calles, frente á la playa sucia, que trasciende á brea, se confunde con chulos y marineros, asalta las casas donde tocan organillos y baila con locas hembras, llenas de polvo y colorete, hasta acercarse la hora del rancho. Frecuentemente, la broma se troca en pendencia, avivada por la embriaguez y los celos. Las facas brillan entonces, las bayonetas se desnudan y los sables de caballería salen horrisonos de sus vainas. Todo es ruido casi siempre: pocas las veces que la sangre llega al mar. Lo ordinario, que las mujeres reciban en sus costillas el enfado y que las amas paguen de su bolsillo los vidrios rotos.

XXVI

Este amor apasionado que por el mar siento me invita á pasear solitario á la vera de las aguas; una tarde veo arremolinarsse en el embarcadero á generales, jefes y oficiales.

Me acerco y pregunto á un carabinero:

—¿Qué sucede?

—El capitán general, que va á embarcar.

—¿A dónde marcha?

—A Filipinas.

Un paisano próximo interviene.

—Se le ha hecho imposible la existencia en Barcelona.

—¿Por qué? —le pregunto—. Pues aquí le estiman y los periódicos de Madrid le aplauden.

—El general es muy bondadoso y simpático; pero tiene el pícaro vicio del juego, y debe 65.000 duros, que no podría pagar en España.

Miro al carabinero y le veo sonreír. Luego dice:

—Eso lo sabe todo Barcelona... ¡Lástima que no seamos generales!... Así nos enriqueceríamos en las colonias cuando nos faltase el dinero.

Más adelante se dijo que, á los seis meses de gobernar en Filipinas, había pagado todos los créditos que dejó en Barcelona.

—¡Hablillas! ¡Cieno de la calle! —como repiten frecuentemente los políticos españoles, gente honradísima que no se le cae el cieno de la boca.

Sin embargo de lo mucho que esos señores desprecian al lodo de la calle, si alguna verdad circula en España, siempre la arrastra el arroyo.

XXVII

Mayo se avecina vestido de luz y de flores. Vamos á pasar el mes en Montjuich.

Los soldados viejos nos han ponderado lo improbo del trabajo en la robusta fortaleza. Lo han ponderado tanto, que sentimos miedo. Nuestro temor es vano: lo viejos no exageran; pero resistimos bien. No hay animal que resista como este animal llamado hombre.

A las diez de la mañana salimos del cuartel para estar á las doce en Montjuich. Vamos en traje de campaña: puestos de capote; calzados de alpargata; llevando en la abultada mochila toda la ropa.

La ascensión es lenta. El sol molesta; las cartucheras pesan; el fusil pesa; el maletín de cinco paquetes pesa con su peso de metal, pólvora y plomo, en la cúspide de la mochila, que, colgada por la espalda, tira del correa, sujeta y nos ahoga.

Estamos á mitad de la cuesta, y ahora se aprecia cuán alto se erige Montjuich. El teniente coronel ordena alto para que tomemos algún aliento.

Llana y soberbia, febril y ruidosa, se ve Barcelona al pie. Negras surgen por toda partes las rectas chimeneas exhalando apretados vellones de humo que suben mansamente por el aire; se deshacen á la altura de nuestras cabezas, y se escapan por el llano; las rechaza el Tibidabo: se alejan por el mar.

Cuando nos hemos repuesto un poco, el corneta toca marcha y reanudamos la fatigosa ascensión. Cuanto más subimos, más fresca llega del Mediterráneo la brisa risueña y salada.

Llegamos ante el pétreo castillo, y un centinela, el fusil apercebido, nos manda desde el puente un ¡alto! robusto y amenazador... De la fortaleza salen á reconocer la tropa que llega; cerramos filas, y en correcta formación pasamos el puente al son de la música; subimos una rampa empinada y lóbrega; entramos por una puerta que guardan como lebreles dos cañones, y llegamos á la Plaza de Armas.

El batallón saliente está formado. El estrépito de ambas músicas se confunde en un saludo que ensordece y llena de claros sonos las bóvedas seculares. Los cornetines de órdenes claman imperiosos y las músicas enmudecen.

El reloj del castillo toca doce campanadas.

XXVIII

Cuando el batallón saliente abandona á Montjuich, los entrantes bajamos á los dormitorios.

Fórmanlos dos largas cuadras continuadas y oscuras. Sus paredes están negras y el suelo empedrado de guijarros. Los lechos se ven revueltos; manchadas de betún las sábanas; agujereadas las mantas. La luz entra perezosa por altas ventanas cuyos hastiales permiten graduar la enorme robustez de la muralla. Por aquellos huecos llega también la brisa salobrenca del mar, que á lo lejos se estremece como una masa de estaño donde el sol se refleja.

Llega la hora del rancho.

Guiados por clases y oficiales subimos á la Plaza de Armas; salimos por la puerta que custodian los dos lebreles de bronce; bajamos á los fosos, y á los diez minutos de caminata llegamos al contrafoso donde esperan las calderas. El rancho está helado. Los perros no comerían aquellas puchas soeces. Cuando aún no han tenido tiempo de consumir su ración los de estómago mejor templado, los oficiales, impacientes con la espera, mandan que formemos para limpiar los platos.

Es una gran balsa muerta y putrefacta. El cieno está revuelto con el agua y sobre cieno y agua fluctúa una capa de grasa amarillenta. Sólo la evaporación y las lluvias renuevan la quieta laguna. Sus márgenes están llenas de residuos del rancho, que el tiempo ha ido acumulando y corrompiendo. En esta charca podrida sumergimos los platos. La rubia superficie se rompe, y reaparece el agua terrosa y putrefacta; pero la grasa antigua acude pronto y se sumerge en la cavidad. Así se lava el plato... Luego se limpia con puñados de hierba. En un gran círculo alrededor toda está raída por anteriores manos, y como los oficiales meten prisa, hay que estregar el estaño con las hierbas pringosas que otros tiraron, ó con puñados de tierra.

¡Aseo militar!... Porque se limpie lo aparente, se flagela con rudeza á los hombres. Los botones han de estar muy limpios; la mochila ha de ser terso charol; á la bayoneta hay que arrancarle azulados reflejos. Pero se come en platos sucios sucias comidas; se dejan los cuerpos sucios, y se ensucian las almas.

XXIX

Un furriel llena seis platos con el rancho desechado, y tres hombres salimos de filas para transportarlos. Es la comida de los anarquistas, presos en Montjuich.

Entrando en la Plaza de Armas, en el primer ángulo de la izquierda, hay una escalera ancha, dividida en tres tramos con cuarenta y dos escalones. Por allí descendemos á las entrañas del castillo. Un cabo baja delante sonando llaves y encendiendo fósforos, que rasgan débilmente las tinieblas y trazan en el confuso techo móviles quimeras. Hace frío en aquellas profundidades. Un soldado tose, y la tos se ahueca, se explaya, repercute en extensos é invisibles ámbitos. Tomamos por estrecha galería de baja bóveda. A nuestro encuentro viene un vaho de humedad y moho. Al cabo se le agotan las cerillas, y quedamos á oscuras por tener ocupadas las manos. La clase llega ante una puerta; palpa; tantea con la llave para aplicarla en la cerradura. Luego descorre un cerrojo fornido y herrumbroso. Empuja la puerta, pequeña y con un palmo de espesor, y entramos dentro. La escolta guarda la entrada.

Es un calabozo como de tres metros cuadrados. Hay en lo alto un insignificante tragaluz por donde llegan mustios claros de la tarde que agoniza. Tan leve es la claridad, que sólo percibo los vagos contornos de tres hombres silenciosos, sentados en un rincón.

—¿Quién tiene cerillas! —pregunta el cabo.

Los presos no tienen, ni se las permiten. Pudieran pegar fuego al jergón donde se sientan y duermen.

Un soldado enciende, y acercamos los platos. Hay dos jóvenes de cara triste y ascética. El otro compañero representa cuarenta y cinco ó cincuenta años: es grueso; está enfermo: tiene fiebre, y en su rostro,

que empieza á demacrarse, relucen las antorchas de sus ojos. El médico no quiere enviarle al hospital.

El enfermo rechaza la comida. Los dos jóvenes sacan cucharas de madera; cortan el rancho solidificado, y comen lentos, silenciosos, pensativos...

Salimos al pasillo, y el cabo abre otra puerta. Es un calabozo idéntico al anterior, con el mismo número de anarquistas. Les entregamos los platos, y cuando ya salimos, un preso nos dice con dulce voz:

—¿No podrían darnos un poco de tabaco? Hace dos semanas que no fumamos.

Nos miramos compungidos... Nadie tiene.

El anarquista se sienta cabizbajo en el suelo, murmurando:

—¡Dispensen, dispensen!... La patria no les trata á ustedes mucho mejor que á nosotros.

Las sombras entran.

La puerta se cierra sordamente. Cruje la llave; gime el cerrojo. Con la cerilla sobre la cabeza, miro y nada veo. Las tinieblas son muy negras. Toso, y la tos corre antro adentro, prolongada y misteriosa.

Dicen que en este antro se encendieron después los braserillos para enrojecer los instrumentos inquisitoriales. En aquellos calabozos se mutiló á los anarquistas; allí se les aplastó el cráneo con los cascos de hierro; allí se les achicharró las carnes; allí se les arrancó, entre crujir de huesos y rechinar de dientes, declaraciones tremendas en que inspirar su sentencia de muerte.

El sitio era bueno. El lugar siniestro.

Las paredes duras. La puerta como la de un *in pace*.

A la derecha, la mole del castillo.

Encima, cañones.

A la izquierda, la muralla.

Allende la muralla, el mar.

XXX

Las negruras se disipan al llegar á la Plaza de Armas. Aún es de día. Siguiendo la dirección de otros soldados, salgo por la puerta, trepo

á los glacis y me tiendo en la verde felpa que los tapiza.

El espectáculo es insuperable. Así, reclinados con indolencia en el Olimpo, acariciados por una brisa fina y perfumada, debieron los viejos dioses de abarcar con amplia é inalterable mirada el mundo que se extendía á sus pies. Extensa, activa, sonora, se contempla á Barcelona allí abajo; á su izquierda se yerguen los montes vestidos de serenísimo azul; á su derecha tiembla el mar. El sol se ha puesto. Palmas de oro y resplandores de incendio ha dejado en su camino.

Suenan los acordes de la *Marcha Real*. En la guardia del puente han presentado armas, y la corneta lanza sus cuatro notas graves. Atraído por recias cadenas, el puente se alza lento, solemne, entre rumores profundos que parecen surgir de ignotas cavernas. Aquel puente unía á Montjuich con la tierra. Ya está el Castillo aislado por hondos fosos, solitario y medroso.

La paz reina otra vez en torno. Por el antepuerto van entrando la barcas de blancas velas que tornan de la pesca. La luz de la tarde se degrada, y el ópalo remoto que flota sobre mar, ciudad y montes, se confunde con las primeras sombras y parece un vaho gris que se ennegrece con la lenta ascensión de la noche. Es tan dulce la muerte del día, que hasta el aire se desmaya... Los rumores de la magna urbe se elevan agrandados hasta el castillo. Las barcas zagueras van descendiendo la comba del mar en busca del puerto, y el mar prosigue incansable su eterno balanceo. De tiempo en tiempo, fórmanse redondas protuberancias, que se rompen y coronan con un florecimiento de encajes. De aquellos hinchados senos creo que va á fluir Citerea embozada en su manto leve de espumas... En el cielo asoma Sirio... Una gasa transparente flota sobre la ciudad, borrando contornos é identificando las cosas en una marea funambulesca é informe. Súbitamente agujerean las tinieblas infinitos puntos radiantes que á una se han inflamado, como respondiendo al mandato de un genio invisible y tiránico. En el cielo se encienden otras luces, y cuando la noche es bien cerrada, tal parece que el cielo se ha proyectado en la tierra. Ordenadas ó dispersas, brillan en lo profundo las estrellas. Las hay fijas y las hay móviles. Unas son tan resplandecientes que parecen de primera magnitud, y otras tan nimias que mi ojo apenas las percibe. En larga y fosfórica banda corren las de las grandes vías formando Vías Lácteas. Estas se agrupan y forman constelaciones; aquellas se apagan como astros fenecidos.

Los soldados se retiran.

Sólo yo quedo en los glacis, absorto en la contemplación de cuanto me rodea... Ahora me cautiva el hondo ladrar de los canes; ya sigo con atento oído el fragor de los trenes, que á lo lejos retumban soberbios; ya pienso en los fabulosos titanes, oyendo el titánico resoplar de las fábricas... Ahora, la espesa y negra mole de los montes me atrae con la seducción de lo colosal é informe; ya admiro con secreto pavor el mar confuso que á mis pies se conmueve y canta.

La noche me envuelve.

Mi ser se ha disuelto en la grandeza circunambiente, y en mí reina la inconsciencia... Ya no percibo los dispersos tumultos, ni los rumores que surgen de las cosas y pueblan los aires. Ladrar de los canes; fragor de los trenes; resoplar de las fábricas; zumbar; cantar; crujir de lo rústico y pequeño, todo se identifica, todo se resuelve y llega á mis oídos en una marea universal y armónica en que domina —sístole y diástole— el rítmico pulsar del Mediterráneo que en el abismo oscuro late incansable cual si fuera el misterioso corazón del mundo.

¡Retreta!

No he oído tocar compañía... ¡La banda toca retreta y yo no he asistido á lista...! Brinco del glacis; rompo á correr...

Una voz larga, plañidera, exclama:

—¡Centinela alerta...!

Otra dice:

—¡Alerta...!

Y la misma palabra ¡alerta! se repite; se propaga en torno del vasto recinto... Ya se atenúa... Ya se extingue... Y cuando la creo apagada en las lejanas sombras de la noche, renace casi imperceptible; se agranda; se acerca; termina con un largo

—¡Alerta está!

Después, silencio hermano de la muerte.

XXXI

El servicio es duro en la fortaleza; el reposo breve; la vigilancia activa. Rondas, contrarrondas y rondines pasan las noches visitando las guardias. Los pocos hombres francos de servicio, bajan los domingos

á Barcelona con encargo de subir tinta, betún, tiza, cuanto los soldados necesitamos. La cantina de Montjuich es más rapaz que la del cuartel. Como la salida es imposible durante la semana y no tiene la competencia de los comercios, fija á sus artículos precios inconsiderados, escandalosos. Es inútil protestar. Allí está la tablilla autorizada con el sello del castillo y la firma del general gobernador.

Un arenque, diez céntimos.

Los arrendatarios de la cantina se hicieron todos ricos... Y eso que se lamentaban de pagar extraordinaria contribución á la fortaleza para reparo de obras... ¡Una fortaleza que atiende á sus necesidades exprimiendo el bolsillo insignificante del soldado!

Cuando el mes expira, otro batallón nos releva, y junio entero lo pasamos haciendo ejercicios.

Capitanes y oficiales han olvidado la táctica durante el descanso del invierno. Cuando el teniente coronel sale al frente de la tropa, es día de secreto regocijo para el soldado, aunque cualquier movimiento mal hecho le cueste un sablazo. El jefe es violento de genio é intemperante de lengua, y si algún capitán ú oficial yerra, les arroja encima el caballo; se irrita; se burla con crueles sarcasmos: dice al torpe que envaine el sable y se marche á su casa para estudiar táctica. El oficial se desespera; pierde la cabeza y blasfema entre dientes. Y la tropa siente su corazón de fiesta, creyéndose vengada de castigos anteriores.

Hay días en que el teniente coronel se muestra tan impaciente y nervioso, que siembra la confusión y el pánico entre los más serenos. El batallón no evoluciona entonces, hace «buñuelos», como el jefe dice iracundo y despechado. Su cuerpo enclenque se cimbre sobre el caballo, que vuela á un lado y otro levantando trombas de polvo. Luego se para en seco. Con voz ardiente y trémula, el jefe explica el movimiento que va á mandar; dice las voces que los capitanes han de repetir; las que conviene á cada comandante de sección... Manda... La explicación ha sido inútil. Las compañías se rompen; las filas se enredan; ya está el «buñuelo». Brama el teniente coronel; se empina en el caballo; le hunde rabioso las espuelas, y el animal corre como una exhalación; se revuelve; se encabrita. Caballo y caballero forman una sola pieza, que salta y grita con ronca voz:

—¡Imbéciles...! ¡Con estos ignorantes cualquier enemigo nos derrotaría!

XXXII

¿Es *Corpus Christi*...? ¿Qué día es?

Gran parada.

Tocan escuadra:

Los cabos pasan revista, indicando con bofetadas cualquier falta que observan.

Tocan sección:

Los sargentos pasan revista, insistiendo en los golpes.

Tocan compañía:

Pasan revista los oficiales y reiteran los castigos.

Tocan batallón y tropa:

Mandados por los capitanes salimos de los dormitorios; descendemos las escaleras; formamos en el patio. El teniente coronel, seguido de los comandantes y la plana mayor, pasa escrupulosa revista. Su bastón se hunde en el pecho del hombre desmañado; el lomo de su sable golpea las quijadas.

Es un día tórrido. Para asistir á la gran parada hemos vestido de gala. Consiste la gala en ponerse un capote nuevo y pesado en día de pleno estío, y sobre el capote las cartucheras muy limpias; muy cargadas. Antes de abandonar el cuartel sudamos ya copiosamente. El jefe manda armar las armas; sale la bandera, y allá vamos, rápidos, anhelantes, aplastados por el sol y por el peso. El polvo que nuestra marcha subleva en el Paseo de San Juan, ha inutilizado nuestros afanes de limpieza.

En la Gran Vía nos mandan alto. Estamos rojos; nuestros cuerpos echan sudor que traspasa los capotes; el ros se hunde; la cabeza se derrite.

Un soldado cae redondo al suelo.

Le quitan el correa; le entreatren el capote; le conducen á una farmacia próxima.

Los jefes de Estado Mayor pasan al galope transmitiendo órdenes. Algunos generales pasan ondeando plumas, luciendo bandas y brillando cruces... No se puede respirar de calor.

El segundo hombre cae congestionado muy cerca de mí.

La *Marcha Real* se oye remota. Luego cantan clarines. Después, otra música más próxima bate marcha. El capitán general se acerca. Mirando de soslayo se ve algunos jinetes que le preceden al trote.

Impaciente y agitado, el teniente coronel lanza su caballo hasta el centro de la Gran Vía.

—¡Batallón!... ¡Firmes!

Como precisos resortes obedecemos á la voz de mando.

—¡Presenten!... ¡Armas!

La música rompe á tocar *Marcha Real*. El teniente coronel hince las espuelas en los ijares del caballo y parte como un relámpago en busca del general en jefe del 4.º Cuerpo de ejército.

Robusto, moreno, cargado de oro y de dorados, Martínez Campos pasa lentamente, saludando á oficiales y banderas. Detrás vienen generales, ayudantes, Estado Mayor. Un escuadrón de la Guardia Civil cierra la marcha.

El polvo y el sol asfixian.

Cae el tercer soldado.

Un oficial pide permiso para retirarse á la sombra por sentirse enfermo.

El sudor traza en el capote grandes manchas, y el pantalón se adhiere calado á las piernas que se estremecen. Nubes de turbación pasan por los ojos, y la cabeza queda vacua. Las fauces están secas; abrasados los labios.

El capitán general retorna al trote largo.

El desfile va á empezar.

Los primeros Cuerpos ya desfilan ante Martínez Campos.

El teniente coronel manda «de á cuatro derecha» y avanzamos rápidos por la ancha vía. Transcurren algunos minutos de marcha y el jefe vuelve á dictar:

—¡En columna de honor!

El general está próximo, rodeado de su brillante Estado Mayor. Ante él vamos á desfilar en columna de honor...

Suena un tremendo estampido...

Por el aire vuelan cosas.

Los ánimos se sobrecogen de terror. Luego suenan gritos; las filas de curiosos se hienden; la gente se arremolina de espanto, huye, cae.

—¡Una bomba! ¡Una bomba!

—¡Un anarquista!

—¡El general ha muerto!

No. Sólo estaba herido.

XXXIII

—¡Ahora sabréis lo que es bueno!

—Van á empezar los paseos militares. Preparad sal y vinagre para curar los pies.

Así nos animan los veteranos... Los bisoños estamos preocupados. Aquéllos nos recuerdan las marchas implacables que realizaron los veranos precedentes; hablan de hombres que á mitad de la jornada caen derrumbados; pies rendidos que derraman sangre.

—¡Ahora sabréis lo que es bueno!

Salimos de Barcelona muy temprano, con polainas y alpargatas, pendiente el fusil del hombro.

—¿A dónde vamos?

—A Igualada —contestan los bien enterados.

Los cuatro ó cinco kilómetros primeros se recorren alegremente, en columna de viaje. Los forzudos que se criaron en el campo, brincan y vocean, ufanos de aquella relativa libertad; los chistosos narran picantes aventuras, y los bien templados cantan:

Niña no tengas amor con soldado
Con sargento ni oficial
Tra-la-rán,
Con sargento ni oficial
Tra-la-rán,
Porque en tocando la marcha de frente
Solita te quedarás
Tra-la-rán,
Solita te quedarás
Tra-la-rán.

Aquella alegría comunicativa me invita á cantar una vez —¡una, la primera de mi vida!

Niña no tengas amor con soldado

(¡Ejem; ejem! Sí que lo hago mal... á mi espalda suenan otros ¡ejem, ejem!)

Con sargento ni oficial...

(¡Ejem; ejem!)

Tra-la-rán.

Este «tra-la-rán» no lo he cantado yo. Me lo han repicado en la espalda con dos culatas de fusil.

—Si que lo haces mal —me dicen—. Por favor no cantes en tu vida, porque lloverá al momento.

Tan fielmente observo la recomendación, que por mi parte estaría condenado el mundo á sequía perpetua.

Hemos andado seis ú ocho kilómetros. El sol se remonta en el cielo y empieza á herirnos con rayos de fuego. Las primeras perlas de sudor asoman en nuestras frentes. El fusil pesa más de lo necesario. Los cantores tararean; á los chistosos sólo de tarde en tarde les chispea el ingenio...

La corneta toca alto. Tendidos en el suelo reposamos cinco minutos, y vuelta á marchar antes de que nos enfriemos.

El sol nos dardea más directo. El sudor corre mezclado de polvo, y la arena del camino se filtra entre pie y alpargata; escuece; empieza á sublevar menudas ampollas que rabian. En las filas apenas se habla. Con la cabeza humillada proseguimos, cada vez más lentos. El pueblo no está muy lejos, y para demorar la llegada, nos desvían del camino recto cruzando caminos incultos y subiendo montes.

Hacia el mediodía derrite el sol. Medio batallón va cojeando, y el otro medio hace intentos de cojear. Las ampollas se revientan; el polvo entra en ellas, y suscita vivísimos dolores. Cuando la corneta toca algún alto, rasgamos nuestros sucios pañuelos y envolvemos con sus tiras los pies lacerados.

—¡Qué flojos! —dicen algunos oficiales.

Verdaderamente, ellos aguantan mejor que nosotros. Sienten cansancio; pero no cojean; no están llagados. Ellos van calzados con botas... ¿Será que la celebrada alpargata española, tan fresca y cómoda en los primeros momentos, resulte dañosa cuando el pie se caldea, y el polvo y el sudor de que se empapa ejercen persistente acción sobre las llagas?... Quizá la abarca, no menos típica, fuera mejor. Doctores tiene el Ejército...

A la una llegamos á Igualada: creo que fué Igualada.

Los más rendidos se echan á la sombra de los árboles que preceden al pueblo. Otros nos allegamos á las casas implorando un poco de vinagre para cauterizar las llagas.

Unos días subimos al Tibidabo y frecuentamos los montes próximos. Otros vamos á Badalona. A cada nueva salida es mayor la

jornada.

A despecho del sol y á expensas de los pies, endurecemos el cuerpo como antes endurecimos el alma.

XXXIV

He trabado íntima amistad con un revolucionario.

Es hombre de guerrera estampa: alto, robusto, bien plantado. Habla recio y decidido: se burla de Dios y abomina de la Monarquía. Goza de mucho prestigio entre los republicanos; pero desde que se ha enterado que hay anarquistas en el mundo, empieza á sentirse anarquista; pues no quiere ser menos radical que nadie. Cuando vamos por la calle, él elegante y yo enfundado en ancho ropaje de loro, va cantando alabanzas revolucionarias. La gente nos mira. El se ensancha; alza más su hermosa voz de trompa, y sigue arrogante, flotando al aire su magnífica barba partida, idéntica á la de don Carlos de Borbón. Porque este simpático revolucionario es fidelísima copia de Carlos VII rejuvenecido. La semejanza es más perfecta, cuando entro en su casa, y le veo cubierto con gran boina roja.

—¡Buenas tardes, soldadito de plomo! —exclama al verme.

—¡Buenas tardes, Carlos Chapa!

Me mira con feroces ojos, y dice:

—¡Ahora verás si soy Carlos Chapa ó Carlos Chispas!

Se vuelve hacia un muchacho palidísimo, de largo rostro y gran cabeza, y le ordena:

—León XIII, sácate eso.

El chico, que se parece al Papa, entra en un cuarto próximo, y vuelve con un hermoso gorro frigio, hecho de terciopelo. Don Carlos tira la boina, y se lo pone:

—¿Qué te parece, soldadito de plomo?

—Admirable, Robespierre.

Se vuelve rápido hacia el muchacho, se lleva las manos á la boca simulando una corneta, y sopla hasta hinchar el vientre y enrojecer los carrillos.

—¡León XIII, las armas en seguida, que va á empezar la revolución!

Una voz de señora, suena resignada adentro:

—¡Loco!... ¡No grites, loco!

Pero él grita más fuerte:

—¡Corriendo, León XIII, que nos sorprenden!

El joven sale, y entrega una canana y un rifle magnífico.

—¿Para qué quiere usted eso, Robespierre?

—Para defender la barricada.

—¡Ah!...

Se ciñe la canana, cuelga del hombro su rifle, y vuelve á gritar:

—¡León XIII, acaba de vestirme!

El chico sale con dos revólveres, un ancho y mohoso yatagán filipino, y un garrote como la muñeca de grueso.

Don Carlos Robespierre monta los revólvers, apunta á un espejo, y me dice:

—Fíjate, soldadito: creo que tengo firme el pulso.

—Oh, muy firme. Si dispara es seguro que mata al espejo.

Desmonta las armas, las cruza entre vientre y canana, y cogiendo el yatagán lo blande con salvajes gritos.

—¿Para qué esa cuchilla? —le pregunto riendo.

—Para segar cabezas de republicanos tumbones. Hay que segar muchas cabezas de farsantes.

A guisa de sable se cuelga la ancha hoja en el costado izquierdo y empuña la estaca.

—¿Y ese palo, es para apoyarse y no caer con el peso de tanto hierro?

Don Carlos Chispas enarbola el garrote y me amenaza colérico:

—¡Mira, soldadito de estopa, no te burles, porque te apabullo!... Con este garrote calentaré las costillas á esos revolucionarios que cuando suena la hora se esconden entre las faldas de sus mujeres.

Luego se despoja lentamente de sus arreos y me dice:

—¿Quieres conocer á don José Carvajal?

—¿Ha venido?

—Sí. Se preparan acontecimientos, y ha llegado esta mañana para unir á los republicanos de Barcelona. Hoy hablará en el centro.

Cuando entramos en el salón, el viejo tribuno está rodeado de admiradores. Su alta figura y sus luengas barbas patriarcales destacan en el gran concurso.

Mi compañero grita entusiasmado:

—¡Paso!... ¡Paso!...

Viendo á un militar la masa humana se hiende.

Robespierre me coge por la cintura, me alza hercúleo y me transporta en vilo como un glorioso trofeo. Cuando llega ante el jefe republicano, me deja en tierra y exclama:

—¡Le presento á un soldadito de plomo!

La gente aplaude.

XXXV

Un día entro en casa de don Carlos: mira atónito mis bocamangas, donde lucen flamantes galones encarnados, y viene á abrazarme loco de alegría:

—¡Mi general!...

—Todavía no; pero estoy en camino. Ya soy cabo.

—¡Tú serás general!

Las brujas de Macbeth fueron mejores profetisas.

Mi querido amigo acaricia los galones, tira la boina y grita con voz pujante:

—León XIII, dile á doña Marcolfa que te dé mi sombrero.

(Doña Marcolfa dice á su esposa.)

Cuando el chiquillo vuelve le advierte:

—Al café vamos; pero si viene algún Ravachol no se lo digas.

(Ravacholes llama á los republicanos.)

Me coge del brazo, me zarandea como á un pelele y murmura muy abiertos los ojos:

—¡Hemos de hablar despacio! ¡Vámonos!

Al pasar ante tiendas y talleres mi elegante amigo saluda:

—Buenas tardes, reaccionario!... ¡Adiós, triparrota!... ¡Adiós, Pallás!

Entramos en un establecimiento y don Carlos escoge el rincón más discreto.

—¿Café, mi general?

—Café.

Cuando nos han servido mira receloso en torno. Aunque nadie nos escucha, me acerca sus bellidas barbas y dice misterioso tocando con el dedo mis galones:

—¡Bueno!... á ti puedo ya hablarte en confianza. ¡Se está conspirando!...

—¡Ah!...

—Sí, señor. Es preciso que tú también trabajes.

—No tengo inconveniente; pero yo puedo hacer muy poco.

—¡Mucho! Eres listo y decidido. Puedes entenderte con cabos y sargentos. La cosa va muy bien y el golpe será decisivo.

—¿Cree usted?

—Hay en Barcelona un regimiento de Caballería, otro de Infantería y un batallón de Cazadores.

—¿El mío, quizá?

—Entonces no harías ninguna falta. A tu teniente coronel le han pulsado, pero es incondicional del Trono.

—¿No cuentan con Artillería?

—¡Un ciclón que se la lleve! Esa gente es toda reaccionaria.

—¿Para cuándo es el golpe?

—Mucha reserva, ¡eh!... Para el 28 de septiembre.

(Septiembre es el mes consagrado por los republicanos españoles para hacer la revolución.)

Yo cuento mentalmente y le digo:

—Ese mes estará mi batallón en Montjuich.

Robespierre se estremece.

—¿Estas seguro?

—Segurísimo.

—Sería una adquisición extraordinaria...

—Lo sublevo.

—¿Sabes lo que dices?

—Que sublevo á Montjuich.

—¿Te atreverías á dar ese golpe maestro?

—Lo doy; aunque me fusilen en los fosos.

—Dicen que entre la Capitanía General y el pabellón del general gobernador hay una galería por donde pueden subir tropas en socorro de la fortaleza.

—Eso oí cuando estuve arriba; pero al lado del pabellón que ocupa el gobernador hay dos piezas que guardan la entrada en la Plaza de Armas.

—¿Y qué?

—Pues que se obstruye el camino tirando el pabellón á cañonazos.

—¡Hablas formal!

—Formal.

—¿Y los jefes y oficiales?

—Eso no es cuenta de usted. Se les encierra, y si resisten se les mata.

—Muy duro es matarlos.

—No me mimarán á mí si fracaso.

—Sería un gran triunfo para la revolución el disponer de Montjuich... Dime: ¿podrás salir una noche del cuartel?

—Imposible.

—Quisiera presentarte al jefe de Barcelona. No obstante; le hablaré solo, y te comunicaré instrucciones.

—Perfectamente.

—¿Hablarás á las clases?

—Empezaré á explorarlas.

—A los cabos puedes ofrecerles el empleo de teniente. A los sargentos el de capitán. Como tú arriesgas más, no se te puede asimilar á cabo... Consultaré el caso.

—No tiene que consultar nada. El Ejército no me atrae, y lo único que pido es la licencia absoluta.

—No hablemos más: hasta el domingo.

¡Demonio! Es de noche, y hace más de una hora que habrán pasado lista... Robespierre me ofrece veinte céntimos para tomar el tranvía.

Llego al cuartel, y el sargento de guardia me dice:

—Preséntese en el Cuarto de Banderas.

Entreabro la puerta, y grito:

¿Da usted su permiso, mi teniente?

El oficial me contesta:

—No hace falta. Pase arrestado á la prevención.

¡Me he lucido!

La prevención es el Cuerpo de Guardia. Al lado ha de dormir el sargento. Tan á pechos tomo mi oficio de conspirador, que aquella misma noche le gano para la causa de la República.

XXXVI

Es una empresa loca, desatinada; pero con absurdos y desatinos está tejida mi oscura existencia.

Al cebo de los empleos ofrecidos, muchas clases se me han rendido. Los sargentos reenganchados, que tienen más autoridad sobre la tropa, están casi todos conmigo. Es gente fuerte, bien templada, que allá en sus pueblos hicieron ruda vida. El servicio del cuartel les parece leve comparado con el de segar ó cavar. A trueque de perder la cabeza, quieren superar el muro que les separa de los empleos superiores. Las estrellas de capitán les deslumbran.

En septiembre subimos á Montjuich.

Los domingos que estoy franco de servicio voy á Barcelona, y en un café de la Rambla recibo instrucciones del revolucionario. Arriba esperan con avidez las noticias. Tendidos en los glacis al decaer la tarde, envueltos en capas de aire y azul que avivan el ánimo, forjamos planes de ambición y heroísmo.

Los días se suceden entre dudas y anhelos.

Algunos se desmayan presintiendo cruentos fracasos, y sus desilusiones se propagan. En los ojos vagos leo el temor.

Hemos entrado en la última decena del mes.

La mitad de los sargentos me huyen y se alejan de los glacis; pero hay tres antiguos que me son particularmente adictos.

Uno es el sargento —¡gran amigo mío!— con quien me peleé en los retretes.

Otro es el sargento Castellá, que cuando tratamos de la probable intervención de jefes y oficiales en el conflicto, escupe y dice:

—«¡Me caso en Dios, y no blasfemo!... ¡Los tiramos al mar!»

El último es el sargento más antiguo de la tercera: castellano viejo, cuadrado, rojo, violento. Ni de su ambición puede dudarse, ni conociendo su autoridad sobre la Compañía se puede dudar de que con un gesto colérico y un grito de mando, la sojuzgue y lleve á donde quiera.

Hay algunos cabos. Esperan los que fueron señoritos en Valencia, gente que lee periódicos y está acalorada con los radicalismos de aquella ciudad.

La última semana de septiembre, bajo á Barcelona. La postrer instrucción la recibiré el 27 por la tarde. Al castillo me enviarán un cesto de comida. Si en el papel que la envuelva encuentro una palabra

escrita, Montjuich ha de sublevarse cuando broten las luces de la próxima aurora.

XXXVII

El 27 me toca de guardia y necesito estar libre. Si no encuentro quien me permute el servicio, tendré que fingirme enfermo... Un cabo me cede el 26 su guardia de Luneta de Mar.

Es un día plomizo, tristísimo, azotado de frecuentes ráfagas que cortan las palabras.

Luneta de Mar no forma parte del recinto. Es una guardia peligrosa, solitaria, clavada en una punta árida. Abajo golpean las olas. Cuando la noche cae, y el corneta del lejano puente toca lenta *Marcha Real*, y el puente sube férreo entre profundos rumores cavernosos cerrando el castillo, Luneta de Mar, huérfana y aislada, cierra también su puerta, y el centinela recibe orden de redoblar su atención y de hacer fuego sobre cualquier bulto que en las sombras perciba.

Frente al Cuerpo de Guardia se abre un ancho foso poblado de hierbas y secos jaramagos. Es el foso de los sacrificios. A cuatro metros de la puerta hay un montón de cal. Sobre la sangre del anarquista Pallás, fusilado allí mismo, han derramado cal.

A media tarde rompe en sonante granizada. Negras nubes van por el espacio detonando con estrépito de roncós obuses. Los relámpagos corren veloces, y sobre el gris sombrío trazan los rayos sus duras líneas, más brillantes que rayos de sol. El mar pierde su azul de limpia esmeralda: á lo lejos es pardo; sus bordes de un verde colérico que babea espuma, y por todas partes, monstruo de pesadilla que se levanta rugiendo y se hunde aullando.

Cuando llega la noche cesa de tamborilear el granizo. La tempestad se aleja por el Este; pero las rachas de viento pasan azotando más duro.

En el castillo suena retreta. Trémulo y deplorable como lamento de ánima que por los fosos vaga en pena, llega repitiéndose el largo ¡alerta! de los centinelas.

Cuando cierro la puerta, veo clarear á pocos pasos el montón de cal extinguiendo la sangre de un hombre que rodó á balazos. Cierro, y

paseo meditativo. La idea del anarquista fusilado me persigue; pero vagamente, como recuerdo lejano, y no como obsesión... El trueno rimbomba mar adentro y el huracán exhala maldiciones al despeñarse monte abajo. Súbitamente me estremezco. Como si lo tuviese delante, veo á mi amigo el revolucionario. Su pecho es ancho; su voz como para mandar á la plebe; su barba flota gallarda al viento. Le estoy oyendo repetir truculentos conceptos; pero en sus ojos, vistos ahora con mis ojos interiores, reluce la alevosía. No es mirada franca y leal la que ahora analizo. No lo es: cuando los demás hablan y él no atrae la atención, acecha y observa de soslayo...

El viento gime afuera, y en lo profundo retumba la confusión de las olas. Tres hombres duermen un sueño agitado en el camastro. Sobre sus cabezas vierte un roto farol luces agónicas que danzan con las sombras.

Estos humildes seres nacidos para que locos y ambiciosos — hombres ó poderes— nos alcemos poniendo los pies en sus cabezas, estarán francos mañana. Ellos también serán actores de los sucesos próximos, en que todo lo arriesgarán para que otros culminen. Quizás haya lucha pecho á pecho. Tal vez sean de los que resistan, y el alba del 28 se enrojecerá con su sangre ó con la sangre que derramen...

... ¿Y si mi amigo es un farsante?...

Si es un farsante no ocurrirá nada. Cuando los años me separen de este momento cruel, reiré de mi credulidad insana y apreciaré cuán cerca de la comedia bufa está la tragedia...

... ¿Y si es un perverso?...

¡Hay que cerrar los ojos! ¿Cómo puedo olvidar en este instante el Cuartel del Buen Suceso asaltado por un grupo de insensatos para que algunos bandoleros de levita se enriqueciesen con una jugada de Bolsa hábil y siniestramente perpetrada?... ¿Se repetiría el crimen?... Montjuich no era el Buen Suceso. Al primer conato de sedición podría llegar la muerte sin que nadie se salvase.

El centinela llegó para despertar al que había de relevarle. Con el entrante subí á la terraza para refrescar la cabeza.

La noche era negra. Al pie de la roca se arremolinaban las olas espumeando y rugiendo. Diríase una batalla de hiperbólicas bestias marinas. Los relámpagos hendían las tinieblas lejanas, y á su luz fugaz y culebreante presentíanse gigantescos mundos arrojados en el confín

para sostener el viejo firmamento. Luego reinaban tupidas sombras, y bajo las sombras, el mar se estremecía epiléptico.

Antes de retirarme miré al foso por donde el viento corría exhalando agudas quejas. Y aunque la noche era negra, bien pude ver el montón de cal blanqueando como un cándido copo sobre la sangre de Pallás fusilado.

XXXVIII

Los cabos que están de guardia en el puente, tienen orden de enviarme la cesta que espero.

La tarde va deslizándose, y en su lento curso aumenta la zozobra. No hablamos.

Tendidos en el glacis, nuestros ojos no se desvían del tortuoso camino que á la fortaleza conduce. Un sargento murmura pensativo:

—Si alguien nos delatase...

Las frentes se arrugan.

Nadie habla.

Castellá se atreve á romper el denso mutismo. Su voz es sorda. No desencaja los dientes:

—¡Me caso en Dios, y no blasfemo! Entonces arde Montjuich.

Miro al fuerte sargento de la tercera. Está sombrío; su cara nublada; nervioso se muerde el rubio bigote; sus ojos de limpio acero están puestos en la lejanía de oro y azul.

Y nadie vuelve á hablar.

Suena fagina para rancho.

Castellá dice ensimismado:

—Ya no vienen.

No es tarde. Queda una hora de sol, y hasta la puesta no se cierra la fortaleza.

Una hora de silencio mirando al camino, observando cómo el sol se oculta rodeado de tristeza, ó cómo el mar se tambalea.

El corneta del puente toca llamada. Algunos soldados salen á reconocer los alrededores. Quedan cinco minutos de anhelante espera.

¡La *Marcha Real!*...

El puente sube entre rumores de averno...

Esto ha concluido.

XXXIX

—¡Buenas tardes, Robespierre!

—¡Hola, mi general!

—Son ustedes unos revolucionarios de mitin y banquete.

—¡Chut!... Ni una palabra. Han sobrevenido complicaciones, y el golpe se ha diferido un mes, hasta el 28 del presente.

Esto es el 1.^o de octubre. El 2 se reciben noticias alarmantes de Melilla. Los rifeños^[1] se han lanzado sobre los españoles.

Un soplo bélico circula por España. La prensa se encarga de elevar el entusiasmo patriótico á la más alta presión, mostrando los trapos bien ajados de nuestras glorias antiguas.

Los moros pegan duro, y allá van camino de Africa batallones, escuadrones y baterías. El ministro de la Guerra los remite á destajo, entresacándolos de todos los Cuerpos de Ejército, sin orden ni plan aparentes. Prensa y militares censuran acremente por aquel trasiego al ilustre general que dijo: —«A Melilla ó á mi casa», y se quedó en el Ministerio...

—Buenas tardes, Robespierre.

—Buenas tardes, mi general.

—¿Cuándo hacen ustedes la revolución?

—Imposible por ahora; sería antipatriótico... Aunque en el fondo de esta guerra *pour rire* sólo hay un engaño del Gobierno.

—¡Hombre!...

—Estamos en el secreto. El Gobierno tenía barruntos de que iba á estallar algo, y ha excitado secretamente á los moros. Así puede distraer las tropas, y que nadie piense en la revolución. ¿Cómo puedes explicarte de otro modo esos desatinos de López Domínguez, entresacando batallones de cada región y aumentando las dificultades del transporte?... Lo cierto es que con esos trasiegos, tan censurados por los que no están en el secreto, ha deshecho el ministro la organización militar que teníamos...

Pasan días.

—Buenas tardes, Robespierre.

—Buenas tardes, general.

—Vengo á anunciarle que me voy á Melilla.

—¡Cómo!

—Lo que oye. A mi batallón también le ha tocado.

—¿Te convences?...

Han pasado los años, y aún ignoro si por aquella época se conspiraba en los cuarteles, y si las levas de López Domínguez eran obra de su torpeza ó respondían á un secreto designio.

Pero sí he podido averiguar que mi amigo don Carlos Robespierre era un revolucionario de mitin y banquete. Pertenecía al orden de los farsantes. Gracias que no era un malvado.

En malvados y en farsantes pueden clasificarse los revolucionarios españoles.

Segunda Etapa

I

La *Marcha de Cádiz* está en boga. Cuando algún cuerpo de la guarnición desfila por las calles, ella marca el paso. El delirio patriótico se apodera de todas las cabezas. Hasta el paisanaje catalán, hostil al soldado, simpatiza ahora con nosotros. Entramos en los cafés, y nos agasaja. Cada uniforme es emblema del heroísmo nacional.

¿Que día es?... No lo recuerdo... Vestidos en traje de campaña desfilamos, ligeros y marciales, por el paseo de Colón. Delante va la charanga tocando la *Marcha de Cádiz*. La gente se acumula en los andenes y canta al compás de la música:

¡Viva España!
¡Qué vivan los valientes!...

Las muchachas nos gritan:

—¡Que nos traigáis las orejas de un morito!

Las orejas de los moros están de moda.

Al desfilas ante la Capitanía general resuena un «¡Viva España!» robusto, que acoge la muchedumbre en sus labios, y lo repite extenso y formidable como un trueno.

Llegamos al embarcadero, y por dos anchos tablones pasamos al barco viejo que ha de transportarnos á Melilla. Cuando los caballos de los jefes van á entrar, el del teniente coronel se espanta, forcejea, pisa en vago y se perniquebra. Hay que retirarlo. La tropa lo siente mucho, porque es un animal elegante, inteligentísimo. Cuando su dueño se encoleriza y lo expulsa sobre un soldado, brinca y cae á un palmo del perseguido, resopla, piafa, y ya no hay espuela que le obligue á consumir el atropello. ¡Noble Pinto, que conserva la razón cuando su amo la pierde!...

Nuestro sentimiento no dura mucho.

Mayores cuidados nos afligen pronto.

Muge ronca la sirena, lévase el ancla, y el barco se arrastra por las aguas de ópalo, lento é inseguro como un anciano. Nuestros ojos comienzan á enturbiarse... En el muelle estallan vivas y blanquean pañuelos; pero no todos podemos contestar. El mareo vence al entusiasmo.

Salimos del puerto.

Rebasamos el antepuerto.

El mar está picado, y el barco se hunde, cabecea, se tambalea como un cetáceo herido de muerte... La muerte nos invade... ¡Nos morimos!... Oyense hipos; percíbense angustias seguidas de flemas y blasfemias; ¡allá va la mar!... Los rostros están lívidos; afligidos los ojos. A los chistosos no se les ocurre ningún chiste; sólo á los marineros les suena en son de chanza aquellos: —«Ay, mi madre!...» «¡Que se me escapan las tripas!...» «¡Mala puñalá le den á los moros!...».

La visión del mar y el azote del viento aumentan el mareo. Dando tumbos llegamos á las escotillas y bajamos á las bodegas. Un calor apestante y húmedo nos envuelve. El suelo está cubierto de hombres y cosas en revuelta confusión. Tropezando y cayendo nos echamos sobre otros hombres, que no se mueven ni protestan. ¡Si parecen muertos!... No; algunos aún están vivos, y de su existencia dan muestras bien sucias que corren sobre los rostros de los cadáveres adyacentes, inundan las mochilas cargadas de ropa, dejan vestigios en los fusiles, que también están á la funerala.

El calor de las bodegas hace más daño que el mar.

Algunos quieren salir; pero se sienten tan huecos y sin espíritus, que recaen agotados.

Gimiendo y babeando me arrastro por aquellas siniestras oscuridades. Mis manos tocan lodo; mis pies chafan hombres. ¡Nadie se mueve! Algún débil gruñido dice que piso en blando.

Cuando llego á la escotilla, me agarro á la baranda como á un ánclora de salvación: —«¡A la una!...» «¡A las dos!...» «¡Aupen!...» Cada escalón que asciendo, es otro triunfo que logro.

Al pisar sobre cubierta, me tiendo boca arriba, abro piernas y brazos y murmuro resignado: —«¡Sea lo que Dios quiera, y venga pronto la muerte!».

Junto á mí yace un soldado que era jocundo y ahora parece en los últimos estertores. ¡Infeliz! ¿Qué se han hecho sus burlas y alegrías?... Vanidad de vanidades.

Otro agonizante se muestra, temblón y descolorido, en la boca de la escotilla. Su boca se retuerce y babea; sus ojos giran confusos mirando al cielo; se crispan sus puños. En otro momento yo le tomara por un celoso Otelo buscando á su palurda Desdémona. Ya está sobre cubierta formando ancho puente con las piernas que le sostienen en equilibrio inestable. Ya extiende los brazos trágicos en un movimiento de súplica desgarradora que le sale de lo más profundo. Ahora da un paso oscilante... Ahora mira al que agoniza á mi lado. Con voz entrecortada le dice:

—¿Vienes?

El moribundo hace un gran esfuerzo y eleva la cabeza. Luego la deja caer en la mochila. Más débil que un soplo, murmura:

—¿A dónde?

El otro se estremece, toma aliento y contesta:

—¡A «gomitar»!

Mi vecino se incorpora muy lento; se levanta exhalando ayes.

—¡Vamos!

El barco cabecea de proa á popa; se columpia de babor á estribor... Cogidos del brazo; vacilantes las piernas y sacudidos de horribles temblores, los dos amigos se sostienen, llegan á la borda y apostrofan enérgicamente al mar.

II

Chafarinas se ve á la izquierda entre gasas de azul; Melilla está al frente, y á uno y otro lado corre confusa la costa, envuelta en el leve vapor que humean los cálidos campos. El barco se acerca con pausa, y aún bien distante del desembarcadero, arroja el ancla. Separado algunas brazas á estribor, se mece con suave ritmo el *Conde de Venadito*.

España se ha quedado á nuestra zaga, y en ella los fríos de noviembre. El sol africano nos baña en sus oros y enardece la sangre. La música toca sobre cubierta un vals, como la mañana dulce y sereno, y en los espacios claros bailan los hombres con cuerpo muelle y ojos entornados. De súbito, para la música, y el baile cesa. Un seco estampido ha sonado, y una leve nube de humo se deshace en el aire

pacífico. Pasa el momento de sobresalto, y suena otro estampido. El *Venadito* ha roto el fuego sobre las faldas del negro Gurugú, que á orillas del mar vigila alto y solemne como la extrema avanzada del Riff.

A la poética molicie de antes sustituye en los hombres el loco entusiasmo de la guerra. El crucero sigue disparando con irregulares intermitencias, y los proyectiles rasgan el azul del espacio; caen al otro lado de las aguas; estallan levantando nubes estrelladas de pólvora y polvo. Cada detonación horrisona es acogida con unánime batir de manos, vivas á España y mueras á los moros. Los oficiales sacan sus gemelos de campaña; miran hacia el Gurugú, y aseguran que la última bomba ha caído en un grupo de enemigos. Los soldados de vista sutil juran que ven huir á los rifeños monte arriba.

Y la artillería sigue expulsando hierro y fuego.

—¡Viva el *Conde Venadito*!

—¡Viva Díaz Moreu!

—¡Olé, tu madre!

—¡Afina la puntería, y duro que no se derrame!

Una voz imperiosa, la del teniente coronel, exclama:

—¡Basta de entusiasmo!... ¡Ya veremos cuando entréis en fuego!

Un soldado, ebrio de heroísmo, se atreve á decir:

—Nos llevaremos á España las orejas de los moros.

El jefe sonrío. Menos mal.

—Para arrancárselas hay que llegar hasta ellos.

Varios responden:

—¡Llegaremos!

El jefe termina satisfecho:

—¡Bueno: á desembarcar ahora!

Cuatro gabarras esperan adosadas al barco.

III

Nos destinan á Horcas Coloradas.

Acampamos á la izquierda del camino, á pocos pasos del cementerio donde semanas antes enterraron al general Margallo, muerto ó matado en Cabrerizas. El resto de la mañana, y buena parte de la tarde, la

pasamos en instalar las tiendas de campaña. Luego allanamos el piso y lo cubrimos con serrín de corcho, densa capa que ha de ser nuestro lecho.

Por el camino van y vienen, fusil al hombro, sucios soldados curtidos por el sol y por el relente de las noches en guardia. Unos llevan sobre descoloridas guerreras de mecánica cuellos negros. Pertenecen al batallón de disciplinarios. Otros visten de presidiarios y llevan facas asesinas en el cinturón que sostiene las cartucheras. Estos forman en la Guerrilla de la Muerte, que manda el rudo capitán Ariza, célebre ya en toda España porque la prensa lo ha graduado de héroe, y los ciegos le heroifican en sus canciones bastardas.

Al rematar la faena bajamos al camino para que guerrilleros y disciplinarios nos cuenten sus hazañas. Aquellos ladrones y asesinos nos miran piadosamente, porque nosotros aún ignoramos los rigores y grandezas de la guerra. Sólo ellos son los fuertes, los duros, y sus proezas las que España celebra. Como una mancha de mora con otra mora se limpia, con sangre de moro están borrando la que antes vertieron. Tan seguros están de la superioridad que sobre nuestros ánimos absortos ejercen, que en el relato de sus aventuras interpolan las más redondas mentiras.

—Amigo: ¿y esa faca que llevas en la cintura?

—Es para cortar orejas.

—¿Cuántas has arrancado?

—Ninguna: yo no he tenido la suerte de echar la mano encima de ningún morito. Pero no faltan desorejados. Se han arrancado cuatro ó cinco pares.

—¿Y qué habéis hecho de ellas?

—Unas se las comió el guerrillero que pudo cortarlas; otras las hemos disecado al sol.

No es verdad que se hubiesen cortado orejas. Sí es cierto que existía la propensión á cortarlas, sin que las autoridades militares hiciesen nada por evitarlo.

IV

El trabajo continuado de remover tierra al sol y el polvillo del corcho, secan nuestras golas, que piden agua. Buscamos, y no la hay. Los oficiales, dicen:

—Hoy todo es confusión. Aguanten como puedan, que mañana se proveerá.

La sed arrecia cuando termina el rancho. Para limpiar el plato, unos emplean puñados de tierra. Otros extraen agua embarrizada y putrefacta de un pozo abierto en las lindes de nuestro campamento, á tres varas del cementerio. El agua, densa y arcillosa, exhala recio olor de podredumbre, y al recibirla en los platos se ve fluctuar una pelusilla blanca como deshechos copos de lana. Estimulados de la sed, algunos beben de aquel barro ligero que ha recibido las filtraciones del cementerio.

Durante toda la noche salen sombras de las tiendas, llegan al pozo y beben sedientas líquidas substancias Orgánicas.

Al otro día tampoco nos abastecen de agua. Los asistentes van á Melilla para traerla á sus oficiales. En los soldados se empeña la lucha entre la repugnancia del pozo y la sed rabiosa. Las fauces están abrasadas. La lengua se apega al paladar. Los labios se agrietan.

Vence la sed.

—¡No puedo más! —se oye decir—. Voy á beber sustancia de Margallo.

Los más reacios claudican al tercer día.

Nuevos batallones acampan en Horcas Coloradas, y la gente acude en interminable procesión á beber en el pozo del cementerio como si fuese un pozo milagroso.

Pasan días, y el agua pura no viene. El pozo está casi agotado. Del fondo sale un limo cada vez más putrefacto, en que la pelusa se enreda. La calentura viene diezmando las compañías. El hospital de la plaza se llena de hombres, y tienen que improvisar nuevos hospitales.

—¡Hay que cegar ese maldito pozo! —dicen los jefes.

Y los soldados sedientos murmuran muy quedo:

—¡Mejor fuera proveernos de agua!

Un atardecer ponen centinela con orden estricta de que nadie saque agua. Aseguran que por la mañana nos la traerán clara. La prohibición estimula á la sed. Los soldados imploran al centinela: él resiste, resiste mientras sus fauces pueden resistir. Luego beben todos, y recomienza

la severidad de la consigna hasta que otro centinela sediento la quebranta.

A la siguiente mañana viene por el camino un carro, y en el carro una gran pipa que rezuma agua pura. De la pipa cuelga una manga. A ella nos acogemos clases y soldados para llenar las marmitas. El más dichoso logra colmar una. El carro ya no vuelve hasta el otro día. Con el litro de agua hemos de tener para beber y lavarnos. Como la sed es mucha, las abluciones huelgan.

La suciedad nos cobija de la cabeza á los pies. Revueltos en las tiendas hombres y ropas, el parasitismo se manifiesta fértil. Para contener su reproducción nos llevan, después de diana, á que nos lavemos en el agua salobre del mar. Cada diez ó doce días nos ordenan lavar —¡mojar!— las ropas.

Y el jabón, en las fábricas.

V

Los hombres no se apiadan de nuestra sed; pero Dios, muy clemente y misericordioso, nos oye y dice: —¡Agua va!

Aquello no es llover; ni tampoco diluviar. Es dar un puntapié omnipotente á todos los mares de la tierra y volcárnoslos encima. Los celestes chorros redoblan en los lienzos de las tiendas, imitando furiosos tambores que marcan un asalto á la bayoneta. Las telas se calan más pronto que sombrillas de papel japonés, y dentro llueve igual que á campo raso. El agua baja por las faldas formando turbios é hinchados ríos, y entra en nuestras guaridas empapando ropas y arrastrando el serrín de corcho que nos servía de cama.

De arriba siguen cayendo océanos, y es cosa de insultar al que, hartos de sequedad, pretende trocarnos en húmedas ranas. Las telas adquieren horrible rigidez; las cuerdas, atadas á clavos y estacas, se hacen tirantes como cables metálicos, y el tronco que en el interior aguanta á la «kábila» —como los soldados llaman á nuestro albergue— empiezan á gemir. ¡Aquí va á ocurrir algo!...

De las primeras «kábilas» llegan gritos de gente que zozobra. ¡Una detonación!... Ya sucedió lo que temíamos. El mástil de una tienda próxima se ha roto por gala en dos, y el blanco paraguas ha caído

sobre los hombres. Como el refugio es igual dentro que fuera, vamos saliendo de nuestras moradas para ver lo que ocurre.

Los hombres gatean bajo la lona empapada sin encontrar salida. Los demás reímos, todo calados hasta los huesos, mirando cómo evolucionan invisibles. Cuando nos insultan, vamos corriendo en su ayuda, levantamos las ruinas, y salen uno á uno, blasfemos y embarrados.

Tres «kábilas» se nos desploman aquella mañana. Por la tarde brilla glorioso el sol; pero cuando la noche llena de sombras la cañada y las cornetas tocan silencio, nuestras tiendas están encharcadas y hemos de dormir tiritando sobre el barro, media manta encima y media sirviendo de lecho.

Con la marmita de agua que recogimos del carro y con la chupada por nuestros cuerpos durante la lluvia, resistimos dos ó tres días sin sufrir mucha sed; pero luego renace, y pedimos á Dios que nos envíe otro chaparrón para ir tirando. Pedimos á Dios, porque en los hombres ya no creemos. Aseguran que de España han salido varias máquinas para filtrar agua del mar; pero cuando termina aquel grotesco simulacro de guerra, creo que sólo una había llegado, y aún ésta debía ser tan holgazana, que de su faena no teníamos noticias los soldados de Horcas Coloradas.

Pero Dios nos oía propicio y anunciaba su lluvia enviando sobre las alturas del Gurugú una niebla parda, que jamás le dejó mentir.

VI

—¡Se avecinan grandes acontecimientos!

—¡Grandes acontecimientos se avecinan!

—¡Vamos á pegar duro!

Esto se dice entre los soldados, que en asuntos de su oficio suelen ser los peor enterados. «¡Vamos á pegar duro!». Y como hay franquicia postal escriben profusamente á sus novias en papeles pintarrajeados, que algunos presidiarios y vivanderos ofrecen en los campamentos, á la vez que aguardiente, facas y tabaco: —«Pascuala de mi corazón: pues sabrás que uno de estos días iremos al Gurugú y á Frajana, y tendré

ocasión de enviarte las orejas de moro que te he ofrecido para que las seques al humo hasta que yo vaya á esa...».

¡Vamos á pegar duro!

No hay más que observar cómo llegan tropas de España. Horcas Coloradas están repletas de Infantería. Frente á nosotros, al otro lado del camino, ha acampado Mallorca con su joven coronel, el pulcro y aristocrático Duque de Gaeta. Más arriba Asia, con su jefe Macón, el de la hermosa voz de mando. A la vera de nuestras tiendas están erigiendo la del general de nuestra división. Es Salcedo, rubio, gallardo, tan gallardo como el Duque de Gaeta: lleva muy ceñido el rojo pantalón; ceñidas las lucientes botas de montar con doradas espuelas; la guerrera muy ceñida; ceñidas las mangas. Las mañanas frescas lleva un capote ceñido, forrado de azul y del capote cuelga por la espalda un capuchón forrado de rojo. Cuando el sol dardea se quita el capote, se lo echa airosamente al brazo y marcha altivo, como un torero que solicita aplausos... No; es más elegante y gallardo que el Duque de Gaeta, y si alguna vez grita desde la puerta de su «kábila» se comprende que la voz no tiene nada que envidiar á la hermosa voz de trompa que tanto realce da al coronel Macón.

¡Vamos á pegar duro!

Sin duda; porque llegan jefes emparentados con la familia Real y coroneles afectos á Palacio, y se dice que todos traen en las maletas los fajines para volver á España de generales.

¡Vamos á pegar duro!

¿Cómo no, si ya tenemos en Horcas Coloradas al más alto prestigio del Ejército, y con él una nube de periodistas?

Martínez Campos viene con ancho pantalón. Su pierna aún se queja de la bomba que le arrojó Pallás. Viéndole tan moreno, los soldados le creen mulato. Cuando visita los campamentos al trote largo de su caballo, el ros cubierto de oro fulgura como un sol.

Los periodistas se entusiasman con el capitán general, y los periódicos llegan locos de alegría. ¡Oh, el duro y sublime caudillo, hecho para todas las resistencias! ¿Pues no se niega á residir en Melilla? El general ha dicho que la vida en poblado enerva, y como él es un soldado más, quiere vivir á campo raso entre soldados.

Y se viene á Horcas Coloradas para hacer plena vida de campaña.

A cien pasos de nuestro campamento levantan su tienda. Es una tienda grande, redonda, doblemente forrada para que la lluvia

torrencial no la acribille. Sobre sacos de serrín derraman dentro nuevos sacos de corcho hasta formar un pavimento de media vara. Sobre el serrín extienden alfombras. Sobre las alfombras ponen mesas, lechos de campaña...

Y el soldado murmura al pasar:

—Por esta tienda cambiaría su casa el alcalde de mi pueblo.

VII

—¡De hoy no pasa!

—¡Hoy nos batimos!

El *Venadito* ha hecho más vibrante la diana, punteándola con recios cañonazos. Hacia el comienzo de Horcas Coloradas tocan «llamada y á la carrera». La Guerrilla de la Muerte y el Batallón Disciplinario marchan ligeros á tomar posiciones. Dicen que allende Sidi Auriach, se concentran masas de moros.

Hay que abastecer la línea de fuertes y nos toca proteger los convoyes. Vamos á ser los primeros en romper el fuego, si guerrilleros y disciplinarios no lo han iniciado cuando lleguemos.

Formamos.

Nos refuerzan de cartuchos.

¡Demonio, esto va de veras!... Al entusiasmo de otros días, sucede una gravedad digna y meditativa... ¡La verdad es que cuando uno menos lo piense, puede recibir un balazo!... ¡Y los moritos no disparan con salvado y proyectiles de corcho!... ¡Y no neguemos que tienen fina la puntería!... Es para estar graves.

Pero, ¿quién dijo miedo? Aquí está el teniente coronel que echa rayos por los ojos. Como al embarcar perdió á «Pinto», monta un rocín de la caballería. El pobre no vale tres cuartos; pero bajo la mano férrea del jinete, y á impulso de las espuelas, que no paran de martirizarle, saca fuerzas de su propia flaqueza, y alza el cuello, piafa impaciente, finge juveniles bríos. El teniente coronel se planta en medio del batallón, manda ¡firmes!, y habla.

Mi memoria es bastante fiel para reproducir casi literalmente toda su bélica alocución. Es un modelo de elocuencia militar, fuerte y concisa, intensa como no puede encontrarse en Tucídides. Empieza

llenándonos de patriótico ardor, y termina infundiéndonos un saludable respeto, que frisa en el miedo. Pero no es miedo á los moros...

—«¡Soldados! —comienza diciendo—. Vamos á entrar en fuego. Vais á recibir el glorioso bautismo de sangre...».

¡Bien, no quiero continuar! Las palabras puedo reproducirlas; pero el gesto y tono son imposibles de reflejar. Aun acudiendo al arte gráfico, sorprendería un momento, una actitud belicosa del jefe; pero no aquel maravilloso juego de los músculos faciales; aquel iluminar el resplandor de los ojos á las palabras que de sus labios de despeñan, rápidas ó lentas, según los casos, enérgicas y bien moduladas siempre. Mucho menos aquella acción del sable, que vibra en su seca mano, simulando herir á invisibles adversarios. Y lo que el arte más sutil no podría imitar es aquel último apóstrofe y conminación, desesperado y rabioso, en que, pasando el sable á la mano izquierda, inclina el cuerpo en el jaco, pone mano al revólver, y exclama:

—«¡Yo os vigilaré, soldados, para romperle el cráneo de un balazo al que vuelva la cabeza ante el enemigo!».

Tose.

Escupe.

Y manda:

—¡De á cuatro izquierda!

VIII

Cuando llegamos al pie de la colina donde se yergue Cabrerizas Altas, nos detenemos. Dos compañías despliegan en guerrilla y suben á la cúspide apostándose tras las piedras y retamas para no ser vistos del enemigo. El sol se eleva y las masas de moros que se habían acumulado en los límites, se desvanecen como leve neblina. Tal vez fueron fantasmas que el miedo forjó. Moros, nieblas ó fantasmas, se disipan con la luz. Lo único que á lo lejos se distingue es un hombre que labra su campo.

Llega un convoy y dejan su carga. Luego otro.

Indudablemente, hoy tampoco quemamos pólvora. El teniente coronel ha gastado amenazas y saliva en balde.

Cuando llega la hora del relevo subimos á la eminencia los que formábamos la retaguardia, y los relevados bajan.

Aún no hace diez minutos que estamos en acecho, cuando observo que algo se mueve á pocos pasos. Entre unas abundantes matas de retama, veo removerse un bulto. ¿Será algún enemigo? El corazón me da un brinco; monto el fusil y apunto:

—¡Quién vive!

Nadie contesta.

—¡Quién vive!

Los soldados próximos hacen crujir los percutores.

Como cazador alerta me acerco al grupo de retamas... Un traje pardo con vivos amarillos... ¡Pero qué susto!... Si es un presidiario... Con el cañón le toco en la espalda; abre los ojos; se desesperanza.

—¿Qué haces aquí? —le digo.

—Pues ya ves, tomando el sol.

Es un anciano de sesenta y cinco años; blanca la cabeza; el color terroso, como el de todos los presidiarios. Su constitución es fuerte, y parece no haber perdido energías.

—¿Cómo no estás en el presidio?

Me responde con indolencia, tendido en el suelo y en voz muy queda:

—Salgo por la mañana, y ya no vuelvo hasta ponerse el sol.

En seguida se pone el gorro sobre los ojos, disponiéndose á dormir. Yo me siento á su lado, y le importuno:

—¿Os tratan bien en el penal?

Deja el gorro en el suelo; se encoge levemente de hombros, y poniendo los ojos en las remotas kábilas, murmura con lentitud:

—Mejor que en España. Si alguna vez haces «algo», procura que te traigan aquí.

—¿Supongo que tendrás muchos deseos de verte libre?

Vuelve á encogerse de hombros, y no me contesta; pero yo sigo preguntándole:

—¿Trabajas mucho?

—Muy poco.

Para estimularle á hablar, le ofrezco un cigarro. Mira el tabaco, y dice:

—Flor de Mayo. Toma Canillas que es mejor.

Y me entrega su petaca. Luego se incorpora para liar el pitillo, lo enciende y vuelve á tumbarse sosegadamente.

—¿Por qué te han condenado?

El viejo fuma con delectación mirando al cielo sereno, y parece no oirme.

—¿Pasas bien la vida?

—Regular.

—¿Qué haces?

—Trabajo tres días á la semana, y los demás me vengo á dormir.

—Eres un filósofo.

—No vale la pena de matarse. Total, dos reales por trabajar de sol á sol...

—No ganan mucho más los jornaleros de España.

—¡Psch! Que asesinen á cualquier cristiano, y que se vengan aquí.

—Es una solución... ¿Y qué haces con tus seis reales semanales?

—Compro un cuarterón de tabaco, que sólo vale cinco ó seis perrillas, y me asocio á otros compañeros para hacer comidas... Esta maldita guerra nos fastidia; pues los huevos, que antes nos vendían los moros á treinta céntimos la docena, ahora van por las nubes.

—Aunque viejo y presidiario parece que no estás muy disgustado con la vida.

—¡Bah!... Teniendo tabaco y pudiendo dormir al sol...

Admirable filósofo.

IX

Mallorca está como niño con zapatos nuevos.

Le han dado Maüser; los primeros Maüser. ¡Qué envidia le tenemos! Son unos juguetes preciosísimos, menos pesados que el Remington, con unos cartuchos delgaditos y relucientes. ¡Un primor! Para darnos envidia, los de Mallorca cogen los cargadores —cada uno tiene cinco cartuchos— y acercándoselos á la boca, silban imitando á los afiladores de España.

Una hora por la mañana y otra por la tarde pasan aprendiendo la instrucción del nuevo fusil. Aseguran que aquel juguetico es muy

caprichoso, y hay que tratarlo con la misma finura que á una mujer. Delicado debe ser; pues al primer descuido ha sonado una denotación...

¿Pero qué sucede en nuestro campamento?...

La gente se arremolina ante una tienda de oficiales. La lona está agujereada. Dentro reina confusión; se oyen voces. Un capitán sale con el pelo revuelto y gritando que llamen al médico. El general Salcedo llega ligero, seguido de ayudantes y periodistas.

Los soldados dicen:

—El Maüser de Mallorca ha hecho blanco.

—¿Quién es el herido?

—El teniente Mora.

—¿Ramón?

—El mismo.

—¡Maldita bala!... Mejor fuera que le hubiese dado en la cabeza al teniente P***, ó al capitán C***.

Sí; quizás hubiese sido preferible que la bala tocase en otro blanco. El teniente Mora era el oficial más inteligente del batallón, y el que había captado mayores simpatías. Fué el único que en el período de nuestra instrucción jamás maltrató de palabra ú obra á ningún quinto.

Ni después tampoco.

Si los mandos militares se ejerciesen por elección del soldado, los cazadores de Figueras habrían designado unánimemente á aquel oficial rubio y sereno para que los mandase, fiando en sus claras dotes de inteligencia y corazón.

El proyectil le había traspasado el muslo.

Del campamento fué al hospital de Melilla. La Reina Regente le envió telegramas.

Luego le declararon inútil, y pasó á inválidos en la primavera de la vida.

X

El *Venadito* y los fuertes han cesado de disparar sobre el campo enemigo.

Se pierden las esperanzas de entrar en fuego.

La tropa se muestra un poco desilusionada; pero íntimamente creo que se alegra. Quizás los únicos en sentirlo sean aquellos nobles coroneles que vinieron por el entorchado y volverán á España con el fajín en la maleta.

Los soldados escriben á la novia: —«Felipa: pues sabrás que las orejas de moros se ponen verdes; pero te llevaré un camaleón para que tengas un recuerdo de Africa».

Esos animalitos abundan mucho en aquella cálida zona. Los presidarios los venden baratos, y los soldados se disputan su adquisición.

Es bien sabido —¿quién no lo ha dicho?— que los camaleones se alimentan del aire, raro privilegio que los hombres no gozamos. Esta peculiaridad de los feos huéspedes que se arrastran por nuestras tiendas, hace pensar mucho á los soldados. Algunos hasta se pierden en elevadas lucubraciones. «Si todos fuésemos camaleones —piensan— es muy posible que no tuviésemos necesidad de trabajar, ni de “servir al Rey”, ni de pasar revista y recibir bofetadas. Nos casaríamos con nuestras novias cuando nos diese la gana. Tampoco habría guerras, porque todos “manducaríamos” fácilmente, y los que por manducar han hecho un oficio del mando, se irían á tomar el fresco, como cualquier camaleón...».

Cuando el sol entra por la mañana en Horcas Coloradas, los soldados cogen sus animalitos; observan por dónde el aire llega, y los ponen de cara al aire para que lo aspire y se nutra con tal sutil alimento.

Pasan algunos días. Los camaleones languidecen y se ponen muy tristes. Parece que echan de menos la vida independiente y errática de los rifeños, sus vecinos. Esto quiere decir que no sólo de pan vive el hombre, ni de aire los camaleones. Dos ó tres días más, y los pobrecitos se encogen, cierran los ojillos y mueren...

Mueren de tristeza, naturalmente. Por falta de comida, no será; pues como los camaleones se sustentan de aire, que es barato, los soldados no les escatiman el vago alimento, dándoselo á sorber hasta que se quedan bien hartos.

XI

Nuestro teniente coronel no tiene perdón de Dios. Por hacerse grato á los generales vecinos, quiere mostrarse celoso con la tropa y que pasemos revista como en el cuartel.

Todos estamos roídos de piojos por dentro; pero los hábitos de limpieza exterior reaparecen. No tenemos tinta ni cera para el correaje; nos falta betún; el alcohol y la tiza con que se abrillantan botones y dorados, están en España. No importa: hay que limpiar y pasar revista.

Sentados al sol empuñamos los cepillos, y escupe que escupe, rasca que rasca, sacamos algunos reflejos á mochila y cartucheras. Cuando termina la revista, tiramos aquellos chirimbolos en las tiendas, y á los cinco minutos ya están como estaban. Al siguiente día empezamos á rascar y escupir; pero á la semana, el mucho escupir y rascar se ha llevado las últimas capas del betún ó la tinta, y aquí están los cueros pelados que no sacan ni un pálido reflejo. Pero, rasca que rasca, escupe que escupe, seguimos perdiendo el tiempo.

La imitación, signo de inferioridad, según algunos, y elemento del progreso, según otros, está maravillosamente desarrollada en el Ejército. Por no ser menos que nuestro teniente coronel, los demás jefes de Cuerpo ordenan á los suyos que escupan y rasquen y pasen revista. Se acabó en Horcas Coloradas el dulce reposo. A las siete de la mañana se ve á millares de hombres sentados al sol, meneando el cepillo, escupiendo, cosiendo ó cantando.

Y el jefe de Figueras se hace popular con los millares de maldiciones que de todas partes le envían.

Pero él no teme á las maldiciones, é idea nuevos modos de tiranizarnos.

XII

—¡Mala «puñalá» le den donde le haga más gracia!

—¡Que me lo pongan de blanco á doscientos metros!

—¡Así le entre una diarrea y no se le corte hasta que yo vaya á curarle!

—¡Que la «zanja» le sirva de cama!

El teniente coronel sigue distinguiéndose entre los jefes celosos. Ahora ha comunicado orden apremiante para que ningún soldado salga

del campamento. Los demás jefes le imitan; pero la orden se viola. El teniente coronel lo advierte, y redobla la vigilancia. Cuatro centinelas guardan los ángulos de nuestro campamento, y dos más impiden que bajemos al camino.

—¡Ni al camino, señores! ¡Dentro de poco nos van á encerrar en nuestras «kábilas»!

El teniente coronel sigue apretando:

—¡Caballeros; esto es el desgarré y armas al hombro! Ya no podemos ir ni á la ¡zanja! sin permiso del oficial de guardia.

Hay ciertos momentos en que es una necesidad imprescindible alejarse del recinto... á pocos pasos de las tiendas se habían abierto varias zanjas; pero hubo que cegarlas pronto —pues para mala vecindad ya teníamos el cementerio— y practicar otra mayor á ochenta ó cien metros de distancia. Ni á este sitio dejaba el jefe ir sin permiso del oficial de guardia.

—¿Da usted su permiso, mi teniente?

—Sí.

—¡A la orden de usted, mi teniente!

—¿Qué se te ofrece?

—¿Con su permiso, puedo ir á la zanja?

—¿Te corre mucha prisa?

—Mucha, mi teniente.

—Pero hombre; hace dos horas que han ido veinte soldados, por lo menos, y aún no ha vuelto ninguno. ¿Qué hay en esa zanja, que así os atrae?

—No puedo decírselo, mi teniente.

—Serán flores. Bueno; anda con Dios, y vuelve pronto.

Algunos van á la zanja. Otros giran á la derecha, y ocultándose en las ondulaciones del terreno, se acercan al mar.

Es un paraje recóndito y hermoso.

Altas rocas horadadas por el batir regular de las olas, ofrecen propicio refugio á los soldados. El Cabo de Tres Forcas se ve á la izquierda. Al frente se contempla el mar como un seno hinchado. Las aguas, siempre agitadas por los obstáculos que allí encuentran, se retuercen y levantan biliosas, zumban en un estuario y se retiran glugluando. Sobre el estuario se amontonan rocas desprendidas, formando otra oquedad que parece una gruta de ninfas. Cuando el mar está colérico, las olas entran hirviendo en este segundo antro. Que el

mar está sereno ó que lo inunde con encajes de espuma, aquí busca acomodo la tropa. No va á contemplar el espectáculo de plata y azul, ni á explorar en el horizonte la sombra de la patria. Va, sencillamente, para jugar á las cartas y perder los cuartos.

Dos disciplinarios, atezados y astutos, tienen la banca. Para tentar á la gente, derraman sobre la roca buenos puñados de pesetas, y los inocentes llegan, se juegan las sobras y el plus de campaña, y, como es natural, se queda sin nada.

La afición al juego se despierta. Como conspiradores que se recatan, acuden los soldados al antro. Cuando todo el dinero ha pasado al bolsillo de los tahúres, se venden las municiones. No falta quien compre á treinta y cinco céntimos el paquete de cartuchos, ni quien los remita desde Melilla á los moros.

El robo, aquietado desde que dejamos el cuartel, renace. Las ropas interiores se malbaratan. Algunos aseguran que la mejor ropa interior, la más fresca y duradera, es la piel. Pero los cartuchos son preferidos á las ropas. No hay maletín seguro ni cartuchera completa. Muchos enterramos nuestros paquetes para que no los hurten.

Llega revista de municiones, y los más descuidados pagan las faltas.

Un día van dos oficiales al estuario, copan la banca y detienen á puntos y banqueros. Los tahúres previenen sucesivas sorpresas poniendo espías que anuncien el peligro. Si alguna vez no hay tiempo de huir, se guarda el dinero, se esconden las cartas, y un truhán comienza:

—Pues señor; este cuento me lo contó una vieja...

XIII

Hay dos momentos de insuperable magnificencia.

Suciedad, sed, mala comida, lluvias torrenciales, detención en el recinto, todo, todo puede tolerarse por gozarlos. Aquellos dos momentos me arrastrarían otra vez á la vida de campaña.

Cuando la palidez de la aurora aún no asoma por el mar, el corneta de Martínez Campos toca «llamada á música y banda». De las tiendas van saliendo los llamados, y en todo Horcas Coloradas se ven pulular

sombras en las sombras. Hasta los más perezosos despiertan y se sientan en el suelo para escuchar.

Pasa un largo intervalo de impaciente silencio.

Ante el Cuartel General toca el corneta primera parte de diana.

Es el momento esperado.

Bandas y músicas, muchas y bien acordadas, rompen simultáneas en una aclamación magnífica al nuevo día, que sobre las aguas llega derramando luces. El valle se llena de metálicos temblores y se hincha de gozo. La sangre hierve; salta el corazón; baten las sienes. Las bandas se acallan un momento, y las músicas prosiguen su salutación en más bajo tono, como si el himno marcial se trocase en plegaria. Luego renacen los cálidos alardes de las cornetas, y dominando la áurea pasión de bandas y músicas, algún cornetín nervioso —gallo triunfante de la mañana— alza su canto agudo, que sube al cielo, trémulo, ebrio de vida.

Luego vienen las horas prosaicas en espera de los acontecimientos. Cuando el valle se viste con las púrpuras del ocaso, torna la poesía, que reina soberana al bajar las sombras. En las tiendas se encienden luces, y los campamentos, vistos á distancia, parecen bien ordenadas filas de rojizos fanales.

Los músicos forman como al amanecer. A un signo de la corneta, trescientos instrumentos desatan en el aire sereno de la noche ríos de encanto que subliman y exaltan.

Es la retreta.

Luego toca suavemente la música que por turno la corresponde, y Horcas Coloradas desfallece en un ambiente de dulzura. Los soldados bailan sin ruido. El sueño se acerca discreto. Algunos ya duermen.

Un punto largo que termina en suspiro.

Calla la música.

Se apagan las luces.

¡Silencio!

XIV

Como no se empeñan acciones de guerra, las simulamos.

Unas veces se hacen ejercicios por secciones ó compañías. Otras se evoluciona por batallones al son de las músicas; se fingen cargas á la bayoneta para ocupar alturas. El terreno es abrupto; los movimientos ordenados, difíciles. Las piedras se hincan en los pies. Los cardos, secos y abundantes, traspasan las alpargatas, se clavan como agujas en piernas y tobillos. Sobre el soldado que se detiene para arrancarse las espinas, cae el caballo del teniente coronel ó le hostiliza su sable. Y hay que seguir, cojeando, trinando, remedando marcial paso al toque de la música, sintiendo en las carnes laceradas el hundimiento de los cardos.

Jefes y oficiales sienten profundo temor al general Salcedo.

Este señor estaba entonces muy reputado por su gran cultura militar, y se cifraban grandes esperanzas en su talento. También había escrito una colección de cuentos del cuartel, ponderando las gracias del soldado. ¡Todos los que escriben sobre el soldado ponderan sus gracias!

Salcedo va gallardo de batallón en batallón ó de compañía en compañía *epatando* con su hermosa voz á los que mandan, y aún más con la originalidad de los problemas que formula.

Una tarde llega al trote largo de su caballo ante mi compañía, formada en línea. Mi capitán es un modesto soldado, que lleva muy bien la contabilidad de su gente y conoce hasta la táctica de batallón, pero que no entiende de problemas. El general Salcedo se atusa el rubio bigote, hace que su caballo dé una vuelta muy coqueta, y exclama con su hermosa voz, más hermosa que la del coronel Macón:

—¡Señor capitán!

(Otra vuelta al caballo. Otro tironcito al bigote.)

—¡Señor capitán! Suponiendo que la compañía está formada en este mismo orden, y que la caballería carga á setecientos metros de distancia, ¿qué hará usted?

El capitán, que es muy buen soldado, y, por lo tanto, muy respetuoso, se siente tan pequeño ante aquel hermoso general, embellecido con la mucha ciencia, que no responde nada.

—¡Señor capitán!... Supongo que si la caballería enemiga carga ahora á setecientos metros, no permanecerá usted petrificado.

El capitán dice algo confuso:

—Mi general: mandaríá formar el cuadro.

El general sonríe finamente, se acaricia el bigote, y habla:

—Señor capitán: supuesto el estado de turbación en que usted se encuentra, debe preservar á su compañía de la carga enemiga

ordenándole formar el cuadro. Sin embargo...

(Otra vuelta al caballo, y otra caricia al bigote.)

—Sin embargo; como en la guerra hay que aprovechar todas las ocasiones de producir bajas al enemigo, yo mandaré fuego por descargas. A setecientos metros de distancia, tengo tiempo de mandar dos veces ¡fuego!, y aún me sobra para que las secciones formen los lados del cuadro.

Dice.

Saluda.

Hinca las espuelas al caballo, y parte al galope, suelto el fajín al viento, la diestra en el rubio bigote, casi tan gallardo como el Conde-Duque en el retrato de Velázquez.

XV

Quien más teme á la ciencia del general Salcedo es el teniente coronel. Cuando siente encima la docta mirada de aquel superior, se desconcierta y pierde el tino. Él, que cuando está solo confunde y marea á sus oficiales, se convierte en un cadetillo que por primera vez ejerce mando. Al observar la incertidumbre en las voces y la ausencia de precisión en los movimientos, el general ríe sarcástico.

Un día toma el mando de la división, como si estuviésemos ante el enemigo. Con voz sonora y precisa anuncia un complicado caso de guerra. Previene á la caballería para que cargue de flanco al enemigo; advierte la dirección que éste ha de seguir empujado por la brusca embestida de aquélla; dispone que dos batallones se aposten al pie de un monte próximo formando un ángulo de 40% para que los fugitivos, en su movimiento de retirada, caigan como en un embudo que los reciba á balazos.

¡Perfectamente!

La acción comienza.

El «buñuelo» aparece.

Las descargas retumban por los valles. Las carcajadas de Salcedo se despeñan, satánicas y nerviosas, de una eminencia cercana. Luego desciende turbulento, seguido de su Estado Mayor; vocea; asegura que estamos fusilando inhumanamente al batallón que con nosotros forma

el ángulo. Dice que lo abramos: como si el simulacro fuese real acción de guerra, ordena que hagamos fuego oblicuo para no herir á los amigos.

¡Buñuelo!

Las compañías pierden el contacto; los hombres se extravían en los repliegues del terreno. Una sección de la segunda, ambulamos entre aquellos peñascales sin jefe ni guía. Como todo es broma, lo tomamos á broma, y nos ensañamos disparando tiros y matando moros. Una descarga furiosa nos enciende el pelo. Afortunadamente, todos resultamos ilesos por ser los proyectiles livianos. El jefe de la fuerza frontera nos acoge paternal y risueño, y nos incorpora á una de sus compañías.

Y el general Salcedo ríe sarcástico, diciendo:

—¡Pobre batallón!... ¡Pobre batallón, si el fuego es de veras!... El enemigo no lo coparía... No lo coparía, porque antes se habrían fusilado los hombres mutuamente.

El simulacro termina.

Ya nos retiramos.

El jefe va corrido. Se lleva la mano á la frente, y dice que le arde. El coronel de Asia le grita desde una altura:

—¿Y el segundo medio batallón?

El segundo medio batallón se ha perdido.

También se ha perdido esta tarde la confianza que el soldado ha de tener en quien le manda. Nuestro jefe era duro, violento, implacable; pero nadie dudaba de sus brillantes aptitudes. Ninguno tiene ya fe en sus dotes militares. En acción de guerra podrá llevarnos á un desastre sin lucimiento.

XVI

No es inaudito que este acto se realizase. Si antes se ofrece ocasión, antes se consuma.

Ya hay un moro mutilado.

Se había hablado tanto de cortar orejas; tantos chistes se habían hecho á expensas de las orejas rifeñas; tantas promesas de llevarlas á

España, que cortar dos orejas al enemigo no parecía más cruel que arrancar dos hojas á un árbol.

Había un moro trashumante —¿quién lo habrá olvidado?— que era afecto á España. Uno de aquellos hombres que habían sacado del presidio para organizar la Guerrilla de la Muerte, Farreu, creyóle espía, tiró de faca, y le cortó las orejas.

La primer impresión al conocerse el hecho no fué reprobatoria... ¡Era aquello tan natural!... Luego empezó á decirse que el acto de Farreu era un exceso... La reflexión empezó á manifestarse, diciendo:

—Sí, es un exceso...

—¡Es brutal!

Y la reflexión afirmaba:

—Verdaderamente, es brutal...

Y pensando en nuestras pobres orejas, no dudábamos de que sería un bruto quien nos las cortase.

—¡Es un acto salvaje!

La reflexión seguía repitiendo:

—Salvaje, sí señor...

—¡Incalificable!

—Incalificable, es verdad.

—¡Quien lo ha realizado merece un severo castigo para que los extranjeros no crean que somos un pueblo inculto, hermano de las kábilas fronterizas!

—Eso es; nosotros somos un pueblo civilizado, y tenemos que demostrar...

—¡Pues Martínez Campos es hombre entero y dicen que quiere matar á ese bárbaro!

—Justo; debe matarlo.

Y Martínez Campos firma su sentencia de muerte.

Ya está muerto Farreu.

Muerto está el presidiario que sacaron del presidio para que se batiese por España.

Su recuerdo pesa sobre los campamentos como una pesadilla.

—¡Señores! la verdad es que morir por un par de orejas, es pagarlas demasiado caras.

La reflexión, que también suele abusar de su sabiduría, dio un paso atrás:

—Es excesivo —pensó la reflexión.

—¡Porque —¡fuera hipocresía!— en el caso de Farreu cualquiera las corta!

—La verdad es que cualquiera las corta...

—¡La culpa está en no haber prevenido el caso!

—Ahí está la culpa...

—¿Por qué toleraron que en los cinturones se llevasen cuchillos y navajas?

—Debieron prohibirlos por no ser armas reglamentarias...

—¡Y una orden del Cuartel General, una advertencia en la orden del día advirtiéndole el respeto que al enemigo se debe, habría sobrado para que nadie sintiese comezón de cortar orejas!

—Es cierto...

—¡Pero todos —altos y bajos— chanceábamos á costa de las orejas rifeñas!

—Todos chanceábamos...

—¡Todos, pues, hemos cortado las orejas del moro!

—Todos las hemos cortado.

—¡Señores: ha sido una barbaridad matar á Farreu!

Y la reflexión, puesta en el justo medio, concluía:

—¡Ha sido una barbaridad!

XVII

El general Arolas, esperanza y honra de los republicanos, ha venido de Filipinas, donde conquistó gran fama por su dureza. Los mismos procedimientos que empleó con los moros de Joló, pone en práctica con los cristianos de Melilla. Mejor que por el fajín se le reconoce por el palo que empuña, y más que general parece un cabo de varas salido del presidio. Sus razones son los golpes, y diz que algunos oficiales han recibido el testimonio de su rigor.

Con ser él como es, la prensa le celebra; su nombre se hace popular por las palizas que administra en Melilla, y para recompensar tanto derroche de brío, proponen su ascenso á general de división.

Y se dice que cierta mañana confrontó el general Arolas con un sargento. La clase se cuadró, giró á la derecha é hizo el saludo que corresponde á los oficiales generales. Don Juan Arolas, siempre

descontentadizo, creyó que el saludo no estaba bien hecho, y levantando el palo, sacudió reciamente costillas del sargento, con gran temor de algunos soldados que presenciaban la escena.

Y se añade que en esta sazón llegó el Infante don Antonio, comandante de Caballería. Con gran mesura en las palabras y el tono, afeó la hazaña del general. Y Arolas, que no era corto en las palabras ni carecía de arrestos, contestó al Infante:

—De coronel abajo pego por galones; de coronel arriba pego por c...
Así se refirió esta escena en Horcas Coloradas.

Quizá no fuese cierta. Lo cierto es que el general Arolas volvió á España y su ascenso no prevaleció.

XVIII

¿Termina este simulacro de guerra, ó continúa?

Los moros van á decirlo.

El fuerte de Sidi Auriach está terminado. Mañana, misa de campaña para solemnizar el remate de las obras. ¿Protestarán los fanáticos hijos de Mahoma?

El Estado Mayor publica una extensa orden precisando el puesto que han de ocupar las diversas armas. Es el plan de una batalla.

Bien temprano se pone en movimiento el ejército expedicionario, tomando posiciones frente al campo enemigo. Mi batallón forma en la reserva, y ni siquiera vemos el fuerte.

Suena un punto ante el altar. Las cornetas lo repiten hasta llegar á nosotros.

La misa empieza.

¿Qué sucede en el campo enemigo? No lo sabemos; pero como los fusiles y cañones callan, sin duda no intentan hostilizarnos.

La misa continúa. Los cornetines de orden vuelven á repetirse. El sacerdote va á alzar. Suena un punto, y treinta mil hombres nos descubrimos y caemos en tierra rindiendo armas. Músicas y clarines tocan *Marcha Real*, y el aire sereno de la mañana se hincha en un hervir de notas áureas y de vibraciones robustas.

Luego termina la misa. La tropa desfila á los acordes vivaces de alegres pasodobles.

El Príncipe Tuerto viene á Melilla para concertar los preliminares de la paz.

Martínez Campos va á Marrakes en busca del sultán.

Y los demás nos vamos por donde hemos venido.

La comedia ha terminado.

Tercera Etapa

I

Mes y medio y esperamos en Cádiz el resultado de las negociaciones con Marruecos.

La vida es encantadora en aquella blanca paloma rodeada de azul. Sólo de un mal nos quejamos, y es de los muchos insectos.

Estamos alojados en el paseo de Apodaca, donde estuvo el depósito de embarque para Ultramar. Acostumbrados á dormir en tierra, nos parecen lechos esponjosos los jergones de esparto. Y aquellos cabezales con funda y aquellas sábanas burdas, pero que blanquean en las sombras como leche derramada, nos hacen correr á flor de carne sensaciones de un dulce sibaritismo no conocido del soldado.

Tocan silencio, y empezamos á sentir desasosiego. ¿Será que el brusco tránsito del limpio aire africano al calor de estos angostos dormitorios, sin ventilación, henchidos de humo y emanaciones de tabaco, nos hace daño y pica en el cuerpo?... Un sargento advierte la causa... Son los finos remates del esparto que acribillan los jergones y nos punzan. ¡Pícaros espartos!... Nos dormimos y despertamos; nos rascamos y volvemos á dormir. Los espartos siguen picando.

Un soldado da la voz de alarma:

—¡No son espartos! ¡Son moros hambrientos que nos acometen!

En efecto; son moros épicos, viejos, grandes, rabiosos. Se traba una lucha violenta, ferocísima, sin cuartel. ¿Quién será el poeta que cante esta insectomaquia? En ningún soldado quedan vestigios de piedad humana. Recordando esta noche terrible, lloro de entusiasmo... No hay memoria de triunfo mayor. Ni en el Salado ni en Melilla murieron tantos moros.

La lucha se continuó algunas noches, disputándonos los jergones moros y cristianos.

A la semana no quedaban ni los rabos del enemigo.

¡El triunfo por los cristianos!

II

La holganza de Cádiz ha sido larga.

Para airear nuestra pereza nos suben á Montjuich al poco de volver á Barcelona. Las dos veces que anteriormente estuve allí pregunté si se conservaba alguna misteriosa leyenda del castillo. Nadie supo darme cuenta. Si no la tiene, empezó á forjarse entonces. Los frecuentes fusilamientos de anarquistas suministraron la primera materia.

No crea el lector que al mentar á los anarquistas voy á recordar la historia de su pasión y muerte. Esto no es leyenda. Lo que voy á referir es un cuento á medio hilvanar, del que pueden aprovecharse los aficionados á concursos, y aun los autorizo para que entresaquen las descripciones de Luneta de Mar que hice en la *Primera etapa*, pues á esa guardia me refiero aquí.

LAS ALMAS DE LOS ANARQUISTAS

Hay en Montjuich una guardia, peligrosa y solitaria. Un ancho foso se extiende delante, que por la noche se tupe de sombras, hermanas del miedo. El miedo se troca en terror cuando el viento se desliza entre los muros exhalando largos aullidos, y el mar retumba en el fondo, misterioso y caótico. En la entrada del foso, y á pocos pasos de la guardia, cayeron muertos algunos hombres. Cuatro montones de cal dicen el sitio donde se derramó su sangre. El primer montón está casi extinto; sólo queda una mancha blanca y las hierbas quemadas. Los otros siguen frescos en ordenada fila.

Y sucedió una noche, que el centinela canturreaba en la terraza de la guardia. La hora clásica de las apariciones medrosas había pasado. El tercer ¡alerta! que anunciaba el postrer cuarto de la media noche había hecho su ronda soñolienta por el gran recinto. Iba á tocar la una, y el vigilante vio que los montones de cal se estremecían como vagos senos que en su misterio incuban invisibles seres:

Una campana tocó á lo lejos.

Y el centinela vio que de los blancos montones fluían pálidas lucecillas: nerviosos puntos radiantes que formaron llamas inquietas, rematadas en puntas azules. El soldado sintió que se le helaba el grito de alarma, y la diestra se la llevó á los ojos para desvanecer la ilusión;

pero las luces espectrales siguieron temblando y haciendo conatos de emanciparse, como la llama de una antorcha próxima á extinguirse.

Desasiéronse bien luego las ígneas lenguas, y el centinela vio que, una en pos de otra, trémulas y vivaces, pasaban ante el cuerpo de guardia: cuando una de ellas pasaba, un golpe, claro y preciso sonaba en la puerta. Percutieron, y elevando el vuelo oscilante, remontaron sobre su cabeza, se alejaron mar adentro.

En los alertas de la hora hubo un hiato. El centinela de la guardia solitaria no lo pudo repetir.

Las noches sucesivas no faltaron las apariciones. El testimonio de los centinelas pareció sospechoso y sus visiones absurdas. Pero los últimos días del mes era la guardia entera quien esperaba en la terraza que el reloj del Castillo tocase la una.

Y todos juraban haber visto á las pálidas llamas fluir de los blancos montones, pulsar en la puerta, remontar por la guardia y perderse en el mar.

IV^[2]

El teniente coronel se vuelve más violento é insufrible. Los sargentos reenganchados piden casi todos su licencia. Como no hay mal que por bien no venga, el primer hueco que dejan, lo cubro yo. La vida cuartelaria se me hace más leve. ¡El día que me puse los galones dorados celebré por siempre el Entierro de la Sardina!

El comandante juez instructor está abrumado de trabajo y el primer jefe designa á un teniente para instruir el proceso de cierto cabo pecador. El oficial me nombra secretario.

Él es quien al pasar revista, exclama:

—¡Me caso en la Biblia, cochino!

Y golpea las quijadas con los nudillos.

Aunque bilioso y manilargo, es el oficial más culto que tiene el batallón, el único que estudia. Por él no se han apolillado los libros que hay en la modesta biblioteca del cuartel. Por él y por mí, que apenas veo la puerta abierta, entro y cojo alguno. De las veinticuatro horas que dura la guardia, el teniente Pino pasa dieciséis ó dieciocho leyendo libros y revistas. Su asistente dice que en casa sólo se ocupa en leer

papeles y encerar muebles. De tarde en tarde se traban vivas discusiones en el cuarto de banderas sobre táctica ó historia militar. La voz agria é incisiva del oficial bilioso vence y acalla á sus contenedores.

Juez y secretario hemos comenzado las actuaciones un día que le toca de guardia. Él pregunta; el procesado contesta; yo escribo. El comandante juez instructor (o fiscal, como entonces se llamaba) entra en el cuarto de banderas, y se maravilla de la facilidad con que realizamos nuestra labor. El pobre jefe no comprende que un juez militar pueda prescindir del Manual escrito por el señor Ugarte, el libro más fastidioso y que más dinero ha producido en España.

—Pino —le dice al teniente;— ¿usted no se atiene al formulario de Ugarte?

El oficial conoce de sobra el flaco de los jueces militares, y le responde un tantico burlón:

—¿Para qué, mi comandante? Yo puedo andar solito.

El jefe penetra en la intención, y balbucea:

—Tenga cuidado, no sea que el auditor general le eche un «rapapolvo», como hace dos semanas me lo echó á mi.

El teniente le mira compasivo, y no contesta.

Luego me encarga que al día siguiente reciba la declaración de cuatro testigos.

Realizando estoy mi tarea cuando llega el capitán ayudante, un andaluz de muy mala sombra.

—¿Qué hace usted, sargento?

—Estoy tomando declaración á este soldado.

—¿Y el juez?

—Como hoy se encuentra franco de servicio, no ha venido.

—¿Y le fía á usted los papeles?

—Sí señor.

—Pa'mí que el teniente se mama un mes de castillo.

—No es fácil, mi capitán.

—¿Y dónde tiene usted el manualito de Ugarte?

—El juez no puede verlo.

—¡Ay!... Pa'mí que Pino se mama un mes de arresto.

El capitán se aleja; pero no tarda en volver.

—¿Cómo va eso, sargento?

—Muy bien, mi capitán.

—En confianza: ¿cree usted que el teniente no recibirá ningún «crujío» del auditor?

—¿Por qué, mi capitán?

—Hombre, como todos los jueces copian el manualito...

—Mi capitán; Ugarte es útil para saber los trámites que han de observarse en la sustanciación de una causa; pero no es necesario copiar literalmente los modelos que intercala.

—¿Cree usted, sargento?...

—Naturalmente.

—Bueno; á otra cosa... Figúrese usted que anteayer recibo un oficio del teniente coronel —¡mírelo aquí!— para que instruya un expediente... ¿Qué cree usted que debo de hacer?

—Pues, como la justicia dicen que ha de ser rápida, y el juez militar tiene que actuar todos los días, si no hay motivo superior que lo impida, lo menos que á estas horas podía usted haber hecho, es nombrar secretario y cursar un oficio al teniente coronel, poniendo en su conocimiento quién es el nombrado.

—Bueno; pues el secretario es usted.

—¡Mi capitán, no me carguen de trabajo, que yo he de prestar otros servicios!

—Bueno; como es preciso dar cuenta al teniente coronel de su nombramiento, vaya «emperejilando» el oficio.

V

—¿Cómo van esos papeles, secretario?

—Muy bien, señor juez.

—¿No me arrestará el auditor general?

—¡No tenga miedo!

—¡De todos modos!... Usted debiera copiar el manualito de Ugarte.

—Ya me atengo á sus instrucciones.

—¡Bueno; á otra cosa!... ¿Sabe lo que me pasa?

—¿Qué le ocurre, mi capitán?

—¡Pues, «na»!... El cabito que empapelaron Pino y usted, me ha nombrado defensor... ¡Así le peguen cuatro tiros!

—Lo sabía.

—¡Ojalá se le hubiera caído la «campanilla» antes de soltar mi nombre!... Bueno; ¿usted qué piensa hacer esta tarde?

—Pensaba marcharme de paseo.

—¿No toma café?

—Algunas veces: cuando tengo dinero.

—¿Quiere usted tomarlo en mi casa?

—Con mucho gusto, mi capitán.

—Bueno; venga á las dos, y emperejilaremos esa defensa... ¡Mala puñalá trapera le den al cabito!

Por la tarde voy á su casa. La esposa del capitán —un dije monísimo— nos sirve café y una copa de coñac. Él me ofrece un habano, y cuando quedamos á solas empieza á leer el escrito del fiscal, pues la causa me era bien conocida.

—¿Qué te parece? —me pregunta al terminar la acusación.

—Muy flojita; pero el cabo se gana tres años y un día de prisión.

—¿Lo que pide el fiscal?

—Exactamente.

—Tenemos que salvarlo... ¡Mal tiro le peguen á ese memo!

—¿Por dónde empezamos, mi capitán?

—¡Verá usted!... Yo había recogido en este «papeliyo» algunas frases de efecto. ¡Léalas!...

—Están muy bien, mi capitán...

—Sobre todo, eso de «¡misericordia, señores jueces!». ¿No le parece? Hay que despertar la misericordia en el consejo de guerra...

El capitán suspende bruscamente, y eleva la cabeza:

—¿Me llamas, Luisa?... ¡Voy en seguida!... Bueno; piense usted, y sobre esas frases vaya emperejilando la defensa... ¡Ah!... Procure citar á algún escritor; eso es de muy buen efecto.

Aunque nadie le ha llamado, el defensor sale... Yo medito, entre sorbo y chupada, en la mujer del capitán y en el exordio de la defensa. Al pronto no se me ocurre nada. Luego se me ocurre que el dije es precioso y valía la pena de robarlo. Durante cinco minutos ensueño con el lindo juguete: sorbo café, y mi fantasía forja risueñas imágenes que se columpian en el ópalo del habano... ¡Horror!... No he venido á pecar, sino á salvar de la cárcel á un pobre pecador... ¡Volvamos á la defensa, y observemos las reglas!... Primero el exordio: ha de ser breve, correcto, y no vendrá mal evocar algunos nombres ilustres, como el señor defensor desea. Los conceptos empiezan á pulular en mi cabeza,

independientes, desplegados en guerrilla: luego se aproximan poco á poco; establecen tacto de codos; se alinean en correcta formación.

Ha llegado el momento de lanzarlos al asalto.

Cojo la pluma y empiezo á escribir nervioso... ¡Admirable!... Goéthe ya ha salido á campaña, y no hay Marte que pueda resistir el imperio de este Júpiter alemán... ¡Pero aquí te quiero ver, escopeta! Leopardi aparece con un verso tristísimo en los labios. Es posible que el consejo de guerra no entienda el italiano. ¿Qué importa? El efecto será más seguro.

—¿Cómo va eso?

La aparición del capitán me sorprende.

—¡Ah, es usted!... Regular.

—¿Parece que lo ha tomado con calor?... ¡Veamos!

Lee el exordio, y dice con gran júbilo:

—¡Retebién!... Esto es pólvora fina revuelta con canela... ¡Adelante con los faroles; pero no olvidemos la palabreja!... ¡«Misericordia», suena bien!... Bueno. Ahora diremos... —¿Llamas, Luisa?... ¡Caray, no le dejan á uno hacer «na»!... Bueno; siga emperejilando la cosa, que ya vuelvo.

Yo prosigo la defensa en tono elocuente y fino. Empiezo á creer que el capitán salvará al cabo.

Suenan pasos.

—¿Cómo va eso?

—¡Estoy refutando los cargos del fiscal.

—¡Duro con ellos hasta hacerlos «papiya»!

La campana suena escandalosa. El capitán se enfada.

—¡Pero, ha visto usted, hombre!... No le dejan á uno trabajar cinco minutos seguidos.

Se abre la puerta.

Suenan besos de mujeres.

Una voz lenta y blanda, que me es bien conocida, saluda.

El capitán me dice:

—El comandante mayor y su señora... ¡Así los aplaste la catedral de Sevilla, por venir á estas horas!... Bueno; voy á saludarlos... á ver si puede continuar usted solo. Y no me olvide esas palabrejas que hay en el papelillo.

VI

Del próximo comedor llegan las palabras de ambas distinguidas familias. Las señoras se preguntan por los niños. El comandante mayor pregunta al capitán:

—¿Qué hay de nuevo?

—«Misté», mi comandante; ahí estoy emperejilando la defensa de ese cabito, que no me deja dormir.

—¿Cómo anda?... He oído que le condenan.

—Me parece que «de medias suelas y tapas, no se escapa». Sin embargo, no pierdo todas las esperanzas de salvarle: la defensa es cosa rica... ¡Con su permiso!

El capitán llega:

—¿Falta mucho?

—Ya estoy pidiendo misericordia.

—Duro ahí, hasta que el consejo de guerra llore á moco tendido.

—Mi capitán; esto habrá que ponerlo luego en limpio.

—¡Sí, sí!... Como tengo que leerlo yo, procuraré trasladarlo en buena letra, corrigiendo lo que me parezca y añadiendo algunas ideas. ¡Termine, termine!

El capitán vuelve al comedor y la charla se generaliza. Los caballeros son los más habladores; están deplorando el poco cuidado de las criadas. Al comandante le han roto aquella mañana media docena de platos.

—¡Una lástima! —dice el jefe—. Eran unos platos preciosos que nos costaron á dos reales y medio, hace tres años.

El capitán se conduce:

—¡Esas muchachas son imposibles!... Para el uso diario es preciso comprar género barato. Los platos de casa son de real y medio; porque igual los rompen. Para las solemnidades tenemos un par de docenas que me costaron á once perrillas...

—A dos reales —le interrumpe su linda esposa.

—No, mujer; á once perras.

—Perdona, chico; creo que fué á dos reales cada uno.

—Estoy seguro, Luisa. Regateé bastante para que me los diesen á dos reales; pero no lo conseguí. ¡Once perrillas!

La defensa está terminada.

Con mucho cuidado vierto coñac en la copa; bebo y leo.

¡Suntuosa mi defensa!

En albricias lleno otra copita. Si el cabo no sale en libertad, es que en el Ejército no hay justicia. Lo dicho, señores: ¡esta defensa es insuperable!... Bueno; bebamos por la defensa!

El capitán me sorprende con la botella en la mano.

—¿Cómo anda eso?

—Ya está emperejilado... Diga usted, mi capitán, ¿el coñac hace daño?

—¡Ya lo creo!

—¡Ah!... Pues entonces no bebo, que ya tomé la copita de antes.

—Beba, hombre; un par no puede subírsele á la cabeza.

—Bueno, pues tomaré ésta, porque me siento cansado.

El capitán lee la defensa; se frota las manos, y se felicita.

—¡Hemos hecho una defensa que va á dar la castaña!

—¡Lo celebro!... Ahora me retiraré con su permiso; pues con el mucho escribir la cabeza me da vueltas.

—¡Vaya la última copita!

—Gracias; yo soy poco aficionado...

—¡Vamos, jinojo!... Una más no le hará daño.

—¡Ea, porque usted no diga!...

El día del Consejo, espero á la puerta del cuarto de banderas por si el juez me necesita. El tribunal se constituye. El teniente Pino lee los autos. El fiscal lee luego su acusación. El defensor va á leer la defensa.

Tal es mi emoción, que cualquiera pensaría que yo la había escrito.

El tono insulso del capitán me crispera, y su voz es tan tenue que apenas se le oye. Cuando llega hacia el término del exordio se esfuerza para que le entiendan mejor y...

¿Qué dice ese hombre, Dios mío?... ¡El alma se me cae á los pies! El capitán ha hecho un leopardo de Leopardi, y el verso italiano lo lee en español. ¿Qué digo en español?... En aquel su acento andaluz, desaborido y blandón.

Cuando termina el consejo de guerra, veo que le felicitan. ¡Menos mal! El teniente Pino le pregunta:

—¿De qué *ménagerie* ha sacado usted ese leopardo, capitán?

¡Qué cosas se le ocurren á este oficial!

El Consejo condenó al cabo; pero el defensor adquirió crédito. Dos procesados más tenía el batallón; y ambos le escogieron para su

defensa. Su nombre se divulgó por la guarnición, y todos los presos le designaban en la lista de defensores que la plaza ofrecía.

Yo iba con frecuencia á casa del capitán, donde me ofrecían buen café, mejor coñac y algún habano de añadidura. El excelente señor me decía siempre:

—¿Pero ve usted, hombre?... No me dejan descansar un momento... Me tienen loco y abrumado de trabajo... ¡Bueno; empiece á emperejilar eso!

VII

Weyler, capitán general de Cataluña ordena á mi brigada marchas forzadas. ¡Hay que endurecer al soldado!

Es la última decena de julio.

El sol derrite. Temblamos al pensar en los días que nos esperan. Del almacén salen á montones los capotes.

Es irritante ordenar marchas forzadas en la plenitud del estío, y vestir al soldado con largo capote de invierno, pantalones encarnados y polainas de paño. Al que tal ordena, debiera castigársele á preceder la columna con igual vestimenta, al hombro el Remington pesado, las cartucheras cargadas, la mochila colgando, y un cabo detrás para arrearlo á baquetazos —como al soldado se arrea— cuando el cansancio le rinde y las piernas se le doblan.

Muy temprano tomamos carretera adelante. Un palmo de polvo la cubre. A las diez estamos sedientos. A las once arde el sol. A las doce nos derrite. Los roses, cubiertos con funda charolada, echan fuego y nos aplastan la cabeza. En los montones de piedra que los peones han ordenado junto á las cunetas, vemos soldados boca arriba, anhelantes, sin fuerzas para cambiar de postura y que el sol no les hiera en el rostro. Entre los vencidos no hay ninguno de mi batallón. El jefe ha dispuesto que se les haga andar á palos. Él mismo trota entre las compañías y hostiliza con el bastón de mando al soldado que se rezaga.

Densa columna de polvo dorado dice por dónde va la brigada. Sudamos á mares. El rojo pantalón se destiñe, y en el paño empapado se humedece el polvo. Nuestras barbas se han vuelto canas; canas cejas y pestañas. El polvo inflamado ciega nuestros ojos; entra por las orejas

y obtura los oídos; abrasa los labios y seca las gargantas. La mochila cuelga por la espalda, tira del capote y nos ahoga.

Algunos soldados caen heridos de insolación.

Es inútil que les peguen.

Entre la tromba de polvo se percibe un pueblo. Cien metros antes de llegar vemos en la cuneta al gigantesco cabo de gastadores. El ros ha rodado á sus pies. El fusil está á un lado. Tiene el correaje desceñido; abierto el capote; los brazos en cruz. Desde encima del caballo le insulta el jefe: le dice flojo: le llama cobarde... El batallón se detiene un momento para cerrar filas. La música toca un pasodoble, y entramos en el pueblo fingiendo imbéciles gallardías.

Una hora descansamos.

Luego proseguimos carretera adelante. El sol cae en una silenciosa lluvia de fuego. El polvo calcinado se aplana sobre nuestras cabezas sin que ninguna rizada ventolina se lo lleve.

No hay pájaro que hienda el espacio.

Zumban las sienas.

Oyense voces de «¡no puedo más!», y otras de aliento. Las ampollas aparecen en los pies, y al andar producen horribles sufrimientos. A uno y otro lado hay hombres tendidos, semiasfixiados, esperando la impedimenta para que los lleve en sus carros.

Si no han de servir todos, es preciso, aumentar el precio de la redención. Seis mil reales es muy barato.

Al declinar la tarde nos acercamos á un pueblo. Paramos; cerramos filas; rompe la música, y entramos cojeando.

Treinta y nueve kilómetros recorridos bajo un fuego del infierno.

VIII

Al clarear el día, tocan diana. Como nos acostamos sin desnudar, sólo tenemos que ceñirnos el correaje, y esperar llamada. Algunos se pinchan las ampollas y las empapan de vinagre. Si no tienen pañuelo rasgan la camisa, y con las tiras envuelven los pies.

Son insufribles los primeros kilómetros.

El cuerpo conserva el recuerdo del sueño. Las piernas, rendidas en la jornada anterior, se estremecen. Las plantas, frías y llagadas, parece

que pisan sobre agujas. Cuando los miembros reaccionan, remonta el sol: el polvo se inflama, y á un sufrimiento sustituye otro mayor. La arena se filtra por las alpargatas; el pie, en su continuo rozar, revienta las ampollas, y el polvo se amasa en las llagas. Los hombres vencidos orlan la carretera: unos están rojos, sudorosos, abierta la boca y palpitante el pecho; otros están pálidos como la muerte, clausurados los ojos.

Por la tarde nos desviamos de la carretera, y escalamos cumbres; cruzamos valles; volvemos á trepar coronando cimas. La vista se espacia por vastas extensiones, ondulantes y severas. Negros abismos se abren á nuestros pies. Todo el vasto paisaje es pétreo, hosco, lleno de fortaleza no comunicativa; sino independiente, solitario, egoísta: sorprende y no admira. Tal el carácter catalán.

Bajamos los montes; tomamos por la carretera. Dos jinetes desmontados pasan con las tercerolas al hombro; rotas las espuelas. Nuestro jefe les grita:

—¿Y los caballos, muchachos?

—Con la impedimenta: se nos han inutilizado.

También las bestias se rinden.

¡Cuarenta y cinco kilómetros!

El alma agobiada, ensueña por la noche con las marchas.

IX

—¡Esta jornada será terrible!

Dicen que el general desea llegar hoy al remate. Mañana encontraremos á la brigada enemiga, y luego regresaremos á Barcelona.

—¡La marcha de hoy será formidable!

Nuestra resistencia va á sufrir ruda prueba.

Siento orgullo al saber que todos los soldados de mi pueblo se han rendido ya, y que ninguno sigue al batallón. Ellos se me burlaban cuando fuimos al cuartel, suponiendo que mi aparente flaqueza no resistiría á aquella vida. Sus pies se han deshecho antes que los míos.

La jornada inaudita comienza.

El sol incendia el espacio y el polvo arde más seco que las arenas del desierto. Capotes y pantalones se destiñen; los faldones se enredan

en las piernas; se hunde el ros y la cabeza se aplasta.

No se piensa.

No se siente.

¡Inanidad y atonía!

Sólo de tiempo en tiempo pasa en una racha de ira la imagen aborrecible de Weyler, que dictó aquel inútil suplicio. ¡Inútil! Porque el enemigo real no existe, y la finalidad á que aspira toda acción, falta: nada alienta al sacrificio; nada justifica el dolor.

Llena el espacio un océano de oro hirviente. Las angustias que provoca el calor son tales, que á veces sentimos frío. Los hombres robustos, curtidos en el campo, empiezan á caer. Son los incansables, que se burlan de quien cae. Sin advertirlo caen. No sienten cansancio; sólo sienten en las piernas perros invisibles que les muerden y abaten. El asalto es brusco é impetuoso:

—¡Los calambres!

Van á palparse la pierna, y caen desplomados, como si una bala les hubiese partido el corazón.

X

Intermedio cómico para que el lector respire.

A las doce percibimos á Vich. Un kilómetro antes de llegar, hay á la izquierda un gran edificio de largas y bajas paredes. Por la puerta salen cuatro encapados, cubiertos con sombreros de copa.

—¡Capas en el mes de julio! —pienso.

Recuerdo que en los lugares extremeños había visto ponérselas para acompañar á los muertos. Aquel gran edificio cuadrangular tenía trazas de cementerio; pero las cruces no se velan.

Los encapados toman por el camino de Vich. Cuando se ponen á nuestra altura, observo que las chisteras están raídas y son de un color azulenco. Bajo las capas asoman pantalones de pana, alpargatas abiertas y calcetines azules. Hasta los soldados más mohinos dan tregua al sufrimiento para reír á boca llena.

Al entrar en la ciudad vemos muchos encapados que soplan. ¡De frío, sin duda! Unos llevan chistera; otros gorras catalanas: todos llevan

alpargatas. Picado de curiosidad, me acerco á una hermosa muchacha de arrogante seno que presencia nuestro desfile, y le digo:

—¿Qué bichos son esos de chistera y capa?

Ella ríe de muy buena gana:

—Son los teólogos.

—¿Cómo?

—Los teólogos.

—¡Ah!... ¿Y los de capa y gorra?

—Los filósofos.

—¡Ah!... Muchas gracias, hermosa.

Vich es obispado, y en su seminario se distinguen por el indumento teólogos y filósofos.

N.- B.— Las chisteras se venden allí á cuatro pesetas.

No las busquéis de ocho luces.

Todas están lucidas.

XI

Hora y media nos detenemos en Vich. Ni entonces ni á la vuelta observamos rastro de simpatía. Aquel es país de carlistas, y la gente cree que en el ejército español aún hay liberales.

Si el amor de los vecinos falta, la sombra de la iglesia y los frescos soportales de una gran plaza cuadrangular nos invitan al descanso. El recuerdo del largo camino que aún hemos de recorrer infunde desmayos. Los hombres, mostrando al médico sus pies en carne viva, juran que antes de seguir consentirán que los maten. Más de cien hombres deja allí la brigada.

Y proseguimos la marcha: primero arrastrando los pies; luego dando menudos saltitos, como ancianos achacosos. En aquella guisa — que á cualquiera rendiría pronto— recorreremos kilómetros y kilómetros, horas y horas. Necesario es rastrear con tiento y dar pequeños brincos, como saltamontes recién salidos del ovario: los pies son llagas sangrientas, y es imposible fijarlos en el suelo para andar como racionales. Las alpargatas se desgarran, podridas del sudor y reseca del polvo; las suelas se abren. Los soldados las tiran, y recorren leguas infinitas con los pies liados en tiras de la camisa. Y el teniente coronel

blande el bastón ó lanza el caballo sobre los reacios, para que el temor inspire ánimos.

Hacia las cuatro pasan á nuestro lado varios jinetes desmontados.

—¿Y las caballerías? —les preguntan.

—Reventadas.

—¿De veras?

—Catorce caballos llevamos inutilizados.

Alguien dirá que exagero. Sin embargo, estos libros sólo son un pálido destello de la verdad cruenta... Vivo y mandando la plaza de Alicante está el general Rivera, jefe de la brigada. El montaba un caballo tordo...

Hélo aquí... El ordenanza lo conduce del diestro... Le han quitado la montura, y el pobre animal inspira lástima á los que de ella necesitamos. En el lomo tiene una gran herida de la que mana abundante sangre. El ordenanza dice que está desriñonado. Luego pasa el general montando un jamelgo de la caballería.

Al término de una carretera en construcción, tomamos una senda y por ella trepamos á los montes. Un guía nos precede. Asegura que así ganaremos terreno para llegar á San Baudilio.

La luz de degrada.

La noche viene.

Antes llegan nubes sombrías que entoldan el cielo y amenazan tempestad.

¡Y San Baudilio no se ve!

Subimos y bajamos cerros. Las primeras gotas caen sonoras en las piedras, como balas que se aplastan. Los oficiales se cubren con los impermeables, y la tropa sigue adelante, resistiendo el aguacero que nos cala y que nos corre por el cuerpo.

La noche sube de los barrancos, y nos envuelve en las alturas.

¡Y San Baudilio no se ve!

El guía se ha extraviado, y nos hace vagar lastimosos por las peñas abruptas. Suenan profundos los truenos. Suena la voz irritada del general, que amenaza al guía. Los hombres van cayendo sin proferir una queja: los demás pasamos en silencio. Llega la caballería, y se echa á la grupa los vencidos. Y allá va la columna fantástica envuelta en lluvia y en sombras, tropezando en las piedras, cayendo de bruces. Unos nos erguimos; otros quedan en tierra. Los fusiles suenan al caer; algunos se astillan. El teniente coronel, grita:

—¡Rompeos la cabeza; pero cuidado con las armas!

Para responder al insulto, pronuncio una blasfemia, y tiro el fusil contra una roca. La caña se rompe.

—¿Quién ha sido ése?

El caballo se vuelve brusco, y derriba dos hombres. El sable sale ruidoso de la vaina.

—¿Quién ha sido?

En silencio me acerco á la roca; palpo en el suelo; recojo el fusil, y cazador en acecho, espero rodilla en tierra.

—¿Quién ha sido?

En el silencio siguiente, cruje el percutor: abro el obturador, y alojo un cartucho en la recámara.

—¿Quién ha sido?

El caballo se revuelve impaciente, y el fusil sigue la dirección del móvil blanco. El dedo está apoyado en el disparador.

¿Ha oído el teniente coronel el áspero crujir del gatillo? Su caballo da media vuelta, y se aleja hiriendo las piedras. Descargo, me cuelgo el arma y sigo adelante, tropezando, cayendo, blasfemando. En una caída me he lastimado la rodilla izquierda. Siento que me brota la sangre.

La tempestad arrecia.

Llueve copioso. Los truenos se acercan agrandados con los ecos de los valles. Los relámpagos culebrea, y á sus fuegos vemos confusos barrancos, que en seguida se tupen de sombras.

Los hombres van cayendo.

A lo lejos se ven algunas luces.

¡San Baudilio!

Hemos andando desde las cuatro de la madrugada hasta las diez y media de la noche.

¡Sesenta y tres kilómetros! De día, fuego; de noche, agua.

Los pies sangran.

XII

Al amanecer tocan diana. Sepultos en las profundidades del sueño, el tiempo ha circulado fugacísimo. Parece que acabamos de echarnos.

Al ponernos de pie, nos tambaleamos. Las plantas son llagas vivas; los tobillos están hinchados. Algunos sumergen pies y trapos en vinagre.

Cuando salimos á la calle, pasan jinetes con fundas blancas en el chacó.

—¿Qué sucede? —pregunto á uno.

—¡Pues nada!... ¡Que estáis copados!

La columna enemiga había sorprendido á nuestra guardia, y entrado sin resistencia en el pueblo. ¡Tanto andar para caer prisioneros sin lucimiento!... Por dicha nuestra, los asaltantes eran enemigos de farsa, y nos permitieron dormir hasta llegar el día.

Luego se dijo que entre ambos generales hubo fuerte altercado. Protesta del nuestro, y réplica del contrario, que la sorpresa era ley universalmente reconocida y practicada en la guerra... Se habló de un lance concertado. Quizás fué todo falso rumor, porque no se batieron.

En columna de viaje retrocedemos. El general no quiere separarse del camino, y al cerrar la noche llegamos á Vich.

Allí pernoctamos.

Al siguiente día no salimos, esperando órdenes de Barcelona. El jefe de la brigada había teleografiado al capitán general solicitando resarcimiento...

¡Ay, nuestros pies lo que les espera!

XIII

El capitán general ordena que prosigamos las marchas forzadas.

¿A dónde vamos?

Se ignora.

Al soldado se le ordena que gire automáticamente á derecha ó izquierda, que corra, ó que pare. Y nada más. Las noticias llegan á él deformadas ó como vagos rumores: son palabras sueltas que percibe; gestos que advierte; presentimientos á veces. ¿El, quién es? Ni siquiera tuvo seis mil reales.

Proseguimos las marchas, bajo soles que tuestan. Las alpargatas se quedan en las carreteras y en los breñales, y no todos los día encontramos pueblos bien surtidos para reponerlas. Los pies van

envueltos en trapos sucios que no se levantan. No se levantarán hasta llegar al cuartel. La supuración de las llagas los adhiere á la carne viva: trapos y pies forman un todo indisoluble é informe, teñido de sangre seca.

Los días pasan.

La selección está casi hecha.

Cada jornada caen menos hombres.

Una gran exaltación de la personalidad, una poderosa voluntad de resistir, nos mantiene ingentes. Ingentes, no: vamos rastreando los pies, viejos caducos, desde que el alba sonríe hasta que el día cierra sus ojos. Con frecuencia me irrito: ¿me importa algo presumir de fuerte? ¿No pongo empeño en ser mal soldado?... ¡A la cuneta: que me recojan los carros y me expidan á Barcelona desde el primer pueblo!... ¡A la cuneta!... Bueno: ¿y para no terminar las marchas he resistido tantos días?... De caer ahora, mejor hubiese sido tenderme en el camino á la segunda jornada, cuando mis paisanos se rindieron... ¡Adelante, hasta que los pies se hagan trizas, y el alma salte á pedazos!

No hagáis caso cuando os ponderen las marchas de Cuba. Sólo para los enfermos eran insufribles. Para los sanos... ¡No hagáis caso de las marchas de Cuba!... El calor tropical abre los poros y el sudor fluye abundante; corre como arroyos. No es este sol de estío que se apelmaza é impide alentar; ni este polvo retostado que asfixia; ni este sudor denso que no circula, y empapa el capote, y pega como cola el rojo pantalón y destiñe las polainas de paño...

¡No hagáis caso de Cuba!

XIV

Ya no tenemos miedo á las marchas penosas, ni al polvo que flota dorado sobre nuestras cabezas, ni á la torridez de hoguera que nos envuelve. Nuestro enemigo es el mal sustento: es nuestra debilidad de muchos días. El que sucumbe, es á este grito súbito:

—¡Los calambres!

Y cae redondo al suelo.

Si por la noche hospedamos en pueblo grande, los soldados irrumpen como hordas en las tiendas de comestibles. Todos piden á

una. Todos quieren ser los primeros. Todos acechan los descuidos. Vigilen ó se distraigan los dueños, se les hurta cuanto hay á mano: huevos, queso, latas de conserva, ristras de morcillas, salchichones de plateada envoltura, jamones. ¡Jamones enteros!... Si el pueblo es pequeño, se roban conejos y gallinas; se amedrenta á las patronas; se duerme en sus camas...

Algunos duermen con ellas.

XV

La noche nos sorprende en las alturas. Los de vanguardia nos hospedamos bajo techado. El resto de la columna no sé dónde pernocta: quizá en la carretera.

Es un pueblecillo solitario en los altos riscos, exento del mundo. La gente es ignorante y pobre, recelosa y huraña. Seguido de algunos hombres asalto una casa vetusta. Una muchacha de dieciocho años, preciosa y asustada, nos recibe. Apenas entiende el castellano: su parla es el catalán. Nos dice que estamos en casa del secretario, y que ella es su mujer. El hombre se marchó por la mañana á Barcelona. ¡Buena ocasión de enamorar á aquella paloma asustada! Dos soldados quieren hacer de palomos ladrones; pero yo rabio de hambre, y mi hambre la defiende.

—*Mestresa, ¿qué tiene de comer?*

¡Ay! El pueblo es ruin, y los vecinos sólo tienen lo necesario para su mantenimiento. Aquel lindo lirio silvestre, dice:

—*Ous y trunfes.*

—¡Huevos y truchas! —digo yo traduciendo del catalán—. ¡Admirable, mestresa! Fría cuatro huevos para cada uno, y prepárenos en seguida las truchas. ¡Pero, muchas truchas, eh! ¡Muchas! Si nos quedamos con hambre, le morderemos á usted en la cara, y en el cuello, y en las nalgas, y... ¡muchas truchas!

Aquel primor de ojos azules se aleja, y al oírla gruñen unos lechoncillos. Los soldados proponen degollar uno; pero yo me opongo. Bastan los huevos y las truchas. La joven viene con un brazado de leña, la echa en el hogar y cuelga una gran caldera de las llares. Luego me pregunta muy tímida si tenemos pan.

—Usted nos lo venderá, mestresa.

Imposible. Dice que allí amasan cada quince días, y sólo le queda el preciso para llegar al sábado. ¡Señor, qué vamos á hacer con huevos fritos y truchas secas! La linda mujercita añade con su tímido catalán cantante, que será difícil encontrarlo en el lugar. Si no tiene una vecina próxima que hace de mesonera cuando algún forastero pernocta, es inútil buscarlo.

Como está prohibido abandonar el arma en los alojamientos, me pongo el correaje, cojo el fusil y voy en busca del pan. Al llegar á la puerta, veo que la dulce patrona echa puñados de patatas en el caldero, mientras que los animalillos se impacientan y la llaman.

—¡Oiga, mestresa! —le grito—. Haga el favor de no cuidarse ahora de los cerdos, y prepárenos en seguida la cena. ¡Sobre todo las truchas! ¡No se canse de poner truchas!

XVI

En la casa vecina encuentro á una mujer alta y compacta, de vientre abultado y largas manos colgantes.

—Mestresa, véndame pan.

Ella me responde en su dialecto y con fuerte voz.

—No puedo. Sólo me queda uno, y hasta el sábado no habrá horno.

—Bueno; véndame el que tiene.

—Entonces no comería.

—Aunque sea medio.

—No.

—Le daré dos reales.

—No.

—Una peseta.

Duda un momento; pero cabecea:

—No.

«Huevos y truchas sin pan», pienso hambriento. Es echar á perder tan rica cena.

—Dos pesetas le doy por el medio pan.

Sus ojos relucen de avaricia, y me mira fijamente, dura y desconfiada.

—Se lo doy.

—Venga.

La mujeruca da varios pasos, toma un candil humoso, y empuña una cuchilla, ancha y larga como la de un carnicero, que solapa entre los pliegues de la falda. Con prudencia, me desvío un poco.

La fuerte hembra toma por una escalera empinada y angosta. Es de madera, y los peldaños carcomidos tiemblan y gimen cuando ella los aplasta. A mitad de la ascensión, me dice:

—¡*Puche!* (¡Suba!)

Me quedo perplejo. ¿Habrá creído esta leona que soy algún capitalista cargado de dinero? ¡Demonio, qué apuro!...

La mesonera llega á la cima con su cuchilla y su candil tembloroso. Yo me he quedado abajo envuelto en sombras:

—¡*Vinga, home, puche!*

—¡Allá voy, *dona!*

¡El Angel de la Guardia que me socorra! ¡Amén, Jesús!

Saco un cartucho; cargo; y con el fusil montado subo la escalera. Al llegar á los últimos peldaños, me detengo. ¡Cuidado con el boquete, no sea que al asomar la cabeza para subir al sollado caiga la cuchilla mortal!

—¡Sabe, mestresa, que esta escalera es poco segura!

Mientras hablo, alargo el brazo, y paseo el cañón en torno del boquete, por si la fiera está en acecho. No toco nada. Subo otro peldaño, y miro. La mujer está á dos pasos, el candil temblando en lo alto y la cuchilla en su diestra. Hacia la hembra enfilo el fusil. Doy otro paso, y cuando pongo el pie en el sollado, la boca del arma toca en su pecho colgante.

La mujer deja en el suelo luz y cuchilla, va á un rincón y trae una romana. Se dirige á otro rincón, remueve trapos, y torna cargada con una gran peña redonda. Sin duda algún canto rodado de aquellas alturas que se yerguen pétreas sobre el pueblo.

—¿Qué trae, mestresa?

—El pan.

—¿Cómo?

—El pan.

—¿Pan ó peña?

—¡Oh, pan muy rico!... ¡Ya le gustará!

Es pan de maíz, que pesará una arroba. Negro, duro, agrietado. La mujer me entrega la romana para pesar las mitades. ¡Cuánta equidad, y yo que sospechaba en un crimen por el robo!... Ella hunde con todas sus fuerzas la cuchilla en el canto rodado...

—¡Oiga, mestresa, sobra con un cuarto de pan!

—¿Pero me dará las dos pesetas?

—Desde luego.

Si Nuestro Señor Jesucristo dispone de aquella rueda, se ahorra la mitad del trabajo en el milagro de los panes y los peces. ¡Cualquiera le hincaba el diente!

XVII

Vuelvo al alojamiento, y encuentro á la preciosa flor de los montes toda alarmada, el susto pintado en sus dulces ojos. Los dos galanes de mochila siguen requebrándola muy animados, y no le dejan disponer la cena. Cuando entro me suplica, trémula y compungida, que reprenda á los enamorados. Yo les digo que dejen en paz á la tórtola, ó les descalabrará dándoles en la cabeza con aquel canto negro que llevo en la mano.

La preciosa se tranquiliza: trae una gran sartén y una cesta de huevos. Yo le pregunto:

—¿Y las truchas, mestresa?

—¡En seguida; en seguida!

—Haga muchas.

—Sí señor.

Saca un lebrillo y una maza. Luego retira del fuego la caldera de patatas hervidas, y empieza á mondarlas.

¡Admirable limpieza, que hasta para servir á los animales se esmera!... Esta mujercita es un ángel rústico... Mi hambre se impacienta más que los amables lechoncillos que adentro gruñen, y digo al bebé:

—¡Preciosa, no pierda el tiempo en mondar las patatas! ¡Los cerdos también comen lo que usted tira!

Y cogiendo el caldero, saco las patatas integra y las echo en el barreño. Ella toma el palo y las macera... ¡Señor, cuánto esmero!... ¡Ni que los marranetes fuesen sus hijos para ofrecerles papilla! En seguida

vierte sobre la pasta oloroso aceite crudo. Luego pone sal... ¡Qué presentimiento, patrona de la Infantería!... Apareja una mesa; pone encima el lebrillo, y dice con suave voz:

—¡Vamos; pueden empezar!

Los soldados se aprietan el vientre para no estallar de risa. Yo pregunto desolado á la patrona:

—¡Esto es para nosotros ó para los señores cerdos?

Y me contesta muy asustada:

—¡Son les trunfes!

¡Ay, mi madre!... ¡He traducido mal!... *Trunfes* no significa truchas, sino patatas.

El hambre nos acerca á la mesa; rompemos el trozo de canto rodado y probamos la pasta. ¡Peteneras! Ni las «truchas» ni el pan de maíz y centeno podemos ingerir. Dos ó tres veces hacemos intentos de comer y otras tantas desistimos.

—¡Mestresa!... ¡Huevos; muchos huevos!

Mientras ella los fríe, yo quiero prestar un pequeño servicio al patrón ausente. Como la casa es vieja y las paredes llenas de agujeros, digo á dos soldados que acerquen el barreño de pasta; la tomo á puñados y relleno los boquetes. Para dar más solidez á la obra, meto pedazos de canto rodado. ¡Muy bien!

A cucharadas nos comemos los huevos. Un trago de agua, y vámonos á dormir.

Antes digo á la cándida paloma que estoy muerto de cansancio...

—Hija mía: estoy deshecho de cuerpo y de alma y deseo que me permita dormir en su nido.

Ella, tan tímida, se muestra inexorable en este punto:

—¡No pido tanto, mi vida!... Usted puede dormir en su cama; sólo deseo que me consienta ocupar en ella el puesto que corresponde á su marido.

Ella no quiere —¡fíese usted en la dulzura de las palomas y los lirios de los campos!,— y tengo que tenderme en el suelo, al lado de los soldados, sirviéndome la mochila de cabezal.

Las cornetas nos despiertan muy temprano. La mujercita se levanta, y le pagamos huevos y «truchas». Antes de salir, uno de sus galanes le habla muy quedo; ella deniega ruborosa con la cabeza, y él insiste... Le pide un recuerdo: desea un mechoncito de pelo para guardarlo en una bolsita, que colgará de su cuello...

¡Ella no accede!... ¡Paloma sin entrañas!...

Y prosigue la marcha cruenta.

Recorremos la provincia de Barcelona; entramos en la de Lérida; tocamos en su capital.

Diecisiete días dura nuestra correría. Al décimooctavo entramos en Barcelona.

Por la dureza del teniente coronel, mi batallón es el que menos bajas ha tenido. Salió con trescientos hombres y vuelve con la mitad.

¡Seis mil reales es muy poco, ilustres patriotas! O todos, ó elevar la tasa.

XVIII

Las marchas precedentes tienen un epílogo formidable.

Apenas hemos tenido tiempo de limpiar armas y ropas; aún las llagas no se han cicatrizado, cuando Weyler ordena que el batallón vaya destacado á Manresa.

Es una jornada más tremenda que la de San Baudilio. Los pies se hinchan; los tobillos se relajan; las ampollas reaparecen; la sangre brota, y el polvo ardiente la seca. Los hombres caen de bruces: no gimen; crujen. En vano el jefe blande el bastón y golpea las espaldas. Al que cae, sólo le alza el carro del batallón que viene á retaguardia. Cuando pasa por algún pueblo, deja su carga para que la transporte á Manresa el primer tren, y siguen adelante recogiendo despojos.

El cuartel aún no está terminado, y nos alojan en casas.

El descanso es largo; el servicio poco; las revistas someras.

¡Bien necesitábamos de aquella pausa!

XIX

Al segundo mes tengo que marchar á Cardona. Una sección presta el servicio de destacamento en aquel castillo, á medias demolido. Treinta ó treinta y cinco kilómetros lo separan de Manresa. Avezados á las marchas brutales, recorreremos la distancia sin fatiga, y al comediarse la tarde llegamos á nuestro destino.

El oficial que manda la sección es un indiferente, que duerme dieciocho horas y se aburre seis, delegando en mí la vigilancia de la tropa. Yo no vigilo á nadie. Dejo que los cabos nombren el servicio y que los soldados hagan lo que quieran. Es un mes alegre, un oasis, el primero que vemos en la extensa y fatigosísima aridez de año y medio que llevamos sufriendo rigores é iniquidades.

El castillo se queda sin centinela, y todos nos dispersamos de mañana y de tarde. Unos van á charlar con sus novias —a los pocos días casi todos las tienen—, otros recorremos los campos, bajamos á las salinas ó visitamos los museos de sal. Hay uno que singularmente me encanta, obra de un mosén pacientísimo. El castillo con su almena, sus murallas y sus fosos, está fidelísimamente reproducido. Hay estatuas que parecen marmóreas; coronas en que la sal de múltiples colores reluce como oro, como diamantes y rubíes. Hay una piedra transparente, más limpia que cristal de roca, y en el fondo se ve temblar, corazón inquieto, una chispa de agua. En el estuche donde duerme esta salada joya, se lee una décima —tosca é ingenua, maravillosa por el noble sentimiento que le inspiró el buen mosén— loando al Soberano Artista que allí depositó la temblorosa lágrima.

Al salir otro día del castillo, me encuentro á otro sacerdote, menos dulce que el del museo, pero más apasionado de las cosas políticas, con quien todas las tardes discuto.

—Buenas tardes, mosén.

—Muy buenas, sargento.

Hablamos un buen rato sentados en el camino, de cara á las salinas. Cuando el sol refulge en los salados cristales, digo al sacerdote:

—¿Es cierto que toda la montaña es de sal?

—Toda; donde quiera que se araña, allí aparece.

—¿Valdrá mucho?

—No tanto como debiera, por los gastos que ocasiona el transporte y la competencia que hacen á Cardona las salinas del mar.

—¿Y hace mucho que explotan ésta?

—Pocos años. Cuando los carlistas estuvieron aquí, el monte aún se creía de piedra.

—Todos sus recuerdos los refiere usted á los carlistas.

—¡Pregúntele á su general!... ¡Bien se acordará de Cardona!

—¿Qué general?

—¡Weyler, hombre!... ¡Buena paliza le dio Borbón!

—¿Borbón y Castellví?

—El mismo: los dos eran generales de brigada; ambos mandaban iguales tropas; las posiciones idénticas. No podrá decir Weyler que hubo trampa.

—¿Cuénteme, mosén!

—Aquí mismo, donde nosotros estamos, estaba Weyler; allí enfrente, sobre las salinas, los carlistas mandados por Borbón, que sólo tenía veintiún años. La pelea fué dura; pero Borbón deshizo á los liberales.

—¿Algo habrá que descontar, mosén!

—¿Sí? Pregúntele á cualquiera en el pueblo. A uña de caballo entró Weyler, y tras él la columna en desorden. Si Cardona no está amurallado, Borbón da buena cuenta del enemigo. ¡Lástima de hombre que se haya pasado á los liberales!

«... como me lo contaron te lo cuento.»

XX

Al volver á Manresa, trabo amistad con republicanos. Es gente modesta, sincera, de profunda fe. Siempre me ha sucedido lo mismo. Empiezo á tratar con ingenuos, y termino comprometiéndome en la defensa de bribones y farsantes.

Hay allí un semanario intitulado *La Montaña*. Los dos ó tres muchachos que lo escriben se han ausentado de la población, y el periódico no puede salir, con gran júbilo de los reaccionarios, que allí son muchos. Entonces tiro de bayoneta, es decir, de pluma, y salto á la arena. Como el trabajo de llenar las cuatro planas es excesivo para uno, me asocio unas tijeras, y aprendo solito el oficio de periodista... ¡Oh, no podrá decir nadie que me ha servido de maestro! Instintivamente nos desposamos las tijeras y yo.

Un domingo sale el periódico con un primoroso artículo de fondo, firmado A. C., que sorprende á todos, amigos y adversarios.

—¿Quién es el autor de ese artículo? —me preguntan.

—¿No lo han adivinado? —les digo risueño y misterioso.

—¡Ah, es usted!... ¡Cómo progresa!

—No pudiendo firmar en periódicos radicales por pertenecer al Ejército, he permutado las iniciales de mis apellidos, Ciges Aparicio.

—¡Comprendido! ¡Comprendido!

Bueno; el artículo era de Alfredo Calderón, pero yo recibí los parabienes.

En esto llegó á Manresa un patriarca del republicanismo. ¡Gran acontecimiento! Era un hombre investido de todas las cualidades necesarias para despertar admiraciones. Tenía setenta y tres años, y su cuerpo la fortaleza del roble. Alto, de franca y riente mirada, lleno de majestad y elocuencia. Su voz, como la de un instrumento músico bien templado, y sonaba con cierto leve trémolo que no necesitaba fingir la emoción.

Nos habló con el gesto de un profeta ó de un patriarca, que subyugaba:

—¿Necesito deciros quién soy? ¿Necesito recordaros mi historia de peregrinación y sacrificios por la causa bendita de la República?...

Todos respondimos á media voz:

—¡No, señor, no!... ¡Si le conocemos todos!... ¡Pues no faltaba más!

Y nos mirábamos unos á otros, diciendo con los ojos: —«¡Naturalmente, hombre!»

La verdad es que yo no le conocía. Los demás, tampoco.

El patriarca continuó:

—Sin embargo, el tiempo pasa, amigos míos, y el polvo del olvido cae sobre los ancianos. Quiero refrescar vuestra memoria con sucesos pasados para que su recuerdo os fortifique en las luchas que se avecinan... Pero antes deseo que me conozcáis bien. La modestia me impide hacer mi apología, y voy á leer lo que ha dicho de mí el sabio doctor Esquerdo en las columnas de *El País*.

Mientras desata un gran cartapacio y rebusca entre los papeles, los demás nos miramos, diciendo:

«—Pero qué hombre, caballeros.»

El anciano desdobra un periódico amarillento, y lee un artículo vibrante del doctor Esquerdo, donde le llama Samuel, ¡el Samuel indignado de la República, que maldice á la Monarquía!

Al decir Samuel ahueca la voz, dilata las pupilas y su cuerpo se estremece. Parece que estamos oyendo al profeta de Israel.

Luego nos cuenta su historia de perenne conspirador; su vida errante por el extranjero, comiendo el amargo pan de la emigración, un

tanto dulcificado por la solicitud de su amada esposa, que á todas partes le acompaña, hasta en estas excursiones de su ancianidad. (Algunos oyentes derraman lágrimas.) En seguida nos recuerda el período de la República, en que fué diputado y secretario del Congreso, y enumera los discursos que pronunció. Hay uno tan admirable, que toca en las cúspides más inaccesibles de la elocuencia parlamentaria.

—Voy a leerlo —dice.— Es en defensa de la ley sobre el servicio militar obligatorio.

Tira de cartapacio, y rebusca.

—¡Será cosa buena! —nos decimos.

Sí, señor. Es canela molida; pero de la mejor. Samuel lee un antiguo *Diario de las Sesiones*. Su palabra musical se inflama gradualmente; extiende trémula su blanca mano; suelta el papel, y prosigue recitando el discurso. Sus ojos reverberan; sacude la testa nevada, y parece que ruge un león... ¡Samuel! ¡Este es el Samuel de la Escritura!...

Nuestras manos chocan frenéticas.

Samuel prosigue cada vez más terrible su defensa del servicio militar obligatorio. Una fuerza extrahumana le alza del sillón, y su cuerpo se destaca alto é indignado. Nosotros somos los diputados. Él nos increpa; nos apostrofa con enérgicos ademanes, que tienen crueldad de latigazos. Aunque no prosiguiese su oración, todos nos sentimos ya inclinados á votar por el servicio obligatorio. Pero él sigue flagelándonos, obligándonos con la tralla de su palabra indignada á que desterremos el injusto privilegio de la redención á metálico, que tantas lágrimas cuesta á las pobres madres de los que parten... Al llegar aquí tiene el orador un toque capaz de quebrantar á los pedernales... —«Si aquellas lágrimas pudieran encauzarse, formarían un río más caudaloso que el Duero.»

El efecto fué súbito. Sin embargo, yo creo que su triunfo hubiese sido mayor si sustituye al Duero por el Cardoner, que pasa al lado de Manresa; pues este río lo conocían todos, y al Duero muy pocos lo habían oído nombrar.

Cuando hubo terminado su discurso, fuimos en tropel á felicitar al nuevo Samuel. Esto era votar unánimemente por el servicio obligatorio. ¡Había triunfado!

Cuando se hubo repuesto, siguió hablando en tono familiar, lleno de encanto y nobleza. Profetizó el próximo advenimiento de la República,

y con palabras misteriosas dejó entrever lo que la prudencia no le permitía decir.

Para mí tuvo singulares elogios, y con gran sorpresa le oí decir que me conocía... ¡Hombre prodigioso!... Habló de mi pueblo; enunció por su nombre á muchos de mi familia... Todos, todos republicanos...

Todos, precisamente, no. Mi padre fué un carlista que no se quitaba la boina ni para dormir.

Cuatro ó cinco días estuvo el profeta Samuel entre nosotros.

Se hizo una colecta; se le pagó la fonda; se le sacó billete de primera, y aún pudo guardarse en el bolsillo once duros y tres perros chicos.

Samuel continuó algún tiempo por el mundo con su cartapacio y su mujer.

Luego murió.

R.I.P.

XXI

La existencia se desliza relativamente benigna en Manresa. Aquellas clases groseras, ignorantes y crueles que tan insufrible hicieron nuestro primer período militar, las licenciaron meses ha. Los muchachos de Valencia —pintores, comerciantes, estudiantes y cajistas— ostentan ahora los galones y, por más cultos, son más humanos. Con un jefe menos tiránico, con un Macón, para no citar más que al de la hermosa voz que todos conocimos en Melilla, el servicio hubiese sido bastante llevadero.

Ningún trabajo se pierde completamente en el mundo. Aquellas hermosas defensas que yo escribí en compañía de Goéthe y Leopardi, no salvaron á los procesados; pero me sirvieron para ingresar en la oficina del primer jefe.

Gozo mucho.

Para trabajar más cómodamente, el teniente coronel ordena que mi mesa la pongan en su despacho, al lado de la suya. El es violento con sus inferiores. En el Ejército, todo superior posee alguna crueldad con el de abajo. Es una especie de desquite por la crueldad que el de arriba ejerce sobre él. Con razón se dice que el libro más sabio que se ha

escrito es la Ordenanza; pero sabio para el de arriba... Así puede compararse el Ejército á una cadena de vejaciones que comienza en el capitán general y termina en el soldado que accidentalmente actúa de cabo.

He dicho que el jefe es...

Veamos lo que es.

—¡Ordenanza!... Al capitán de la tercera, que venga inmediatamente.

Los que en sus compañías gritan altaneros, llegan al despacho tímidos, ofuscados, sin saber qué título dar al teniente coronel.

—¿Da usted... usía su permiso?

—Adelante.

—¡A la orden de usía, mi teniente!...

El jefe les interrumpe con mal genio:

—¿Cuántos capotes tiene á cargo su compañía?

El capitán piensa y duda:

—Me parece que son...

El superior vibra y vocea:

—¡Ya sabe que aborrezco el me parece!... El número exacto necesito; el aproximado no me hace falta, pues de sobra sé que ninguna compañía baja de noventa, ni excede de noventa y cinco. ¿Cuántos capotes son?

El capitán, corrido como un quinto, responde:

—No sé, mi teniente coronel.

—¡Pues debiera usted de saberlo, señor capitán; como yo sé todo lo que tiene á cargo el batallón!

Y esto cada momento. Cuando el jefe se pone frenético, y el insulto baja á sus labios, dejo la pluma y me levanto de la silla.

—¡Siéntese y continúe! —me dice—. ¡No interrumpa su trabajo por esto!

Yo me disculpo:

—Voy á fumar un cigarro en el pasillo, mi teniente coronel.

Salgo, y cierro la puerta; pero el jefe tiene buenos pulmones.

Cruel, muy cruel dar ese trato á hombres encanecidos; pero no es menos cruel el trato que ellos dan en sus compañías. Pues he observado que los ineptos, los incultos, los reprendidos con más acritud por el jefe, son los más duros represores del soldado. Salen del despacho renegando, maldiciendo del Ejército y de su estrecha

disciplina que no les permite estrellar de un puñetazo á aquel superior enclenque, y tienen que tascar la rabia y armarse de paciencia... ¡Paciencia!... También el soldado rabia cuando le insultan y abofetean. Si la Ordenanza y su esposo el señor Código, no fuesen tan sabios en defender al superior es muy posible que ellos tampoco vejasen á sus inferiores.

En cambio, los oficiales cultos y benignos, los que no hubiesen sufrido agravio en su amor propio —aquel Mora, herido en Melilla; aquel Klein tan silencioso y modesto; aquel oficial indolente y dormilón de Cardona, tan rápido en ganar cruces y empleos en Cuba con su valor sereno—, aquellos eran bien respetados del jefe.

De donde infiero que la cultura y prudencia avivan la dignidad y fortifican el carácter mejor que la rudeza y los malos tratos.

XXII

¡Momento de júbilo!

Soy el primero en leer la Real Orden disponiendo que se licencie á los excedentes del 92. Estos se incorporaron á filas conmigo. ¡Quedo en puerta! Dentro de pocos meses, en mayo quizá, abandonaré el Ejército. Las licencias se extienden. Algunos soldados ya la han recibido. En cuanto lleguen los pasaportes —dos ó tres días— marcharán á sus casas.

Contraorden...

Desolación general...

En Cuba han saltado chispazos de incendio. Se han oído gritos de ¡viva Cuba libre!... Afortunadamente, sólo serán chispazos, ¿verdad?... Las licencias se recogen hasta nuevo aviso.

Pasa una semana; dos semanas.

Los chispazos brotan más vivaces... Mucho será que no arda la manigua...

¡El incendio!... ¡La insurrección!... ¡Sorteos!... ¡Llamada á los que están en sus casas!... ¡Faltan hombres para apagar el fuego!... La guerra será duradera...

¡Bonito servicio, al que no vemos fin!

La prensa toca arrebató patriótico, y la nación se conmueve más vivamente que con los sucesos de Melilla. En los cuarteles se respira entusiasmo guerrero... Los ciegos exhuman olvidadas canciones de la primera guerra separatista. A la tropa se nos agasaja en los lugares públicos. Cada soldado vuelve á ser emblema de heroísmo.

Al batallón de Barcelona le toca en suerte ir á Cuba. Para ponerlo en pie de guerra, Figueras le presta hombres.

Sorteo.

Los que han de embarcar se sienten orgullosos y dan vivas á España. Sus amigos más allegados los abrazan; lloran; dicen que desean acompañarlos.

—¿Quién me cede su puesto para ir á Cuba?

Muchos se niegan á ceder tanta honra. Los más serenos acceden. En las oficinas nos tienen locos. Llegan por parejas los soldados para confirmar las permutas. Se confirman, y salen.

Llega la hora de embarcar... La gente está triste... Una vaga palidez cubre el rostro de los que permutaron. Si les fuese posible, volveríanse atrás, aunque sus amigos partiesen solos.

Para librarme de sorteos solicito el ingreso en la Academia preparatoria de Trujillo; pero me falta no sé qué requisito y me rechazan. El teniente coronel sabe que estoy bien nutrido con las Matemáticas de Cirotde, y quiere que me presente en Toledo... Faltan oficiales; se abrevian los cursos... He resuelto desertar si en algún sorteo me toca para Cuba, y no quiero presentarme en Toledo; pues si me hacen oficial quizás me falte luego el valor de tirar la carrera por la ventana y separarme del ejército.

XXIII

Segundo sorteo.

Los que la suerte designa, no encuentran sustitutos voluntarios. Han de pagar quince, veinte, veinticinco duros.

Fuera del cuartel aumenta el entusiasmo.

Vuelven los primeros heridos.

Barcelona arde en patriotismo con la vuelta de un sargento herido por el enemigo. Le han dado el empleo inmediato y la cruz de San

Fernando.

La prensa sigue pulsando desesperadamente la cuerda patriótica. Maura, que concedió á Cuba más reformas medianamente liberales, es casi un separatista.

El primer artículo que en la iniciación de la guerra pide en España la autonomía para las Antillas, se escribe en un cuartel. En la colección de *El País*, 1.^a plana, 5.^a columna, está firmado por Escipión. El director de aquel periódico fué bastante humorista firmando mis artículos con ese pseudónimo, demasiado pomposo para un sargento. El artículo se titulaba PRO AUTONOMÍA, y el periódico le daba albergue; pero no se hacía solidario.

Aquel diario —como toda la prensa radical— defendía entonces la autonomía; pero otorgada sin externas coacciones, «*cuando los insurrectos depusiesen las armas*»... También los radicales mataron á Meco; y no deben de eludir la parte de responsabilidad que les corresponda.

fué más adelante cuando el eximio Pi y Margall escribió aquel artículo en defensa de la autonomía, reproducido con aplauso por todos los periódicos de la América Latina, y que tantas censuras le valió en España.

XXXIV^[3]

Entre este capítulo y el anterior hay un vano de cuatro ó cinco meses, que una larga enfermedad ocupa. El libro *Del Hospital* está escrito con las tristezas de este período.

Cuando recobro la salud, mi batallón está en Barcelona, cuartel del Buen Suceso. Antes de enfermar sentía fatiga en el pecho; emitía la voz débil como un suspiro. Ahora parece que he dejado en los hospitales la oculta ruindad. Mi pecho se siente ancho y libre; la voz resuena limpia, como si saliese de una caja música. Tengo ganas de rebullir y hacer disparates.

Mi puesto en la oficina está cubierto. Presto servicio, y en todas partes caen mis palabras como un ácido que corroe la disciplina. Los soldados murmuran y reniegan de la guerra, que dilata indefinidamente su servicio. El grito separatista de Cuba tiene poderosas repercusiones

en Filipinas. Los sorteos se suceden. Nadie quiere ir voluntario. Los sustitutos ponen tasa más subida á su venta. Se llama á los reservistas.

En los banderines se alistan todos los perdidos de la nación, y algunos infelices engañados por los contratistas.

De los que proclaman la guerra á sangre y fuego, ninguno va á batirse, ni consiente que sus hijos puedan morir de un balazo ó de abandono en un hospital. Con mil quinientas pesetas compran la bula del patriotismo, que les da derecho á hablar contra los malos hijos que abandonan á la pobrecita madre España.

Los elegantes coroneles que con el fajín en la maleta fueron á Melilla, se quedan en España ó solicitan el retiro para no exponerse ni siquiera á la zozobra de los sorteos.

Tampoco acude algún regio pariente que anduvo por Africa. Sólo va el que hoy es Infante Don Carlos, sencillo, modesto, querido de los soldados. Uno ó dos le deben la vida. Si á la tropa consultan los bullangueros su casamiento con la Princesa de Asturias, quizás sus bodas hubiesen sido más serenas.

Al entibiamiento de los soldados corresponde la nación. Nadie protesta en público; pero todos se quejan en tertulias y cafés. Más obstinada la prensa, sigue pulsando la cuerda patriótica. La frase de Cánovas, hinchada de estulta fanfarronería, proclamando la guerra hasta consumir «el último hombre y la última peseta», siguen repitiéndola los periódicos con sus múltiples lenguas. Se padece la hipocresía del patriotismo. Sólo *El Liberal* se atreve á sostener la campaña de la autonomía; pero el país, que protesta á la sorda, también es hipócrita, y no quiere que se hable muy fuerte de otorgar concesiones á la insurrección. Ante esta actitud de los lectores, *El Liberal* no se resigna á quedar solo con sus empleados, y afloja un tanto en la campaña con tan plausible tesón iniciada.

Los barcos de la Trasatlántica llegan cargados de espectros, que dejaron carne y sangre en los campos cubanos: sólo inspiran lástima... ¡Almas femeninas: sólo lástima!... ¡Llorad, valientes: pedid á vuestras esposas los delantales para secar esas lágrimas! La insurrección se ha extendido como una plaga desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio. Aunque el cable dice que son muchos los enemigos muertos, los vivos se proliferan. Martínez Campos, con clara percepción de la realidad, comprende que la lluvia de balas no apagará aquel incendio. ¿Pacto?... ¿Autonomía?...

¡Silencio!

Es antipatriótico pronunciar esas palabras.

—¡La guerra ha de terminar por el hierro y por el fuego! —gritan los valientes en España, y ofrecen sus seis mil reales.

—Si Martínez Campos es débil, que vaya un hombre entero: Polavieja, Weyler...

Y los tímidos, los patriotas tibios que no se entusiasman con la guerra, embarcan, se baten y mueren, ó salen extenuados de los hospitales para que la Trasatlántica les dé la puntilla y los tire al mar.

Weyler va á Cuba en calidad de hombre entero, Martínez Campos vuelve fracasado. ¿Fracasado?

Un periódico que, al juzgar después de los años aquellos sucesos, recuerda el artículo de Pi y Margall —lo mismo pudiera recordar el del pobre Escipión publicado en sus columnas—, saludó la vuelta de Martínez Campos con un furioso artículo de fondo, que terminaba así:

«Martínez Campos sólo debiera venir á España vencedor ó muerto, sirviéndole en este último caso de féretro un barco de la Trasatlántica y de mortaja la bandera de la patria acribillada á balazos».

Muy épico.

Muy patriotero.

Pero que no culpe del desastre al vecino de enfrente.

XXV

Yo no me concibo sin conspirar en aquel período de mi vida soldadesca. Quizás nadie conspiraba, y yo era víctima de la credulidad. Tal vez el arte de conspirar era ya un provechoso arte.

Todas las tardes me reunía en un café de la Rambla con revolucionarios ó pseudo-revolucionarios. No quiero decir quién era el diputado á Cortes que hacía de jefe. Por mucho que lo intenté no pude ponerme en directa comunicación con él. —«Mañana será» —me decían...— «A la semana que viene»...

La fiebre patriótica remitía velozmente. La guerra ya no despertaba entusiasmos. Cuba se despoblaba con los rigores inauditos de Weyler; pero la lucha era cada vez más empeñada. Allí iban hombres y millones, y de allí volvían hombres destrozados; huesos cubiertos de

harapos, pero huesos parlantes que con débil voz hablaban de ineptitud en los jefes, de hambres pasadas, de sordidez en los barcos, pródigos sólo en repartir escapularios.

Las protestas que empezaban á elevarse, eran pronto acalladas por la trompetería de la prensa y las frases de efecto pronunciadas por los políticos que vendieron los empleos de Ultramar. Y en las tertulias de café donde se abominaba de la guerra, sólo sostenían su defensa aquellos empleados ladrones, aquellos visitas de aduana, holgazanes y manirroto, que luego de pulverizar su fortuna, encontraron la protección de un gran cacique ó de un ministro que los enviase á las colonias para rehacer su hacienda con el fruto del robo.

La nación tuvo la cobardía de no secundar la protesta de las madres zaragozanas. Cobardía, porque la nación miró con buenos ojos á aquellas mujeres. Y téngase en cuenta que Zaragoza es el pueblo patriótico por antonomasia. Esto quiere decir que no era antipatriótico protestar de aquella guerra abominable, que sólo á los pobres devoraba, ó que en la cuenta del patriotismo zaragozano hay que sustraer una buena porción.

Tal se cargaba el ambiente, que un intento de revolución no hubiese parecido muy extemporáneo. Ni los discursos vehementes, ni los relatos de acciones heroicas que prodigaban los periódicos, ni las notas juguetonas de la *Marcha de Cádiz* que á todas horas llenaba las calles, infundían alientos en el soldado. El reservista era en los cuarteles levadura de indisciplina. Pensaban en sus hogares, en sus jóvenes esposas, en sus hijos recién nacidos ó en vísperas de nacer. Aquella guerra no les importaba nada, absolutamente nada: ni habían robado en las colonias, ni pensaban ir á robar. ¡Que fuesen á extinguir el incendio los que tuviesen interés! Los soldados viejos sentíamos tanta impaciencia como ellos de obtener la licencia. Y en este ambiente de disgusto é indisciplina, los reclutas no podían adquirir los férreos hábitos militares.

¡Buen momento!

Una orden y sublevo al batallón.

XXVI

Me destinan á la Zona de Reclutamiento de Barcelona, núm. 59.

Estoy en la oficina del coronel, un señor bajito, bondadoso, mediocre. Sólo se irrita cuando alguien va á recoger un documento, y pregunta:

—¿Qué le debo?

Su larga perilla blanca tiembla terrible, y su voz suena trémula:

—¡Nada!... ¡Ab-so-lu-tamente nada!... ¿Se ha creído usted que esto es una oficina civil donde se roba á la gente?... Nosotros somos militares y no cobramos nada.

Se engaña el bondadoso anciano. Su honradez no la poseen todos. Las clases, principalmente, cobran lo que pueden. El coronel ha dicho que á los analfabetos se les redacten gratis las solicitudes; pero los ordenanzas, cabos y sargentos cobran de ellas cuatro pesetas. El coronel recomienda que en el despacho de documentos se observe rigurosamente el orden de las fechas, pero se le otorga prelación al documento mejor gratificado.

Aunque separado del cuartel, no he perdido su contacto. Cada seis ú ocho días lo visito, y la única mudanza que observo es en la indisciplina que cunde. El teniente coronel se alarma y redobla el rigor; pero como las clases no le secundan y los oficiales se renuevan con los frecuentes embarques para Cuba y Filipinas, su celo le capta más vivos odios sin poder contener el desorden.

La Zona está en los pabellones contiguos al cuartel de Don Jaime, donde hay dos regimientos de Infantería. Cultivo la amistad de aquellas clases, y al poco tiempo la tropa está indisciplinada.

Como en las oficinas puedo vestir de paisano y salir todas las noches, acudo al teatro de la Gran Vía, donde por un real oigo cantar á la Galvani y á Casañas, y trazo proyectos estupendos de cambiar la faz de España intrigando con otros furiosos revolucionarios. Ellos ofrecen presentarme al diputado á Cortes, jefe civil de la provincia, y á un coronel retirado que secundará la acción al frente de las muchedumbres populares. Yo ofrezco seguramente el batallón de Cazadores y como probable la tropa que se aloja en los cuarteles de la calle Roger de Lauria, y hasta doscientos ó trescientos documentos — licencias absolutas, pases, permisos para viajar por el extranjero— que en la Zona tengo al alcance de la mano. Papeles muy útiles para facilitar la huida á Francia si el resultado de la acción es desdichado.

XXVII

Dos revolucionarios terribles —como todos los revolucionarios españoles—, me han citado en el teatro Lírico, paseo de Gracia. Se va á estrenar el drama de Dicenta, *Juan José*. No tengo dinero. Me ha parecido ignominioso alargar la mano para recibir propinas y gratificaciones. Mi escaso haber apenas me alcanza para la comida, y aún he tenido que ahorrar para vestir de paisano y armarme; porque de noche suelo ir por lugares peligrosos. Tal es mi pobreza, que si algunos días fumo, es porque me ofrece cigarrillos el capitán secretario. Él mismo me invita para que reciba gratificaciones como mis compañeros.

El día que he de ir al Lírico, me levanto dispuesto á estafar al ciudadano que se descuide. Aquel día, peco... Bien armado de temeridad, espero con todas las de Caín: llega uno, y le acepto lo que me ofrece. ¡Un magnífico habano, que vendo por veinticinco céntimos á otro sargento! Por la noche pido prestado otro real, y me voy al teatro. Allí arriba, en lo más alto de todo, encuentro á los terribles conspiradores; pero esta velada se pierde para el porvenir de España; porque el telón se levanta en seguida y no podemos intrigar. La obra nos seduce desde el primer momento. Los aplausos estallan continuados, y los ¡bravos! que desde las alturas desencadenamos los terribles revolucionarios, bajan piso á piso, se propagan en el patio lleno de engomados.

El autor de *Juan José* ha venido á Barcelona para asistir al estreno, y al terminar el primer acto, los terribles conspiradores pedimos que salga. Dicenta resiste, y nosotros gritamos furiosos. No hay como gritar para ser oídos. Al poco, todo el teatro es una boca gigantesca, pidiendo: «¡Que salga el autor! ¡Que salga el autor!» El telón se levanta por quinta ó sexta vez, y aparece el autor, un poco encogido, deslumbrado: viste de americana; lleva camisa de cuello vuelto, y el bigote muy retorcido. La salva de aplausos con que se le recibe es imponente. Las manos se destrozan; los hombres se ponen de pie; gritan enardecidos; patean... Los garrotes de mis compañeros, baten las gradas... Como las alturas trepidan, temo que se desgajen, y todos á una bajemos del Paraíso al Infierno.

¡Noche memorable!

No se envanezca excesivamente el autor de *Juan José*. Si mi memoria tendrá siempre viva aquella noche, no es sólo por su obra. Ronco y entusiasmado salí del teatro; pero una emoción más intensa y dramática me esperaba fuera. La noche no era fría; pero la capa apenas me pesó, porque era ligerita. La había comprado por doce pesetas y media en una tienda de ropas viejas; pero era de muy buen ver. Embozado para no constiparme volví á la Zona. Por no dilatar el camino bordeando ante las rejas del parque, seguí á campo atravesada, tomando por una vereda que había á la izquierda del Arco del Triunfo. Era un paso extraviado y peligroso, pero que me conducía en línea recta á la calle Roger de Lauria.

Hacia la mitad del camino había un puentecillo de madera, tendido sobre un angosto barranco, por donde pasaba un regajo pestilente, formado con el desagüe de unos albañales.

Lento y confiado voy por mi vereda, cuando al entrar en el puente veo un fogonazo y oigo una detonación. Cuatro ó cinco disparos suenan simultáneamente á uno y otro lado.

Silban las balas. Una me derriba el sombrero. No sabiendo si avanzar ó retroceder, saco mi revólver mohoso mientras las balas siguen silbando, y apunto á un bulto que veo á la derecha. Disparo; suena un ¡ay! y el bulto cae al barranco. A la luz de los fogonazos percibo seis ú ocho sombras que se mueven para cortarme la retirada del puente. Disparando al azar salvo aquella estrechura, y cuando pongo el pie en tierra firme, veo que un hombre rampa por el barranco, sin duda el que cayó á mi primer disparo. Él es quien últimamente me hace fuego. En seguida rompo á correr desatinado, la capa colgando, el revólver vacío campo adelante, como si en los pies llevase las aletas de Mercurio.

Al llegar frente á la calle Roger de Lauria, no busco la bajada, me arrojo frenético desde el campo al camino, dos ó tres metros de altura. Tan ciego estoy que no veo nada y voy á reanudar la carrera.

—¡Alto!

Cinco fusiles armados de bayoneta me apuntan al pecho. Un paso, y me ensarto.

—¡Alto!

—¡La ronda!... ¡Vaya un susto!

Los alrededores solitarios del parque son lugar de atraco, y cuatro soldados y un cabo los vigilan á la salida del teatro para auxiliar á los

oficiales que vuelven á sus pabellones.

El cabo se acerca, y me reconoce:

—¿Qué le ha sucedido?

—¡Una sorpresa para todo el año! Sin duda me han confundido, pues yo no soy personaje para que me acechen ocho ó diez hombres.

—El apretón ha sido bueno. Lo menos veinte tiros han sonado.

—¿Nada más? Pues yo he oído lo menos veinte mil.

Llego á la Zona, y lloro lágrimas de sangre. He perdido mi sombrero hongo, color café con leche, que me costó seis pesetas. Paso revista á mi capa, y le veo tres agujeros.

¡Adiós, mis dieciocho pesetas cincuenta céntimos!... ¿Cuándo os volveré á ver?

XXVIII

Es un triste espectáculo ver llegar á la Zona aquellas mujeres jóvenes en busca de la exigua consignación que les dejaron sus maridos. ¡Las esposas de los reservistas llevados á Cuba para defender lo que nada les importaba! Son muchachas de dieciocho ó veinte años, que han perdido la alegría de la juventud. Sólo les queda su frescura para inspirar tentaciones. Unas están embarazadas; otras llevan niños de pecho. Todas llegan compungidas. Todas preguntan si la guerra durará mucho.

Hay una andaluza de estallante hermosura, con toda la sal de su Andalucía. Hasta el coronel se regocija al verla, y le dirige tiernos requiebros llenos de bondad y limpios de malicia. Otros ponen más intención en sus dichos. Cada vez que la andaluza entra en la Zona, con ella viene una oleada de alegría. Los hombres se le allegan atrevidos; pero cuando en sus ojos brilla el deseo, sabe mantenerlos á raya con una mueca altanera. Su vida es bastante angustiosa porque ha de mantener á su madre y á su suegra enferma; pero trabaja y resiste.

Un día entra llorando, vestida de negro. Su marido ha muerto en el hospital. El coronel la acoge conmovido; la consuela; le promete que se interesará para que le abonen pronto lo que ha de recibir por viudedad

y alcances. Se instruyen expedientes; se cursan diligencias. El tiempo pasa. Ella queda sin trabajo. La necesidad aumenta...

Una mañana llega la viuda á la Zona...

Al otro día se dice que el comandante...

Luego que el sargento...

Después que el ordenanza...

La prostitución había recibido en sus brazos á la hermosa andaluza.

XXIX

¡Qué sangriento engaño el de aquella guerra, explotada por miserables! Ya se la reniega públicamente. Unos cuantos hombres decididos, y aquello termina á puntapiés. La patriomanía sólo fingen padecerla los políticos y la prensa; sólo la sienten los ladrones que no se resignan á perder las colonias ubérrimas. Quieren la guerra, pero ninguno quiere ir voluntario, ni que sus hijos vayan. El

Dulce et decorum est pro patria mori

cede á sus seis mil reales, precio de una existencia y tasa de un siniestro patriotismo.

Un grito dado en los cuarteles de «¡todos ó ninguno!», y nadie se mueve, y los fusiles apuntan al pecho del que se hubiese opuesto. Yo siento no haberlo podido dar. La intención fué ésa.

¡Patriotismo bastardo: vil engaño! Lo invocaban los labios, pero no lo sentía el corazón, ni podía sentirlo. Hasta los que han hecho una profesión de las armas no lo sentían.

Unos solicitaban el retiro, otros buscaban sustitutos por no batirse. Diariamente llegaban á la Zona cartas solicitando tenientes y capitanes que se prestasen á embarcar para Cuba y Filipinas mediante la percepción de ocho mil, diez mil y doce mil reales. En algunas se ofrecía hasta cuatro mil y cinco mil pesetas. Luego se recibieron sobres con el sello del Ministerio de la Guerra, y dentro de los sobres, pliegos de papel de oficio con el membrete del Ministerio, donde ya no se solicitaba uno ó dos sustitutos: se ofrecía «dos mil quinientas pesetas á los oficiales que deseen permutar por otros». ¿Había algún banderín de oficiales (jefes se pedían pocos) en el mismo Ministerio de la Guerra,

donde alguien se dedicaba á este tráfico, como otros traficaban fuera con perdidos é infelices para que fuesen de soldados á la guerra?

De aquellos documentos —mitad cartas y mitad oficios— se comunicaron los dos ó tres primeros. Asqueado el coronel dio luego orden de que se rompiesen apenas recibidos.

¡El patriotismo!...

Aún se recordará en Sevilla de un capitán retirado, muerto en el naufragio del Aznalfarache en la embocadura del Guadalquivir. Pertenece á Ingenieros ó Artillería (no estoy seguro), y por no encontrar á un sustituto que como él estuviese en el último tercio de la escala, solicitó el retiro.

Había ofrecido veinticinco mil duros.

¡El patriotismo en aquella guerra!... Decididamente; yo tampoco me siento patriota. Sublevo el batallón, ó deserto y me refugio en Francia.

XXX

La extrema dureza del general Weyler es ineficaz. La guerra arde pujante. Los barcos de la Trasatlántica siembran el mar de cadáveres: llegan á los puertos y vomitan sus ventradas de huesos y carne podrida.

—«¡Hasta el último hombre y la última peseta!»— había dicho aquel torvo político que se llamó Cánovas.

Y la manigua parecía responder:

—«¡Pues vengan hombres!»

Y allí iban á montones...

¡Sorteo!

Hay que formar las séptimas y octavas compañías de los batallones. De las cuatro que tiene el mío, ha de mandar dos al de Barcelona, que desde hace tiempo opera en Cuba.

Se echan suertes, y el primer sargento en salir soy yo.

Me llaman de la Zona para incorporarme á la tropa expedicionaria. Llego al cuartel, y los soldados me esperan. Les consulto, y están dispuestos á no embarcar. Hablo con las clases de los regimientos que se alojan en los cuarteles de Don Jaime, y los que también han de ir á

Cuba juran secundarme. Los paisanos acudirán al embarcadero con el coronel retirado, y nos ayudarán cuando yo mande media vuelta.

Algo se teme en la plaza.

Nuestro teniente coronel está inquieto; mira receloso. Sabe que la disciplina ha huido. Los oficiales de guardia le dicen que no pueden someter á la tropa. Tocan silencio, y en las compañías prosigue la algazara. Grita el oficial desde el patio recomendando orden, y las voces callan; pero al poco vuelven á levantarse. Se canta, se ríe, se baila...

El teniente coronel llama ¿puedo decirlo? á mi segundo. Es un sargento muy listo, de arrogante presencia y de gran influjo sobre la tropa. Le llama, le suplica, le amenaza. El capitán general ha requerido al jefe, y le ha reprochado que está desdiciendo las condiciones de carácter que todos le atribuían. El general ha deplorado que la guarnición de Barcelona esté indisciplinada y próxima á suscitar desórdenes, y dentro de la guarnición ningún cuerpo tan arisco cual el nuestro.

El jefe dice al sargento:

—Y dentro del batallón ninguna compañía tan revuelta como la primera. Es necesario que antes de embarcar, la disciplina se imponga por el hierro, y le doy cuantas atribuciones necesite, incluso la de matar á quien proteste. Mías son todas las responsabilidades.

El sargento quiere excusarse diciendo que yo soy la clase más antigua de la compañía y del batallón.

—¿Ciges? —exclama el teniente coronel.— ¡Bah, no se preocupe de él!... Le he tenido mucho tiempo á mi lado, y le conozco... ¡Es un infeliz!... Puede usted hacer lo que quiera en la compañía.

Luego le dice que, desde aquella noche, dormirá él mismo en el cuartel para reprimir cualquier intento de insubordinación.

El sargento me da cuenta de su entrevista. Le preocupa que el jefe duerma á nuestro lado.

—Si él advierte algo —me dice— y da dos gritos á la tropa, es indudable que se atemoriza y nadie da un paso.

—¡Demasiado lo sé!... Tendremos que pegarle un tiro.

Mi compañero me mira, temeroso y pálido. No dice nada.

—Bueno —pienso—, á éste habrá que pegarle otro.

XXXI

—¡No se embarca!

Por Barcelona circulan hojas clandestinas invitando á no embarcar.

Vamos por la calle vestidos con el flamante rayadillo, y los hombres nos dicen:

—No embarquéis... Que vayan los ricos... Que vayan los causantes de la guerra.

Las mujeres nos dicen:

—No embarquéis, hijos míos.

Las muchachas:

—No embarquéis.

Vamos á los cafés, y en las mesas, en los divanes, encontramos proclamas diciendo que no embarquemos. Cuando queremos pagar, todo está pagado.

Algo siniestro é impresionante hay en las calles. En todas partes se abomina de la guerra. Un caballero ha gritado desde un tranvía que pasa por la Rambla: «¡abajo la guerra!», y le han detenido. En los cuarteles no se ríe, y en los rostros hay sombrías adusteces.

Todo está convenido. Cuando los expedicionarios —mil quinientos hombres— estemos formados en el muelle, yo daré la voz de «¡media vuelta!», «¡apunten!», y si los piquetes que han de venir dando escolta á las banderas no se nos asocian al grito de «¡todos ó ninguno!», los haremos rodar á balazos.

—¿Y después?...

Veremos lo que hacen los paisanos: todo será morir matando.

¡Ilusión!

Los capitanes salen de conferenciar con el jefe. Llegan á las compañías, y dicen naturalmente:

—Los expedicionarios: á formar con armas.

Nos quitan los Maüssers.

Luego recogen las municiones.

¿Qué ha pasado?... Nada... Quieren embarcar antes las armas, para acomodarlas en las bodegas del barco, y que no se oxiden con el relente del mar...

¡Nos han desarmado!... ¡Hemos fracasado!

Pido dinero á casa para marcharme á Francia, y no llega á tiempo.

Al compás de la *Marcha de Cádiz*, nos llevan al puerto, indefensos, custodiados por piquetes bien nutridos.

Llegamos ante el mar: el muelle está erizado de bayonetas. Hay mucha gente que sólo con la tristeza del rostro protesta.

Suena un «¡viva la anarquía!»

Embarcamos.

Cuarta etapa

I

La sirena se despide con roncós bramidos. El barco se desliza; sale del puerto y desciende por el Mediterráneo de oscuro azul. En Málaga embarcan otras dos compañías. Cruzamos el Estrecho á media noche, con infinitas precauciones, porque la niebla es densísima, y entramos en el Atlántico. Al despertar, España se ve á nuestra derecha y Africa azulea á la izquierda. Luego se quedan á nuestras espaldas: después se pierden entre brumas de oro.

Los oficiales van en primera. A los sargentos nos dan literas de preferencia, y nos sirven en el comedor de segunda. Entre nosotros y los soldados no hay relación. Ellos van en los sollados, llenos de suciedad y mal olor. El aire es tan denso, que se sienten enfermar, y prefieren dormir sobre cubierta. Para comer, forman de diez en diez; les entregan un barreño lleno de pasta que trasciende á bacalao —más despreciable que el rancho del cuartel— y nada más.

Como la comida es ínfima y escasa, en suplementos se gastan las sobras y el plus de campaña. Los camareros están en inteligencia con el sobrecargo, y todos con la cocina, de donde salen las raciones, vendidas á excesivo precio. También se vende aguardiente, vino, tabaco, barajas. Cuando el viaje termina, todo el dinero que han recibido dos mil hombres está en el bolsillo de los empleados.

II

Mientras comemos los sargentos, un soldado escribe en el extremo de la mesa. Lleva la contabilidad al sobrecargo, y su pluma se desliza rápida sobre el terso papel cuadriculado. Es un muchacho de pelo rubio y bigote incipiente, labios desdeñosos y frente marmórea. De tiempo en

tiempo suspende el trabajo; pasea una mirada indecible, y vuelve á escribir.

Un día discutimos en la mesa. Yo defiendo á Martínez Campos y maldigo de Weyler; me excito; voceo; miro en torno... La mirada del soldado me suspende. Tiene la mejilla en la mano, y sus ojos me contemplan fríos, atentos, con acerada dureza.

No le hago caso, y sigo hablando.

Cuando terminamos de comer, el soldado aún me mira fijamente. Luego le veo pasear por el barco; aislarse; no comunicar con nadie.

Un día viene á mi encuentro. Su impasibilidad se ha fundido. Está risueño y zalamero. Dice que pertenece á mi compañía.

—No le recuerdo —le digo.

—Me incorporé el día antes de embarcar.

—¿Cómo se llama?

—Juan Vives^[4].

Como soy la clase más antigua, y estoy encargado de la contabilidad, saco varias listas y repaso nombres.

—Justo; aquí está usted.

Luego me dice:

—Ya habrá observado que no soy corto de pluma. Como el prestar servicio de mecánica me repugna, le agradeceré que me tenga en cuenta, si en la compañía hubiese algún destino.

—A tiempo me lo ha dicho, porque necesito uno que me ayude. La contabilidad de Cuba es mucho más complicada que en España, y la compañía exige bastante cuidado. Le rebajo de servicio, y se queda conmigo.

De cuando en cuando observo en él un leve acento extranjero.

—¿De dónde es usted, Vives?

—Soy catalán; pero me he criado en Marsella desde los siete años.

—¿Y pudiendo vivir en Francia, por qué viene á Cuba?

Su frente se ensombrece, y habla con sorda irritación.

—Es larga historia, que ya le contaré... Además, estoy hastiado de la vida: he vivido mucho, y necesito brutales emociones para no morir de hastío. Desgraciadamente, estoy tan acostumbrado á las balas, que ya no pueden impresionarme.

Dice adoptando la amarga indolencia de un estragado, que finge tedio. Yo río y le digo burlón:

—Jovencito le ha entrado el cansancio.

—¿Qué edad me atribuye?

—Diecinueve años; la de cualquier recluta.

—Tengo veintisiete.

—Nadie lo creería.

—Tampoco creería nadie que mi vida ha sido un volcán...

—¿Viene usted ahora de Francia?

—Me he detenido algunas semanas en París, pero vengo de Armenia.

—¿De dónde?

—De Armenia. La revolución ha sido vencida y voy en busca de nuevas aventuras.

—¿Y qué se le había perdido en Armenia? —le digo algo aburrido de sus cuentos, á los que no concedo ningún crédito.

—He sido jefe de Estado Mayor en la revolución.

—¿Sí, eh?... ¿Y antes?

—Poco antes de ir á Armenia me batí en Eritrea al lado del general Baratieri...

—¡Adiós, Vives!... Hasta luego.

—Adiós, sargento.

III

—Desde la muerte de Gina voy atónito por el mundo.

—¿Quién es esa Gina que tanto nombra, Vives?

—Una mujer que murió en Nápoles... Por ella gasté una fortuna; tuve tres duelos; perdí mi carrera á los veintiún años... Por ella voy de pueblo en pueblo, sin saber cuándo, dónde, ni cómo me detendré, persiguiendo una venganza cada vez más imposible.

Le miro, y no atino á explicarme si estoy ante un majadero ó un hombre que habla formal. Su boca parece más desdeñosa, y en sus ojos acerados brilla el rencor.

—¿Ha leído usted á Petrarca? —me dice.

—No.

—Es mi poeta favorito. Oiga un soneto en que llora la muerte de Laura.

Lo recita con puro timbre italiano, y cuando se acerca al último terceto, su voz tiembla.

—No puedo recordarlo impasible. La primera vez que lo recité, fué como una oración, ante el catafalco de Gina, allá en Nápoles. El órgano tronaba, y Mascagni dirigía la orquesta, por afecto hacia mí, en la misa de *Requiem*. fué un momento en que viví lo eterno. Mi vida está rota: sólo el recuerdo me conmueve.

Saca un cigarro; lo enciende, y mirando al mar, tararea un *couplet* cancanesco.

—¿Ya le ha pasado la solemnidad?

El soldado ríe, y me contesta:

—No se debe permanecer mucho tiempo en una actitud, ni hablar mucho de una cosa.

—¿Por qué, Vives?

—Para despistar al observador, y que nadie lea dentro de nuestro pecho. Hay que dar á la curiosidad el pasto necesario para que se interese: sólo para que se interese, no para que el conocimiento la sacie.

—Verdaderamente, no sé qué pensar de usted. Unas veces me parece que chancea...

—Usted no me conocerá nunca. Usted menos que nadie.

—Pues...

—Porque usted es hombre de fe, y por lo mismo uniforme y rectilíneo. Yo no creo en nada, y soy ágil, ondulante. Mi escepticismo tiene muchos matices, y mi vida es harto tempestuosa para no adiestrarme.

—Siendo así, ignoro por qué se ha esclavizado ingresando en el Ejército.

—¡Psh!... El día que me canse paso al campo insurrecto, ó me voy á los Estados Unidos.

—¿Y no le impone ir por el mundo sin dinero?

—A mí no puede faltarme nunca lo necesario. Voy provisto de siete lenguas vivas; tiro bastante bien á todas armas, y lo mismo escribo una carta comercial ó llevo las cuentas de un sobrecargo, que escribo un artículo literario. Y, sobre todo, voy sin esa aborrecible carga de la moralidad que impide robar á los ladrones y teñirse las manos en sangre de bípedas alimañas.

—Es usted caprichoso...

Él saca otro cigarrillo y me lo ofrece riendo: —¡Tome y fume, infeliz!

IV

—¿Conoce usted á Loti?

—Sólo he leído su *Aziyadée*.

—Es un libro muy precioso. Lo releí hace dos meses, estando en Constantinopla.

—¿También ha visitado á Turquía?

—Si. Al retirarme de Armenia pasé en Constantinopla un mes. Luego marché á París.

—¿Por qué me ha preguntado por Pierre Loti?

—¡Ganas de hablar!... Recordaba que le han recibido en la Academia Francesa, y este recuerdo me evoca tiempos pasados cuando estuve en Arabia y visité el desierto, que él acaba de describir maravillosamente.

—¿También ha estado en Arabia? Usted parece el judío errante.

De ella me habla con tan vivo colorido, que no puedo creer en el engaño. Bruscamente suspende sus animadas descripciones para decirme:

—Observe cómo pega aquel bruto de oficial.

Es un segundo teniente de la escala de reserva que castiga á un soldado. Vives murmura:

—¡Preciosa oficialidad envía España á la guerra!

Esto le sirve de ocasión para hablar de Cuba, que asegura conocer. Desdeña la ineptitud del general Weyler, que no sofocará la insurrección, aunque redoble su crueldad. Luego me predice la intervención de los Estados Unidos. Muestra tal conocimiento del arte de la guerra, que me obliga á decirle:

—Cualquiera afirmaría que es usted militar.

—Ya le he dicho que me he batido en Eritrea y Armenia.

En seguida cambia de tono, y dice:

—He hablado con el sobrecargo. Desde esta noche puede dormir usted en segunda.

—Gracias, Vives. ¿Usted también tendrá camarote?

—Naturalmente. ¿Cree usted que iba á ir entre el rebaño? Yo como y duermo en segunda desde el primer día.

V

Un ciclón nos ha sorprendido en la travesía. Un soldado ha muerto; tres han quedado heridos. Entre los toros que iban á bordo para el abastecimiento del pasaje hay algunos perniquebrados.

El calor aumenta: nos acercamos á Cuba. Vives sólo está impasible y duro cuando se aísla de la gente. Entre ella, ríe, se muestra gentil y zalamero, dice sarcasmos que desconciertan.

Un día juega de sobremesa con los sargentos; hace fullerías con las cartas, y les gana cuarenta y tres duros. En seguida pide botellas de champaña al sobrecargo, y aún queda á deberle once duros.

—¡No tengo más! —le dice compungido.— El resto vaya por el exceso de lo que ha cobrado en cada botella...

El sobrecargo pone mal semblante, pero tiene que conformarse.

—¡Usted es un fresco, Vives! Le doy camarote y comida de segunda á cambio de los cuatro números que me escribe, y aún se me entrapa en once duros.

—Añada á la cuenta el tabaco que me ha dado... ¡Y, á propósito; hágame el obsequio de un paquete, que no tengo!

Al sobrecargo le hace gracia, y se lo da.

Sentados á la sombra del fumadero, Vives y yo estamos meditativos, mirando á lo lejos.

—¿En qué piensa? —me dice muy quedo.

—Pienso en que esta guerra es muy antipática. Siento no haber podido desertar.

—¿Quiere que nos vayamos al campo insurrecto cuando nos cansemos?

—No —le respondo con viveza.

—Tengo amigos influyentes en París y en Nueva York: yo mismo conozco á significados separatistas, y obtendríamos buenos empleos.

—De ningún modo.

—¿Siente resabios patrioteros?

—Ninguno. Si España estuviese comprometida, yo sería un voluntario para defenderla. Por eso mismo comprendo que los cubanos protesten. Yo no soy cubano, y en España está mi madre. No quiero renunciar á verla.

Pasa otro rato de silencio. Vives lo quebranta:

—¿Piensa usted escribir en algún periódico radical de España?

—En ninguno —le contesto.

—Es lástima; porque presenciara abusos que á usted seguramente le indignarán.

—¿Y á usted no?

—Nada para mí tiene importancia.

Una nube de tristeza pasa por su frente. Sus ojos azules miran penetrantes al mar. Pasa otro intervalo.

—Debe usted escribir. ¡Nada de fantasear! Lo que contemple, pues será bien duro.

—No habría periódico que lo publicase.

—Puesto que es usted admirador de Rochefort, escriba en *L' Intransigeant*, que ataca enérgicamente á Weyler.

—¿Está usted loco!... ¡Escribir en *L' Intransigeant* cuando apenas conozco el francés!

—Le traducirán sus correspondencias. Yo me encargo.

—¿Y quién es usted, Vives?

—Un amigo de Rochefort.

—Entonces podía ser usted quien le enviase artículos.

—Me los pidió antes de abandonar á París; pero antes se los había ofrecido á Xau para *Le Journal*. Además, yo soy muy indolente, y sólo cuando necesito dinero cojo la pluma para defender el pro ó el contra.

—¿Indistintamente?

—¿Qué más da!

VI

Hemos llegado al término del viaje. En los almacenes de Regla nos alojamos los expedicionarios. Oficiales y clases se van á La Habana, y yo me quedo distribuyendo hamacas, sombreros, machetes y el armamento que nos quitaron antes de embarcar.

Al anochecer vuelve el capitán, y me dice:

—Tome el mando de la cuarta sección.

—¿Y el teniente Gutiérrez?

—Se ha dado de baja por enfermo. ¡Un pretexto! Como tiene en La Habana á un tío general, pertenece al número de los que vienen á cobrar sirviendo en las oficinas, y no quieren batirse. ¡Un inútil menos! Ojalá le imitasen los otros tres.

En efecto; son oficiales que no inspiran confianza á la tropa. De los cuatro que embarcaron con la compañía, sólo uno pertenece á la Academia, y aun éste se incorporó al batallón semanas antes y no posee hábitos de mando. Es, además, taciturno; no habla; parece abrumado por una idea fija; no siente entusiasmos por su carrera. Los otros pertenecen á la reserva: los tres fueron sargentos de carabineros, y los cincuenta y cinco hombres de cada sección, son muchos hombres para mandados por ellos. Desconocen hasta la táctica de compañía, y dan voces anticuadas: cuando ordenan «¡de frente, arma baja!» los soldados se ríen, y es inútil que se enfaden. Las secciones preferirían que en momentos de peligro las mandasen sargentos y hasta cabos, pues aquella oficialidad inepta, sólo al desastre puede llevarles.

Al siguiente día nos conduce un tren al Surgidero de Batabanó. Una máquina exploradora va delante para reconocer el camino. Los insurrectos pululan á las puertas mismas de La Habana, y suelen volar puentes, poner bombas al paso de los trenes. El nuestro se desliza lento, cauteloso, entre campos incultos devastados por la guerra. A trechos vemos largas filas de soldados, sucios, atezados, de revueltas barbas, con grandes sombreros puestos al desgaire. Descansan indolentemente sobre las armas, ó jinetes sobre escuálidos caballejos, miran á la lejanía, con la tercerola en la diestra. Los nuestros los saludan, y ellos responden con torvas sonrisas.

Llegamos al Surgidero por la tarde.

En los soportales de las casas —los colgadizos cubanos— colocamos las hamacas. Nadie sabe dónde iremos luego.

Súbitamente se oye un fuego nutridísimo. ¿Tan pronto vamos á recibir el bautismo de sangre? Los insurrectos están atacando á Batabanó, que apenas dista un tiro de fusil del Surgidero. En el pueblo responden con vivo tiroteo. Los ánimos están algo conturbados; pero el comandante militar pasa risueño encalmándolos.

—¡No tener miedo, muchachos: aquí no llegarán!

La tarde cae, y el fuego se hace más insistente. Los insurrectos han llegado á las puertas del pueblo, y quemado varios bohíos. La palidez del crepúsculo se enrojece con las llamas del incendio. Al temor primero sucede la impaciencia de la lucha.

—¡Dos horas que se rompió el fuego! ¿Qué hacemos aquí?...

La noche baja. Los resplandores del incendio fulguran arriba. De tiempo en tiempo parecen apagarse: surgen columnas de chispas vivaces y remolinos de humo, y las llamas renacen más vivas y torcidas.

Un seco estampido sorprende los ánimos. El cañonero que guarda la bahía, ha roto el fuego. Las detonaciones se continúan á intervalos regulares, y los proyectiles pasan zumbando sobre nuestras cabezas.

En Batabanó arrecia la fusilería.

VII

Son dos hermanas de quince y dieciséis años. Con ellas, semejante á una hermana mayor, está la madre. Las tres compiten en belleza. Hablan con la dulce volubilidad de las mujeres cubanas. Visten ondulantes trajes blancos. La cabellera sedosa se despeña por la espalda; y entre aquel marco de ébano, destacando sobre la blancura perlada del rostro, reverberan sus ojos. Se mecen con indolencia, y los perfumes que las envuelven como un velo impalpable, llegan hasta mi evocándome ansias indecibles que aceleran el curso de mi sangre.

La fusilería prosigue más empeñada allí arriba, y el cañonero sigue detonando con largas intermitencias. Las luces del incendio clarean en el espacio. Los soldados se quitan el corraje, y se echan vestidos en las hamacas. Las mujeres me cuentan sucesos de la guerra. Son españolas entusiastas, y su odio á la insurrección se fortificó cuando presenciaron la primer entrada de Quintín Banderas en Batabanó, donde entonces vivían. Recordándolo se horrorizan las tres hermosas, y tiemblan dentro de sus leves muselinas. No era un hombre aquel cabecilla, era un tigre hambriento de matanza. Las pupilas inyectas fulguraban en su jeta negra y monstruosa. Todos los odios de su raza, toda la ferocidad que las selvas africanas infunden en bestias y salvajes, habían despertado en aquel viejo esclavo, que ahora mandaba otros esclavos

de igual laya. Sus órdenes eran aullidos; su caballo se revolvía anhelante bajo la férrea mano que le hacía encabritarse de dolor, y su diestra armada de ancho y largo machete, que bien parecía cuchilla, temblaba de coraje y seca venganza. Las mujeres querían parar el caballo: locas y arrebatadas, abrazaban las piernas del feroz guerrero. Y él, rencoroso y blasfemo, rompía á machetazos aquellas ligaduras; empujaba á la bestia; excitaba á sus negros con gritos de muerte.

VIII

A la tragedia sigue el sainete.

La más joven habla con fresca alegría.

Era en un pueblo próximo. Una compañía recién llegada de España la destinaron allí. Recomendáronle singular vigilancia, porque el enemigo acampaba muy cerca, y había hecho varios conatos de asaltar el poblado. La fuerza se alojó en un almacén de madera. Al frente se destacaba un tupido manigual. El centinela que colocaron en la plataforma recibió orden de hacer fuego, apenas cerrase la noche, sobre cualquier bulto sospechoso que percibiese en torno.

No bien el día hubo lanzado su última mirada por la soledad de los campos, cuando el centinela oyó un ligero silbido en la manigua, y entre su fosquedad vio una luz. Aquel silbido fué contestado por otro, y nuevos puntos luminosos se encendieron y apagaron á lo lejos.

El soldado no pudo dudar de que el enemigo se aprestaba al asalto del pueblo. Lleno de valor, gritó:

—¡Cabo de guardia!

Y empezó á disparar al Maüser sobre la compacta manigua.

—¡Cabo de guardia, el enemigo!

Cuando hubo agotado el cargador, puso otro y siguió disparando.

En el almacén se oían voces alteradas de «¡a formar!». La corneta tocó «¡llamada y á la carrera!» para que los soldados dispersos acudiesen, y las casas se cerraron con estrepitoso batir de puertas. El centinela, solitario, arrogante, seguía disparando y retando al enemigo:

—¡Acercáos! ¡Salid de ahí! ¡Cobardones!...

El capitán subió á la azotea seguido de toda la compañía, y sus insultos se confundieron con los del valiente centinela:

—¡Canallas!... ¡Están disparando con armas de aire comprimido para que no sepamos por dónde nos atacan!... ¡Canallas, como si no viésemos los fogonazos!

La compañía estaba arrodillada, formando dos filas. El capitán volvió á gritar:

—¡No tengáis miedo, hijos míos!... ¡Aquí está vuestro capitán para morir con vosotros!

Y en seguida:

—¡Fuego por descargas!... ¡Apunten... fuego!

Una descarga formidable y compacta atronó en el silencio de la noche. En la manigua próxima crujieron las ramas azotadas por la súbita lluvia de plomo.

—¡Apunten! —mandaba el capitán—. ¡Fuego!

Y las descargas se sucedían magníficas y sus ecos bizarros repercutían en la manigua.

Cuando se hubo cansado de mandar, el jefe de la fuerza ordenó fuego rápido. Las descargas ya no resonaron cerradas é intermitentes. Los soldados disparaban á discreción, pero con tanta rapidez que la azotea parecía un inmenso matraqueo. El capitán iba de un extremo á otro de la valerosa fila alentando á los suyos, que no necesitaban de ningún estímulo.

—¡No tengáis miedo, hijos míos!... ¡Aquí está vuestro capitán! ¡Mientras yo esté vivo, no tomarán el pueblo!... ¡Duro con ellos!...

Y alzando más la voz, apostrofaba al enemigo:

—¡Mambises!... ¡Indecentes!... ¡Sois unos indecentes y cobardes! ¡Lo menos estáis dos mil y no os atrevéis con doscientos! ¡Salir de la manigua, puercos; que tenéis sangre de horchata!

El fragor de la fusilería acallaba el silbido de los proyectiles enemigos; pero los fogonazos sí se veían bien patentes y de ellos podía colegirse que la manigua vecina estaba llena de insurrectos.

Algunos soldados empezaron á decir que les escaseaban las municiones. El capitán seguía gritando:

—Duro con esos bribones, que plomo no ha de faltar.

Y mandó subir cuatro cajas que había de repuesto. Cuando los soldados agotaban el último cargador, salían de fila, se racionaban de paquetes, y volvían animosos á su puesto.

El capitán preguntaba:

—¿Hay algún herido, hijos míos?

Ninguno había.

—¡Bravo!... ¡No hay en el mundo entero una compañía tan valiente como ésta!... ¡Duro con ellos, hijos míos!

Para hacer más llevadero el cansancio del mucho disparar durante varias horas, el capitán dispuso que los rancheros hiciesen el café más temprano, y que le subiesen dos garrafones de caña. Con su propia mano fué ofreciéndola á los soldados.

—¡Bebed, hijos míos! ¡Bien os la ganáis! ¡Mañana rancho extraordinario, que os chuparéis los dedos!

«La del alba sería» cuando en la manigua empezaron á apagarse los fuegos. En el almacén decreció la rapidez de los disparos. El capitán mandó «¡alto el fuego!» para que su gente tomase algún descanso, si los insurrectos intentaban luego algún asalto, aunque lo probable es que se hubiesen retirado con las primeras luces.

Y se hizo bien claro.

El jefe de la fuerza dispuso un reconocimiento en la manigua.

¡Campo de desolación!... ¡Aquello no era manigua!... Los troncos estaban acribillados á balazos; las ramas cubrían el suelo; algunas pendían de los árboles como miembros tronchados y oscilantes. A través de las anchas hojas agujereadas se veía el sol.

Ni un enemigo muerto.

Ni una gota de sangre.

Había sido la batalla de los cocullos.

—¿Diga usted, Lola, qué son cocullos?

—¡No lo sabe?... En Cuba los verá á millones. Son unas grandes moscas de luz, que cuando van de árbol en árbol suenan como ligeros silbidos.

IX

Las llamas rojean más intensas en Batabanó. Dicen que dieciocho ó veinte bohíos están ardiendo. La fusilería sigue detonando monótona é incesante.

Los soldados expedicionarios duermen en sus hamacas. En la penumbra nocturna contemplo, pecador y meditativo, á la madre y las hijas que se mecen indolentes. La muselina las envuelve vaporosa; por

los hombros vierte su negrura brillante el cabello, y sobre la palidez de los rostros irradian luces los luceros de sus ojos.

Más trémulo y rasgado que un alarido de sufrimiento alza su grito un cornetín de órdenes. Los ánimos se sobrecogen. Cesa su alarma el cornetín, y múltiples cornetas repiten el toque, entrecortadas de rabia. Tocan «¡llamada y á la carrera!». El peligro está próximo.

Se oye extenso estrépito; correr de hombres; crujir de espuelas. Se oyen voces de «¡el enemigo llega!». De un brinco salgo de la casa. Las tres mujeres chillan de espanto; cierran las puertas: otras puertas golpean súbitas. Los soldados saltan alocados de las hamacas; buscan los fusiles; gritan aterrados de sorpresa:

—¡Los insurrectos!

En la calle próxima se oye frenético escapar de gente. Suenan un entusiasta «¡Viva Cuba libre!». Suenan sucesivos disparos.

Por la inmediata esquina desemboca tropel armado: corre desolado, y en la oscuridad de la noche sólo se ve el brillo de los machetes que tiemblan desnudos en sus manos. Una voz grita iracunda:

—¡Nos han sorprendido!

Y yo grito á mi sección:

—¡A formar!

Pero nadie me oye. La confusión aumenta alrededor. Los soldados, en aquel súbito despertar, no saben lo que hacen: unos buscan los fusiles que llevan en la mano; otros no encuentran las cartucheras; éstos se echan acobardados en el quicio de las puertas; aquéllos se arriman trémulos y desencajados á las paredes y no atinan á cargar el Maüser. El arma se conmueve en algunas manos, inmediatas á dispararse sobre el que se acerque. Es el terror pánico de los antiguos.

En la calleja próxima se repite el «¡Viva Cuba libre!», y suenan más detonaciones, que aumentan la confusión. Si en aquel momento se dispara un fusil, el miedo comunicativo los dispara todos, y mutuamente nos fusilamos. Como nadie me escucha en su locura, salgo hasta el centro de la calle y apunto al colgadizo:

—¡A formar, ó hago fuego!

La calma sobreviene poco á poco. Los más tranquilos salen y forman. La sección forma en seguida. Con ella tomo la desembocadura del callejón, y espero la llegada del enemigo.

El desorden continúa calle arriba. El capitán viene alterado, sin saber lo que ocurre. Al ver tomado el camino por donde comenzó la

alarma, se repone; grita á las demás secciones que se tranquilicen y formen.

Todo esto ha ocurrido tan pronto, que las cornetas aún están repitiendo por el pueblo «¡llamada y á la carrera!». A medida que se restablece el orden, forman las demás compañías.

¿Qué había pasado?

Al oír el primer toque impaciente, los soldados dispersos acudían á la carrera en busca de sus compañías. Al pasar por el callejón, un pobre loco se asomó á la ventana, gritó «¡Viva Cuba libre!», y disparó sobre los que pasaban.

X

Hay en el Surgidero seis compañías en expectativa de embarque. Todas están formadas para ir en socorro de Batabanó, y un teniente coronel toma su mando. A la mía le toca de retaguardia. Cuando salimos al campo, las primeras ya han iniciado un rudo fuego por descargas. La noche es negra; sólo se ve arriba el siniestro resplandor del incendio.

Como chacales nos deslizamos por el campo, fino el oído y el arma prevenida. A la izquierda se cimbreaba una oscura masa de árboles. El capitán me dice al oído que despliegue ante la misteriosa manigua. La sección despliega, arrastrándose por las altas yerbas, á cien pasos de la masa confusa. Luego llega el teniente coronel, llamando quedo:

—Comandante de esta fuerza.

Me acerco.

—¡Mucho cuidado con ese frente, porque es muy posible una sorpresa del enemigo! Me han comunicado que su caballería se ha corrido en esta dirección, y no es extraño que den una carga desde ese palmar. Si algo extraño observa, no tema alarmar rompiendo el fuego.

Y termina:

—Retire algo á la gente para que tenga tiempo de agruparse ó formar pelotones, si la caballería carga súbitamente.

El jefe se retira, y yo cumplo sus órdenes.

El fuego se ha generalizado en extensa línea, y por el centro se hace más rápido y empuñado. Las descargas retumban en la noche. Circula

el rumor de que ya hay varias bajas.

Un soldado empieza á sisearme. Me acerco y le veo temblar de miedo.

—¡Ahí está el enemigo! —me dice—. ¡Mírelos fumar!

Presto atención y veo algunos puntos brillantes. El relato de Lola quizá fué la causa de que no tomase á los cocullos por insurrectos.

Las llamas decrecen en Batabanó, y sobre la sombra de los árboles sólo se percibe un fulgor de oro que se amortigua. El fuego enemigo se aleja por la derecha; pero en el centro resuenan más enérgicas las descargas.

Ante mí brillan varios puntos rojizos como cocullos inmóviles. Me acerco:

—¡Bandido; antes muerto de miedo y ahora te pones á fumar!...

—¡Es que me aburría!

—¡Te aburres, y quieres atraer la atención del enemigo!... ¡Tira ese cigarro!... ¡Y vosotros: abajo el cigarro, ú os aplasto la cabeza de un culatazo!

El enemigo se bate en retirada. El incendio se amortigua; pero en el centro continúa más empeñado el combate. De tarde en tarde, una corneta toca tres puntos y manda avanzar. Es la tercera compañía quien se bate con tanto empeño.

Hasta mí llegan alternados rumores... ¿Serán capaces?... Me acerco otra vez á mis soldados, y pronuncio la interjección del sargento Castellá:

—¡Me caso en Dios, y no blasfemo! Si salen diez caballos del palmar no quedamos ni uno para contarlos...

Tendidita sobre la blanda yerba, media sección está durmiendo. Algunos hombres roncan. Vives también ronca.

—¡Pero, Vives!... ¿Usted es el que ha guerreado en todo el mundo?

—¡Calle, hombre!... Como me fui á la Habana no pude dormir anoche, y me caigo de sueño.

—¿Y si los enemigos aparecen?

—¿Qué enemigos?... ¿Pero usted cree que tienen fuerzas para intentar un movimiento envolvente por este lado, á pocos pasos del Surgidero? En todo caso atacarían por el flanco derecho.

¿Habrá sido militar este sujeto?

El fuego enemigo se apaga á lo lejos. Sólo en el centro siguen las descargas atronando la paz de la noche.

El cornetín de órdenes vibra ordenando «¡alto el fuego!». La tercera compañía cesa de disparar. Allí enfrente también suspenden. El cornetín toca primera parte de «asamblea». Una corneta repite lejana el mismo toque. Pasa un rato de quietud. Luego se concentran las seis compañías y volvemos al Surgidero.

La tercera tiene varios heridos.

Se ha batido vigorosamente contra un fortín que á la entrada de Batabanó defienden soldados españoles.

XI

Un barco nos transporta á Júcaro.

Con la tropa sólo vienen seis ú ocho pasajeros. Entre ellos una mestiza de chino y mulata. Es una belleza extraña é inaudita, ondulante y sombría. Su pelo de azabache, corto y ensortijado, descansa en los hombros y forma pomposo marco á un rostro de bronce lustroso. Sus ojos, asiáticos. Sus pómulos, africanos. Su nariz, europea. Es alta y cimbreante. La cintura tenue y quebradiza. Dos curvas firmes y armónicas trazan las caderas con amplitud para recibir é incubar los gérmenes abundantes de una raza misteriosa. Viste al modo europeo, pero con sedas exóticas formando anchas listas de vivos colores. Telas quizás llegadas de Oriente. Los oficiales se le aproximan galantes, y á la primer palabra, ella se yergue elástica en un movimiento que tiene algo de desperezo felino, y se aleja algunos pasos para hincar sus ojos oblicuos en el mar algoso, poblado de cayos. Dicen que es hija de un chino millonario establecido en la isla.

La mestiza se queda en Cienfuegos. Nosotros proseguimos hasta Júcaro. Desembarcamos, comemos y tomamos el tren militar que recorre la trocha.

Un sargento de ingenieros es el jefe. Los vagones rebosan suciedad. La máquina se alimenta con madera cortada en la manigua, que á uno y otro lado del camino se extiende inextricable. La marcha es lenta. A distancias simétricas se alzan campamentos de madera y guano, fuertes y fortines de hierro. La locomotora jadea como un viejo asmático. Un soldado grita:

—Pare la burra, sargento, que se me ha caído el sombrero.

El tren se detiene. El soldado baja, recoge el chapeo y la locomotora vuelve á marchar ansiosamente por medio de bruscos impulsos. Los soldados se divierten:

—¿Vamos á empujarla, tío trenero?

—Coger dos baquetas y hacerla andar á palos.

—No, no; es que tiene hambre. Darle un pienso.

—¡Ya se rinde!... ¡Ya se rinde!...

Se rindió á los pocos kilómetros. De un campamento próximo traen madera astillada; cargan el ténder y alimentan á la máquina.

Cuando el vapor se acumula, suena el silbato, subimos á los vagones y el tren prosigue su fatigoso camino. Ya estamos á la vista del campamento donde nos han destinado, cuando á la señora locomotora vuelven á faltarle los alientos.

—¡Tío trenero; clávele las espuelas á esa burra!

—¡Eso es quejarse de vicio; pues acaba de comer! ¡Palo á esa gandulona!

Empiezan los resoplidos jadeantes, y recomienzan los bruscos impulsos.

—¡Ve usted cómo trota!... ¡Firme con las espuelas!

—¡Bueno!... ¡Basta, que se desboca y toma el camino de la manigua!

Al entrar en el campamento, la locomotora sale de los raíles, y oblicúa hacia la derecha. Como le falta ímpetu se empotra á la segunda ó tercera rodada, y

—¡No hay novedad, mi comandante!

Dicen los capitanes á un jefe que se acerca.

XII

El marqués de Ahumada, inspector general de Infantería, no quiere que las tropas recién llegadas de España operen inmediatamente. Los dos primeros meses de aclimatación han de pasarlos destacadas.

El campamento está formado de largos barracones en esqueleto. Los primeros días nos entretenemos en cubrirlos con hojas de guano y palmera que los soldados traen de la manigua. Hay una gran cantina para abastecernos de lo necesario, y dos criados negros como la media

noche, nos dicen cómo hemos de poner las ramas para que los turbulentos aguaceros tropicales no calen nuestras rústicas moradas.

El capitán y el teniente, que proceden de la Academia, se abonan para comer en la cantina. Los oficiales de la reserva desean ahorrar para la familia, y buscan á un soldado que entienda de cocina. Vives sale al punto:

—Yo entiendo; he sido cocinero en un café.

—¿Usted?

—Sí señor, mi teniente.

—Pues sírvanos de cocinero. Una cosa modestita ¿eh? No queremos gastar más de dos ó tres pesetas cada uno.

—Con ese dinero comerán mejor que en un hotel.

Cuando los oficiales se retiran, Vives coge un ejemplar de *La Lucha*, y se hace un gorro de cocinero.

—¿Pero usted sabe cocinar? —le pregunto.

—No; pero esos oficiales están acostumbrados á mascar garbanzos, y gastándoles poco dinero serán capaces de comer hojas de palmera fritas.

Hay un teniente que es una alhaja:

—¡Procure gastar poquito, Vives!... La carne y el arroz puede tomarlos de la compañía... Un pellizco no hace nada en doscientas veinte plazas... ¿Oye, Vives?

—Si, señor, sí; hace años que me sé la lección... Carne y arroz; fideos y café; patatas y lo que caiga.

—¡No abuse, Vives!... Un pellizco nada más... ¿Oye, Vives?

Vives le ofrece pirámides de platos en que todo anda revuelto. ¡Cosa succulenta! Los postres no tienen fin... Lo que más agrada á los oficiales son unos grandes platos dulcísimos, que acreditan á Vives de insigne repostero. Es inútil pedirle la fórmula, porque ni él mismo la conoce. Raya chocolate, lo revuelve con jalea de guayaba y leche condensada, y lo pone al fuego: Luego empiedra la pasta con trozos de plátano y melocotones en conserva y lo espolvorea con canela. Como no olvida ningún detalle, labra primosoramente aquella oscura substancia, imitando fortines ó tiendas de campaña, y en la cúspide fija un papelito con la bandera de España.

Los oficiales tiran la bandera, y se comen los fuertes.

Al terminar la semana liquidan señores y cocinero. El teniente-alhaja, dice:

—¿Cuánto se ha gastado, Vives?... Como presente una cuenta fabulosa le arranco las orejas... ¿Oye, Vives?... Vamos por partes...

—No he apuntado el gasto diario, mi teniente.

—¡Mal hecho, Vives!... Las cuentas claras y el chocolate espeso... Total...

—Total: diecisiete pesetas.

—¿Cada uno?

—Los dos.

—¡Demonio!... á unos cinco reales diarios. ¡Barato, Vives!... Me parece que abusa usted un poco de la tropa.

—¡No lo crea!... En doscientas veinte plazas...

—Bueno; un pellizco nada más. ¿Oye, Vives? Hay que ser formales y no abusar.

XIII

Vives mejora de día en día el sustento de sus amos. Ahora les lleva ricos vinos; les brinda frascos de anís y ginebra. Cuando van á tomar el café, les sirve una copa de coñac y un buen cigarro. Ellos se admiran porque sus gastos no crecen. Ya no se recatan en decirle que sólo el coñac y el cigarro valen más de cinco reales.

—¿De dónde sacas el dinero, Vives?

El soldado se les burla diciendo que se lo envía la Junta Revolucionaria de Nueva York. Al principio toman á chanza sus palabras; pero al ver que el derroche va en aumento, conciben sospechas. Un día le preguntan:

—¿Pero tú eres insurrecto, Vives?

—Sí señor; antes de ir á España fui ayudante de Lactret; á quien conocía en Polonia.

—¿Y eres cubano ó español?

—Cubano. Pertenezco á los Betancourt.

—¿Por qué nos dices esas cosas? ¿Y si diéramos parte?

—Ustedes son caballeros, y no pueden descubrirme. Sobre que mi misión es de carácter político y no puede hacer daño á la tropa.

Los oficiales miran respetuosamente á Vives, reconociéndole signos de superioridad. El departamento que en el barracón tienen, sólo está

separado del mío por unas ramas, y oigo el diálogo.

—¡Es un desatino inventar esas fábulas! —le grito á Vives cuando nos quedamos solos.

El me contesta riendo:

—¡Son unos infelices!

—Pero pueden comprometerle aunque fíe en su caballeridad.

Me mira desdeñoso, y dice displicente:

—¡Caballeridad!... ¿Quién cree en ella?... Son dos desgraciados que no me harán ningún daño mientras pueda darles de comer por cinco reales.

XIV

Hay en el campamento seis compañías: cuatro expedicionarias y dos veteranas que están descansando. De mañana y tarde salen á machetear en la manigua y dejar más despejado el frente de la trocha. En nuestro barracón sólo quedamos los enfermos, los rancheros, Vives, que hace la comida á sus oficiales, y yo, que llevo la complicada contabilidad de Cuba.

Vives inspecciona de tiempo en tiempo las cazuelas de sus amos. Luego se echa en la hamaca y por sus labios se deslizan, suaves y melancólicos, versos compuestos en lenguas extrañas. A veces alza quejumbrosa la voz modulando guajiras, que el genio tropical parece haber rimado para cantarlas siguiendo el blando compás de la hamaca.

—¡Pronto las ha aprendido, Vives! —le digo abandonando la pluma.

—¡Uf! Hace tiempo que las aprendí.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Ha estado antes?

—Dos veces. Conozco la isla palmo á palmo. Sin tropiezo llegaría á Santiago de Cuba.

Hay detalles que revelan su conocimiento del país: hay otros que demuestran su ignorancia. Todos los días sorprendo contradicciones en su vida, y ni uno pasa en que no ofrezca nuevo aspecto desconcertante. Algo oculta que desea enmarañar para que no le descubran: entre sus

afinidades con los insurrectos y la tragedia íntima, quizás en ésta sea más acertado creer. Ahora está solitario y sombrío, y cualquier suceso le vuelve jovial; unos ratos muestra refinamientos de alma perversa y otros ingenuidades de innato candor; recita demoniaco á Carducci; al que jura conocer, y se queja con Petrarca. De noche vela mucho y fuma más; de día duerme bastante.

Una tarde me pide papel de barba y lo corta en cuartillas. Luego escribe. Llena una; otra después.

—¿Qué hace, Vives?

—Escribo á *Le Journal*.

—¿Puedo leer?

—¿Cómo no!... Es difícil escribir desde este retiro donde no ocurre nada y los ecos de la guerra llegan muy atenuados en las noticias de *La Lucha*.

—Escribe usted muy bien el francés.

—Naturalmente; me he criado en Francia.

No es crónica literaria lo que pergeña, sino una crítica militar en que censura á insurrectos y españoles; más á éstos por la falta de plan que inspira la campaña y por ineptitud en las autoridades superiores.

—Casi voy creyendo que ha sido usted militar.

El sonríe burlón, y rompe las cuartillas.

—¿Por qué no continúa?

—Me siento muy torpe. Mañana escribiré.

Luego me dice:

—He avisado á Rochefort que usted le enviará crónicas.

—Me siento incapaz. Ahora sé de la guerra menos que en España.

—Ya saldrá de aquí y podrá orientarse. ¡Verá cosas!... Espere, que vuelvo en seguida.

Vives se dirige á la cantina, que en pocos días se ha transformado en amplio y bien surtido almacén, y vuelve con una botella de champagne.

—¡Bien cuida á sus oficiales, Vives!

—A ellos lo mismo les da champagne que sidra. Esta es para nosotros.

—Es abominable lo que usted hace. No se contenta saqueándole al dueño jamón, huevos, conservas, licores... Ya se atreve hasta con el champagne... Es robar descaradamente.

—¡No, hombre!... Yo no robo... Digo que lo apunten en mi cuenta.

—¿Y cuándo lo pagará?

—Probablemente nunca; porque la Junta Revolucionaria de Nueva York no es fácil que me remita fondos.

—Eso y robar, es lo mismo.

—Pero cubro las apariencias. En la vida hay que saber cubrir las apariencias. Ahí tiene usted al dueño de la tienda. ¿Quién dirá que no es un digno comerciante? Bueno; pues es un ladrón que se enriquece cubriendo las apariencias. ¿Quién diría que en el suministro de la tropa...?

—¡Vives!...

Apariencia; todo apariencia. Ropa limpia y cuerpo sucio.

XV

Los efectos del clima son tan perceptibles, que la compañía ha enviado ya al hospital más de veinte hombres. Con pasar de mil los que albergan los barracones, falta un médico. Los soldados que llevan el botiquín de sus compañías, son los que reconocen á los enfermos y dan de baja al que, según su parecer, lo necesita. La nuestra fluctúa entre ciento noventa y ciento noventa y cinco plazas en las primeras semanas.

Como cada soldado deja una peseta diaria para comer, con ciento noventa pesetas se hace un rancho excelente, incomparablemente mejor que el de España. La carne es tierna y fresca; el arroz bueno; el pan superior. Aunque malo, se distribuye el vino. Al café de la mañana se añade una buena ración de caña.

Los soldados de las otras compañías ven el trato de la nuestra y se quejan de su inferioridad. Pagan lo mismo, y comen peor. De día en día se degrada su rancho. Algunos pierden los reparos, y vienen á recibir las sobras del nuestro. Hasta el comandante militar del campamento rebaja á su asistente en la compañía á que pertenece, y pide á nuestro capitán que le incluya en rancho.

El general Ahumada, siempre solícito con el soldado, publica una orden disponiendo que los cincuenta céntimos de plus, se inviertan en mejorar la comida de la tropa que se está aclimatando. ¡Cien pesetas más por compañía!

—¿En qué podemos gastar ese dinero? —me pregunta el capitán.

—Es difícil darle aquí buena aplicación. Comen dos platos y nadie se queja de hambre.

—Pero el inspector general exige que el plus se gaste en mejora de la comida. En poblado sería fácil, pero aquí...

—Sirva á la gente un tercer plato.

—¿Y dónde se cocina?

—Aumente la ración del vino, y sustituya la caña por el ron.

Esto es superfluo; pero así se hace durante varios días, añadiendo de postre dulce de guayaba que se adquiere en grandes barras.

Un día oigo al capitán de la séptima disputar quedo con el de la octava (la nuestra forma la octava de Barcelona). Creo que el primero se quejaba del interés excesivo que el último se tomaba por el soldado.

El ron cuesta caro. El dulce es inútil. Se vuelve á la primitiva comida, mejorada con aumento de carne. El capitán forma dos ó tres veces por semana á la compañía, y distribuye algún dinero, diciendo á los soldados que hagan lo que gusten con el resto del plus.

El descontento aumenta en las otras compañías.

Los soldados dicen á media voz cosas terribles. Su rancho empeora, y no les distribuyen ningún dinero. Aquellas compañías disponían de cincuenta ó sesenta duros diarios para comer. Mis cálculos arrojaban unos veintidós en el gasto que hacían, y mis cálculos no erraban ni en dos pesetas. ¿Qué se hacía del resto?... He aquí la explicación:

Un asistente descarado se atrevió á decir al capitán de la séptima:

—En la octava distribuyen dinero. ¿Y nuestro plus, mi capitán?

—El plus ingresará en el fondo de masita, y cuando termine la campaña lo recibiréis con vuestros alcances.

¡Los alcances de Cuba!... ¿Quién ha olvidado su negra historia?

XVI

Los días pasan tranquilos sin sentir rumores de guerra. Sólo por *La lucha* sabemos que hay insurrectos en la isla. Vives se ha vuelto muy triste y dice que se aburre.

—Me voy.

—¿Dónde, Vives?

—Al hospital de Ciego de Avila. Allí podré divertirme.

—¿En el hospital?

—En el pueblo. Ya encontraré modo de salir.

Al siguiente día le dice al practicante que le declare enfermo. Pasa jadeando el tren militar, y sube con otros soldados. Los oficiales sienten mucho la ausencia de su cocinero. Ahora comen peor, y les cuesta más.

El capitán va un día á Ciego de Avila acompañado del furriel. Cuando vuelven al atardecer, me dice el último:

—He visto á Vives: me ha dado recuerdos para usted.

—¿Qué hace?

—Golfea por allí. Gasta mucho dinero; viste buenas ropas y tiene dos novias.

—¿A pares?

—Eso le he dicho; pero asegura que á una sólo la cultiva para ofrecérsela á usted.

—¡Famoso regalo!

Yo también me aburro, y pido permiso al capitán para ir un día á Ciego. El capitán lo solicita del comandante, y una semana después monto en el tren asmático. El hospital está lleno de enfermos hasta no poder recibir más. Faltan las medicinas y sobra la suciedad. Vives duerme.

—¡Las diez de la mañana! —le grito.

Abre los ojos; bosteza; y extendiendo la mano hacia un montón de papeles y periódicos extranjeros que tiene en la mesita de noche, dice como si nos hubiéramos separado la semana antes.

—¡A propósito!... Aquí debo de tener la carta de Rochefort que he recibido en el último correo.

—¡Dejémonos ahora de eso!... Levántese y vamos á la calle. ¿No le da angustia dormir en esta sala que apesta á muerte?

—¡Ah, es la mejor!

Mientras se viste, reparo en su fina ropa interior. El rayadillo es nuevo, ceñido y bien planchado: la guerrera ostenta botones dorados. Las botas son finísimas. Al ponerse el chaleco oigo rumor de oro.

Salimos de la sala y entramos en una oficina. Vives distribuye bromas y buenos días. Luego se despide. Un sargento de sanidad, le dice:

—No trabajas nada, Vives. Tendremos que darte de alta ó prohibir que salgas del establecimiento.

—Bueno; cuando gusten.

Vamos á almorzar.

Luego vamos al café.

Y Vives gasta alegremente.

Y Vives cambia centenes.

—¿De dónde saca tanto dinero, Vives?

—De los muertos.

—No se burle.

—De los muertos. Procuro adelantarme á los sanitarios quitándoles los cintos donde han guardado sus ahorros.

—Eso es abominable.

—¡Psch! Si no soy yo, serán ellos quien los robe. Aun así, suelo llegar tarde; porque antes de cerrar los ojos ya han despojado á muchos.

XVII

Termina el período de aclimatación, y volvemos á Júcaro para reembarcar. En Cienfuegos se nos incorpora el batallón. Los soldados que pertenecieron á Figueras gritan, se buscan, se arrojan en brazos, se besan. Los viejos están escuálidos del mucho operar; sus rostros tienen el color del tabaco; sus trajes, sucios y desgarrados. Son sus ademanes bruscos; fuertes y rudas las voces.

Pasa el primer momento de los saludos y abrazos, y siguen las preguntas en tropel:

—¿Qué hay por España?... ¿Y Sánchez? ¿Y Gómez? ¿Qué se ha hecho del cabo Luis?... ¿Y el teniente coronel, cuándo revienta?

—Allí se quedaron todos... ¿Y mi paisano Roch?

—Murió.

—¿Y el sargento Martínez?

—Murió.

—¿Y Gutiérrez el de la cuarta?

—También murió.

—¿Y García?

—En el hospital con el vómito.

Falta la mitad de la gente conocida. Todos solicitan detalles sobre la muerte de algún pariente ó amigo. Todos se contristan. Todos empiezan á sentir odio profundo por el enemigo.

Este odio ha hecho carne en los que operan. Ni en el separatismo ni en España ven la defensa de una causa superior que los incita á beligerar. Sólo ven en los de en frente, lo que aquéllos ven en éstos: enemigos mortales que les hacen andar de día y velar de noche; enemigos que preparan sorpresas y emboscadas, y causan muertes. Los instintos pretéritos ahogados por los hábitos de la paz, rompen su clausura y renacen hambrientos é irritados anhelando ocasiones de saciarse. Todavía en tiempos de Martínez Campos era la isla vasto escenario de una guerra con visos de culta. La llegada de Weyler rompió todos los frenos que domaban á la bestia, y el espíritu de venganza afiló sus dientes. En el desbordamiento del rencor, los adversarios creen naturalísimo romper á machetazos el cráneo del prisionero. No hablemos de cobardías, que nadie siente; pero el valor sufre el acicate del odio y pierde su mérito. El odio desafía resueltamente al peligro. Voluntarios se ofrecen los hombres para practicar reconocimientos; voluntarios hacen los servicios de flanqueos, y si en las guerrillas hay que cubrir bajas, se disputan el ingreso, porque el riesgo es mayor y el machete ávido del guerrillero tiene más ocasiones de saciarse en sangre.

Hemos llegado al Surgidero de Batabanó, donde embarcamos dos meses antes.

XVIII

El teniente coronel está en el hospital, y un comandante manda el batallón.

Dícese que el capitán general se dispone á combatir personalmente, y que nosotros le acompañaremos. Entretanto, nos ordenan operar en la provincia de la Habana.

Los campos están desgarrados é incultos; las plantaciones abandonadas. Hay grandes montones de ceniza, negros círculos que fueron asiento de bohíos abrasados por el fuego. Si alguno se solapa

entre plátanos ó umbríos bosquecillos, hacia ellos parten como flechas los caballos de la guerrilla, y al poco óyese el áspero chisporroteo del incendio; surgen columnas de humo y la roja cimera de las llamas flota y se retuerce. Percíbense tristes gemidos. ¿Son de maderas que arden, ó de seres que se abrasan?

¿Dónde está el enemigo?

A las puertas mismas de la Habana dicen que hay campamentos insurrectos. O ellos huyen ó nosotros estamos ciegos; porque no los vemos. Cuando el sol declina llegamos al pueblo más próximo, y allí pernoctamos.

Es un deleite el que siento al entrar en poblado. El sol ha caído duro todo el día, y de cuando en cuando una nube se ha condensado rápida sobre nuestras cabezas, y el turbión nos ha calado hasta los huesos.

El cuerpo está rendido y sudoroso. Al entrar por la primer calle viene á envolverlo, como paño suavísimo, un hálito perfumado que fluye por todas partes.

Es viva y anhelante la mirada que penetra en las casas. Con nuestra suciedad y rudos gestos contrastan aquellas pálidas mujeres, lánguidas y ensoñadoras, que allende las rejas se mecen y abanicán, envueltas con telas sutiles que celan para mejor sugerir. Huye el cansancio. La frescura de los rostros y las ondas de perfume acarician los sentidos y despiertan en el pecho áureos mundos, que se asoman confusos á los ojos bañándolos de alegría y de vitales deseos.

Suenan suspiros.

Vuelan besos.

Marte sufre por Venus.

XIX

Las cuentas de la compañía están algo atrasadas. Cuando llegamos á poblado, mi ánimo no está para escribir y hacer números. Los capitanes se quejan y consiguen que se nos permita llevar caballo á los encargados de la contabilidad.

Por cuarenta pesetas compro un montón de huesos envuelto en piel lanosa. Un soldado se acerca para admirar aquel raro bicho; le da un

empujón, y me lo echa á tierra. Ya voy á deshacer el trato viendo tanta endeblez, cuando el amo me disuade muy contristado:

—¡No haga caso, señor sargento! Es un animal de buena casta; pero el pobre tiene hambre.

Fácilmente me persuade de que el animal está hambriento. No hay más que mirar á la cara del dueño para comprender que ambos están á menos de un cuarto de ración.

—Me quedo el caballo. Ahora necesito montura.

El guajiro me promete buscarla. Al rato viene con la única que ha encontrado en el pueblo. Es grande, alta y vieja; pero he de conformarme.

Mi rocín cena aquella noche opíparamente. Por la mañana me mira con ojos agradecidos é inteligentes. Monto en él, y emprendemos la marcha. Al verme con la cartera de los documentos á la espalda, el pantalón á media pierna, el fusil al hombro y en la mano una vara para arrear á mi Bucéfalo, los soldados se descubren respetuosos y con aires de misterio se dicen al oído:

—¡Dejarle paso, que va á la conquista del mundo!

En una de éstas voy á devolverles el saludo que me hacen, y la montura rueda, rueda... Ella rueda hasta quedar colgando de la barriga del jaco, y yo ruedo hasta dar con la cabeza en el suelo. Como la altura no era mucha, el chichón sólo fué regular.

De tiempo en tiempo se para Bucéfalo. Le hostilizo con la vara; inclina la cabeza, y hace esfuerzos por romper aquel encanto que le inmoviliza.

—¡Arre, jaco!...

Parece que sus cascos echan raíces en tierra.

—¡Arre, cuarenta pesetas!...

Nada. Un soldado le ha cogido de la cola, y no le deja marchar.

Por donde paso me acompaña una ovación; pero yo me encojo de hombros, porque voy muy ricamente. Cuando entramos en poblado los demás están rendidos, y yo puedo trabajar.

Bueno, el trabajar es un decir...

XX

...Y la contabilidad de la compañía un pretexto para meterme en todas partes.

El alojamiento se reduce á entregar una calle á cada compañía, y á poner las hamacas en los colgadizos. Desde las alturas de Bucéfalo miro la casa que mejores muchachas tiene, y digo á un soldado que cuelgue mi hamaca, allí, ante la ventana donde ellas se mecen. En seguida me quito la cartera; saco los papeles y empiezo á trabajar sentado en ella. La posición es molesta y harto móvil para escribir mucho. Me quejo... Miro al interior de la casa, donde nunca falta el velador de mármol... Sigo escribiendo, y sigo quejándome.

—¡Imposible!... ¡No se puede trabajar así!... ¿Me permitirían que escribiese un momento en ese velador?

—¡Con mucho gusto! ¡Pase usted!

Entro con el sombrero en la mano (entre paréntesis: desde que llegué á Cuba me he vuelto tan cortés, que hasta para saludar á un negro cimarrón me descubro). Repaso papeles; escribo dos líneas, y soplo:

—Mucho calor, ¿verdad?

—¡Mucho, sí, señor!

(Ya empezamos.)

Escribo otro minuto y vuelvo á soplar.

—Hace mucho calor en Cuba.

—Mucho, sí, señor. En España no hace tanto.

—¡No, cá!... Allí no hace calor... Sí, en verano hace calor; pero no hace tanto como en Cuba.

—No; allí no hace tanto como aquí.

—Si; no, no...

Mutismo. Ellas se balancean. Yo escribo.

—¡No se puede trabajar con tanto calor!... ¡Ah, tienen ustedes piano!

(Los veladores y los pianos son inevitables en las casas cubanas de algún viso.)

—Sí, señor...

—¿Tocan ustedes?

(Empiezo á recoger los papeles.)

—Un poquito. ¿Y usted?

—Yo sólo aprendí el acordeón. ¿Cuál de ustedes va á tocar?

(Terminó el trabajo. Cierro la cartera, y la echo en la hamaca.)

—Mire que tocamos muy mal.

Empieza la fiesta. Cojo una mecedora y me siento entre ellas. Se canta, se baila, se recitan versos... ¡Dulce amistad de algunas horas!

Los oficiales pasan y repasan por la calle como almas en pena: me hacen signos discretos para que los presente en la casa.

¡En seguida!

Les conozco. Sé que ante mujeres se les suben los galones á la cabeza, y que por presumir serían capaces de dejarme corrido, si allí dentro me permitiese tratarlos como á iguales.

Al siguiente día reanudamos las marchas: me bromean porque siempre ando entre faldas, y me creen un don Juan...

¡Ay! Jamás hubo un don Juan tan inofensivo.

XXI

Los periódicos hablan de tiroteos á los trenes y de puentes volados; pero nosotros hemos recorrido tres veces la provincia de La Habana sin encontrar á ningún enemigo.

Combates no empeñamos, pero nuestras bajas son más numerosas que si de las contrarias posiciones llegase el plomo á raudales. Los pueblos se llenan de enfermos que luego envían al hospital más próximo. En poblado sólo quedan los graves. La mayoría tienen que seguir á la columna, amarillos, tiritando, arrojando la fiebre en trozos de manta.

Mi caballo no lo he comprado para mí ni lo sustento para que me sustente. A la segunda hora de jornada tengo que descabargar, y ofrecerlo á un enfermo que le tiemblan las piernas. Frecuentemente lleva dos hombres mi pobre animal. Cuando se han reposado un poco, bajan, y otros enfermos suben. Imitando mi ejemplo, los oficiales también ceden sus cabalgaduras; el capitán nos secunda, y los cinco caballos de la compañía cruzan lentos los campos desgarrados conduciendo amarillas parejas de esqueletos.

Embarcamos doscientos veinte hombres. Quedamos ciento setenta, no todos buenos. El enemigo aún no ha causado una sola baja; pero cincuenta soldados están sufriendo en el abandono de los hospitales.

Algunos ya han muerto.

XXII

Terminó el recorrer los campos en busca de un enemigo-fantasma, que se presiente y no se encuentra.

Las grandes operaciones van á empezar.

Weyler sale de su palacio para batir al enemigo.

Mi batallón recibe orden de concentrarse en Mariel.

En los pueblos de La Habana hemos visto la miseria estampada en las caras; pero un resto de antigua prosperidad anida en aquellas casas, que aún no se atreven á mostrar sus ocultas penurias. Hay que llegar á Mariel para contemplar frente á frente el rigor de la guerra. Ninguna alegría se asoma á los ojos. Sólo reina la dejadez y la muerte. La fiebre amarilla sacude los cuerpos y descarna los rostros; se propaga á los sanos; como cuervo hambriento flota en el espacio, abrasado con calores de hoguera. Los vecinos de Cabañas han recibido orden de concentrarse súbitamente en Mariel, y en su pueblo dejan todo: todo, menos la fiebre que los consume con su fuego lento y amarillo. Llegan en mortal éxodo: los alojan en barracones de guano, al borde de una playa corrompida donde la caballería baña á sus bestias. Las calles están pobladas de idéntica sordidez. En unas calderas cuecen ínfimo rancho y dan de comer al reconcentrado que lo pide. Niñas de diez ó doce años se rinden, inocentes y pasivas, por lo que quieran abonarles.

Formados en la trocha, esperamos, bajo un sol que achicharra, la orden de marchar. Las cornetas tocan *Marcha Real*. Las armas se tercián. Un hombre bajito se acerca rápido. A respetuosa distancia siguen jefes, oficiales, periodistas de Madrid y de La Habana. Por primera vez veo á Morote, risueño, elegante, retorcido el bigote, siguiendo de cerca al capitán general.

Weyler pasa revista á la tropa. Luego vuelve con su comitiva. El general en jefe monta un caballo soberbio.

La columna se pone en marcha.

Los periodistas se quedan.

El caudillo no permite que sean testigos de sus proezas en el interior de la trocha.

Días antes envié una crónica á *L' Intransigeant*.

Me las prometo felices.

XXIII

¡El incendio!

¡Empieza la furia!

Barcelona forma la vanguardia. A la cabeza del batallón va mi compañía. Delante, exploradores.

¡Esos hombres, bronceados y magníficos, que desgarran los flancos del caballo y vuelan por los campos, la barba tremolando al viento, son guerreros de otra edad, ó son bandidos legendarios? Como turba de centauros se arremolinan en torno de los bohíos, echan sus cerillas inflamadas sobre las palmas secas, y el humo brota, y el fuego surge. Execrables y ululantes, se revuelven entre humos y llamas, el machete irritado en la diestra. Huyen, y á porfía rayan los ijares del caballo en busca de otro bohío: huellan plantaciones; destruyen sembrados; se lanzan frenéticos en el verdor de los platanares, decapitando sus cogollos. ¡Son admirables, y son odiosos!... No pudiendo sembrar el campo de sal, Weyler desea que su paso lo muestre su saña. Aquella mandíbula, dura y saliente, no puede mentir. Los que por implacable le enviaron á Cuba, no sufrirán decepción. En esta jornada verán la obra de un Weyler de cuerpo entero.

Ni campo fructífero, ni morada, ni ser viviente.

De trocha adentro todo lo arrasa la furia.

En cuanto alcanza la vista, sólo se observan las trazas del fuego. Los campos arden; los bohíos se derrumban; sobre sus ruinas cabalgan las llamas. A lo largo del camino cien columnas de humo forman una máxima columna que flota entre cielo y tierra, negra, densa, calurosa. No marcha delante, como la que guiaba al caudillo de Israel. Se queda detrás, avergonzada, queriéndose esconder en los repliegues del terreno.

Las lomas del Pinar del Río azulean próximas. Vamos á recorrerlas entrando por el norte. En las primeras estribaciones hay un campamento que los insurrectos ocuparon durante muchos meses. Un gran espacio lo llenan chozas salteadas, minúsculos bohíos hechos de guano. Los alrededores están cultivados. La corneta del capitán general toca alto. Un ayudante viene para que destruyamos el campamento. Los soldados se dispersan, irrumpen en las chozas, recogen tabaco en rama, espigas de maíz, cuanto hay de aprovechable. Luego acercan las cerillas: las hojas tostadas chisporrotean, arden, alzan sus rojas cabelleras retorcidas.

Al cielo suben los humos, y en tierra quedan los ardores.

XXIV

Suena un tiro. Silba una bala.

Luego suenan otros. La guerrilla responde con una carga que llena el espacio de ruido. Allí abajo se repiten las detonaciones; se extiende la línea de fuego; sus balas vienen rumorosas; estallan sobre nuestras cabezas ó se clavan en el suelo, levantando chispas de tierra. Los movimientos de la compañía son torpes y azorados. Las balas llegan en densa granizada, y al pasar rozando las cabezas arrancan á los soldados leves gritos de sorpresa. El capitán grita que se arrojen al suelo, cubriéndose con las espesas matas que pueblan la eminencia, y rompan el fuego. El teniente de Academia que manda la tercera sección, imita á los soldados, y se echa, muy tembloroso, detrás de la tropa. El capitán llega, le reprende; le ordena que vigile de pie á su sección.

La compañía rompe el fuego. Los proyectiles vienen de enfrente cada vez más densos: como secos capirotaos suenan en las hojas; algunas caen. Las balas explosivas estallan con rudo chasquido en el aire, y forman grises estrellas al irradiar sus fragmentos. El general que manda la brigada acude al galope por ser el sitio de más peligro, y su llegada redobla el fuego enemigo, que al verle sobre el caballo reconoce á un jefe superior. Tendidos en el suelo disparan rabiosamente los soldados, sin correr gran riesgo; pero los que hemos de movernos á lo largo de las secciones ofrecemos buen blanco, y las balas nos envuelven, irritadas y sonoras como avispas. La sorpresa ha pasado, y la tropa hace chistes.

—¿Suenan bien, verdad?

—¡Sí; buena música pa'que se la toquen á tu agüela!

Uno grita que tres ó cuatro balas le han rascado la nariz. Otro asegura que le ha pasado una tan cerca, que si alarga la cabeza la coge con los dientes. Me acerco á los que parecían más tímidos y los veo disparar sosegadamente. Hay uno medio tonto que aún se estremece al oír los silbidos.

—¿Cómo va eso? —le pregunto.

—Bastante mal; parece que á mí sólo me apuntan.

—¿Has disparado mucho?

—Sí señor; ya habré matado lo menos diez mambises.

El teniente de la tercera sección se me acerca preguntando si desde mi puesto se ve al enemigo.

—Están muy distantes —le digo.

—¡Como el monte se encuentra por ahí más raso!...

La verdad es que estoy en el sitio de más peligro. ¡Y por cierto que maldita la gracia que me hace!... ¡Con perdón de los bravucones sea dicho!

El oficial saca sus gemelos de campaña y mira á lo lejos.

—¡Por allí los veo moverse!

Conducido por la curiosidad, avanza; separa las ramas que se interponen; sigue avanzando.

Yo le grito:

—Retírese, que corre peligro.

—¡Sí, que los veo; sí!...

Y sigue mirando absorto, sin advertir que las balas silban á su alrededor, chasquean en las ramas próximas, crujen y se aplastan al lado. Sigue avanzando, lento, curioso... Rebasa la línea de fuego... Dos soldados tienen que suspender los disparos para no matarlo.

Llamo al capitán, y le hago un signo para que vea al teniente. Él acude rápido:

—¿Pero quién entiende á este niño que pasaba los días llorando?

En efecto; el joven no había cesado de llorar desde que llegamos á Cuba. Cuando se presentía la inminencia de algún peligro, su pañuelo no bajaba de los ojos. El capitán le voceaba, entre paternal y enfadado:

—¡Es una vergüenza el ejemplo que da usted á los soldados!

Y el teniente contestaba sollozando:

—¡Ay, capitán!... La vida es muy hermosa á los diez y nueve años!

—Y usted muy feo llorando.

—¡Ay, capitán!... Es que no puedo olvidar á mi madre y á mi novia.

¿Qué es el valor, señores?

Apenas hace cinco minutos que este oficial llorón se tendía en el suelo, horrorizado de las balas, y ahora sale á su encuentro, indiferente, curioso de ver á los que le disparan. Desde este momento ya no las teme, y en lo sucesivo hará las marchas silencioso, aburrido: algunos meses después irá á La Habana, se meterá en un coche, y sacando el revólver se pegará un tiro.

¿Qué es el valor, señores?

XXV

El general Weyler llega sin impacencias al paso de su caballo. A pesar de la distancia, quizás le hayan conocido, porque el fuego arrecia. A un metro de mí se detiene, impasible.

—¡Ya escampa! ¡Ya escampa!

Dicen los soldados al recibir el turbión de plomo.

—¡Ya escampa, y caen capuchinos!

El general en jefe los oye, y ni un músculo contrae su rostro duro, rematado por la mandíbula saliente. El fajín rojea entre la guerrera mal cerrada, y ofrece hermoso blanco.

A cada minuto que pasa, la lluvia se hace más nutrida. Una bala me silba tan cerca, que siento su aliento. ¡Alabado sea Dios, y vamos á la otra! La otra se clava en el suelo, y la tierra que levanta me da en la cara. Una rama temblona con la que estoy rozando, cae tronchada. Me santiguo mentalmente, pero la cruz no ha debido de salir bien trazada, por el brusco movimiento de cabeza que he hecho. Instintivamente me paso la mano por la cara para ver dónde estoy herido: me quito el sombrero y palpo la cabeza. ¡Alabado sea Dios!... Malicia sí que traía esta avispa... Con mucho gusto le ofrecería una peseta al capitán general para que me permitiese sentarme en el suelo, detrás de la tropa; pero Su Excelencia está muy entretenido escuchando el fragor que sube por el otro lado del monte donde se bate la columna del general Echagüe, y yo he de entretenerme contando las estrellas que las balas explosivas forman al estallar en torno.

El oficial que manda la guerrilla pasa en busca de la impedimenta. Trae un balazo en el hombro, y la sangre le corre por el pecho. Weyler le habla helado:

—¿Es grave?

—Creo que no, mi general.

—Primer teniente.

—Mi general; voy á ascender por antigüedad.

—Cruz de María Cristina.

Un soldado de mi sección tira el fusil, y salta en un pie insultando al enemigo. El otro pie lo lleva encogido.

Voy á sostenerle, y él sigue gritando:

—¡Pillos, ladrones!... Me lo han deshecho de un balazo.

Por las filas corre el rumor de que hay otras bajas. A retaguardia nuestra, solapada con el monte, se instala la artillería. Los bramidos del cañón retumban por los valles. Sus proyectiles pasan zumbando sobre nuestras cabezas: detonan enfrente levantando columnas de polvo.

Los soldados gritan con júbilo:

—¡La chocolatera! ¡La chocolatera! ¡Firme con la chocolatera!

Y disparan con más brío.

Poco á poco se atenúa el fuego enemigo. Después silencio.

Circula la noticia de que al otro lado del monte ha recibido un balazo en el muslo el general Echagüe.

XXVI

Porque ayer íbamos de vanguardia, hoy formamos la retaguardia.

El cielo está plomizo. La lluvia destila desde que amaneció como un llanto silencioso. Las cornetas resuenan en la mate palidez de la mañana. La columna se pone lentamente en marcha.

Cada soldado lleva un pedazo de hule abierto por el centro. Puesto al modo de casulla nos preservamos del agua, que aumenta á compás que avanza el día. Bajo el hule, se arropan los enfermos con las mantas, y siguen adelante, amarillos y temblorosos.

Nuestro camino es una vereda. Por ella subimos á los montes y nos precipitamos en los valles. El agua cae con mayor porfía, azotando rostros y calando hules. A la derecha, manigua espesa; á la izquierda, espesa manigua. Sólo á trechos se ve el cielo, oscuro y llorón. Lianas y bejucos se enroscan á los árboles gigantescos y trenzan sus ramas, formando sobre nuestras cabezas verde bóveda, que no puede preservarnos de la lluvia. A las diez, desciende furibunda el agua: nos corre por el cuerpo y nos ahoga de rabia. Los enfermos castañetean de fiebre y frío, se les doblan las piernas y van cayendo boca abajo. Sólo la lentitud de la marcha permite que los sanos puedan acudir en su

socorro y ofrecerles un brazo. Con cuarenta y un grados de fiebre, descarnados, moribundos, caminan los hombres, atónitos, recibiendo en la espalda ríos de agua helada. Algunos ya no pueden más, y quedan á orillas de la vereda para que la impedimenta los recoja.

A las dos de la tarde no se ve el cielo. Como densa cortina lo cubre la lluvia. ¿Es el trueno ó es el cañón lo que á lo lejos retumba? Los montes se empinan más, y por los valles corre el agua torrentosa. La vereda se hace tan resbaladiza, que ahora es imposible subirla á pie firme. Los hules estorban y se tiran; las mantas empapadas se tiran porque pesan y estorban. Con el fusil puesto en banderola subimos gateando, agarrados con todas las uñas á las matas que bordean la vereda, las rodillas en tierra. Si alguno se desafianza, pronto resbala monte abajo arrastrando á otros que trepan, hasta que todos juntos se empujan y se resisten. La ascensión de las bestias es otro trabajo épico. Sólo sé cómo sube la mía. Sus riendas las llevo en la boca para cogermé con las manos á las matas. El animal sopla y humea; hinca los cascos en el lodo resbaladizo; hinca el hocico, y haciendo esfuerzos que brotan de su pecho, roncós cual el resoplo de una fragua, da un paso, cae, se levanta, se resbala. Y no se oyen más que alientos jadeantes; quejas revueltas con juramentos; maldiciones contra el cielo y contra la tierra, contra lo divino y contra lo humano. ¿Qué suena á lo lejos, la artillería ó el trueno? El trueno debe ser, pues el enemigo pronto nos aplastaría si quisiera oponerse. Un soldado dice:

—¡Si los insurrectos estuvieran aquí apostados!...

No concluye porque el temor sin duda le sobrecoge.

No. De seguro que el enemigo no está por allí. A estas horas nos habría destrozado impunemente. Compacta y misteriosa, surge la manigua á derecha é izquierda, virgen, gigantesca, impenetrable. Una docena de hombres en acecho no necesitarían mejores Termópilas para matarnos uno á uno, á quemarropa ó á machetazos, sin podernos valer de los fusiles en la estrechez de la senda escurridiza que nos lanzaría en montones al barranco, si las manos abandonasen las ramas.

El descenso no es menos peligroso que la ascensión. La cuesta se precipita rápida. Abajo ruedan hinchados los torrentes. Por perspectiva surge otro monte más alto. El cielo, más invisible con la cortina del aguacero. Oigo una voz que me grita:

—¡Deje ese caballo, Ciges!

Es un oficial quien me advierte.

—¡Que se van á matar los dos!

—¿Y el suyo? —le digo.

—Hace tiempo que se me inutilizó.

Miro compasivo al mío para darle un último adiós. ¡Pobre animal, tan flojo que parecía! Tiene las narices dilatadas; por la boca despide espuma; sus pelos humean. Hace colosales esfuerzos por sostenerse en la pendiente; cae sobre el trasero; sacude la cabeza con los ojos relampagueando de locura; y, cuando va rodar, sopla, se retuerce, se tercia instintivamente en la vereda, y las malezas le retienen.

—¡Suelte ese caballo, Ciges!

—¡No lo suelto, aunque nos despeñemos juntos!

Llegamos al valle angosto.

La corriente pasa rugiendo.

¿Descalzarnos?... ¿Para qué, si no podemos empaparnos más?

Mi caballo pasa delante, yo me cojo de la cola, y formando cadena con las manos, pasa toda la sección, el agua hasta la cintura.

Y empieza dolorosa una nueva ascensión.

—¿Qué es de los enfermos? —pregunto.

Algunos han seguido á la columna, atónitos, inconscientes, rodando por el barro é invocando á la muerte. Otros han quedado tendidos en la senda para que los demás pasen sobre sus cuerpos.

Llega la noche.

La lluvia sigue azotando los rostros y redoblando en la selva fantástica. A lo lejos se ven luces: en torno nuestro sombras, y abismos. La desesperación los desprecia. Los hombres ruedan: ruedan y llegarían hasta el torrente que abajo muge si otros cuerpos atravesados en el camino no los detuviesen. Una maldición, ó toda una serie de las peores, dice dónde ha parado el cuerpo que bajaba. Mi caballo sigue bufando y revolviéndose; cae y se endereza. Los tirones de las riendas le desgarran la boca. Unas veces me apoyo en él y otras se apoya en mí para no caer.

Sigue diluviando.

Las luces se ven más cerca, y dan al monte aspecto fantástico.

Ya subimos.

Los soldados han hecho el milagro de encender hogueras, y, sobre ellas echan cargas de leña mojada que envuelven la montaña en un remolino de humo.

¿Pasar lista?... Imposible... Nadie sabe dónde está el amigo.

A media noche empieza á llegar la impedimenta con la comida mojada.

No se come.

¡Buena jornada, vive Cristo!

XXVII

Sigue el aguacero.

El camino es bastante escabroso; pero más accesible. Las lluvias han empapado la menestra, y algunos sacos se han perdido al pasar los arroyos. Hay que arreglarse con las tres raciones de etapa que nos dieron en Mariel. Algunos ya las han comido; otros, más imprevisores, las tiraron al comenzar las marchas por Pinar del Río. Hay quien aún las conserva, aunque el agua las ha mojado. Aquellas galletas mohosas, empiezan á inspirar grandes envidias. Ya hay oficial hambriento que las paga á cincuenta céntimos.

En una maleta insignificante que ato á la grupa de mi caballo, llevo íntegras mis tres raciones. Al segundo día de escasez me pagan á dos pesetas la galleta. Al tercero me ofrecen un duro. ¡Es inútil! Ni las doy ni las vendo. Cuando la columna se detiene, tomo una: regalo la mitad al caballo y me como la otra mitad con un trozo de tocino crudo.

Unos dicen envidiosos viendo comer al animal:

—¡Quién fuese caballo!...

Otros piensan más remotamente, y mirando por encima de los montes, exclaman:

—¡Esa Administración Militar!... ¡Con una Administración Militar semejante, cualquier ejército puede ir tranquilo á la conquista del cielo!

Las galletas se acaban. Lo que no se acaba nunca es la marcha al través de los montes, extenuados los cuerpos, plagada la columna de enfermos y de sanos en vísperas de enfermar. En vísperas: esto es, no tener más de treinta y nueve grados de fiebre.

A los tumultuosos aguaceros que en pocos minutos se condensan en aquellas alturas sigue un sol ardiente que seca la ropa sobre nuestros cuerpos agotados. Asoman los primeros piojos.

De tarde en tarde suena tiroteo en la vanguardia; pero la columna pocas veces suspende su marcha. El enemigo opone poca resistencia.

Hace bien. Para diezmarnos, sobran el sol, las lluvias y la Administración Militar, que nunca llega en nuestro auxilio.

Las compañías, antes tan nutridas, se aclaran velozmente. Al terminar cada jornada, se pasa lista, lápiz en mano, y todo es hacer cruces en el margen. Faltan hombres. ¿Qué se han hecho?

—Fulano se fué rezagado á las diez de la mañana —dice un amigo.

—A Zutano le vi tirarse al lado del camino —exclama otro.

—Pues yo vi á Perengano que se quedó como muerto.

Algunos se incorporan por la noche, cuando la impedimenta llega. Otros reaparecen, andando el tiempo, en los hospitales. De algunos nada se supo.

XXVIII

No quedan vestigios de galleta.

Las horas pasan crueles. Dicen que los insurrectos abren las hojas de las palmeras y se comen la pulpa. Los soldados observan su ejemplo; pero aquello no alimenta.

—¡Y esa Administración Militar!...

Las lluvias torrenciales habrán hecho difícil el servicio; pero también ha llovido para nosotros y hemos llegado —hambrientos, desesperados, arañando en el barro para trepar á las alturas, y rodando para llegar á los valles— a estas entrañas de la sierra, donde sólo se ve manigua y cielo, piojos y enfermos.

¡Por fin!

Aquí viene un convoy.

Yo soy de los que más han comido, y hace treinta y ocho horas que no cato nada.

Todo llega mojado.

Todo incompleto.

Se encienden hogueras.

Se ponen al fuego los calderos, y luego comemos furiosos.

Comemos arroz hervido.

El convoy sólo ha traído raciones de maíz para las plazas reglamentarias. Los demás animales no pueden comer. El poco arroz que ha sobrado en los calderos lo reúno para mi caballo. Los oficiales

me ven, y ordenan á sus asistentes que lleven las sobras para los suyos. Me las disputan.

—Este arroz es de la compañía —les grito.

—Pues los tenientes lo quieren para sus caballos.

—Que le pregunten á la tropa si prefieren darlo á ellos ó á mí.

Un asistente más atrevido coge el caldero, y vocea envalentonado porque los oficiales le ven:

—Bueno; mi amo me ha dicho...

Le doy dos puntapiés y le arranco irritado el caldero:

—Dile á tu amo que venga por otros dos.

Y le entrego la comida á Bucéfalo. Al principio la rechaza. Luego la come con fruición.

XXIX

Ya no volvemos á sufrir las acometidas del hambre durante cuarenta y ocho horas. Ahora es un hambre moderada; prudentita. Hambre «lenta, pero continua», que á los diez ó doce días ya no se siente, aunque es fácil reconocerla en nuestros cuerpos escuálidos. El pan ha desertado; la galleta mohosa es nuestra amiga.

El general Weyler ha ordenado que las reses cazadas en el camino se distribuyan equitativamente entre los batallones que forman la columna. Frecuentemente, las reses son menos que los cuerpos y no hay para empezar. También ha dispuesto que antes de romper la marcha se fría carne y entregue una tajada al soldado para que la coma al comediarse la jornada. El general en jefe es tan celoso en este punto, que todos los días pregunta:

—¿Se ha repartido la tajada?

Los soldados prudentes la guardan en su macuto; otros dicen al recibirla:

—¡Oh, qué chica me ha tocado!... Bueno; me la guardaré entre los dientes.

Y se la meten en la boca. ¡Derrochadores!

Nosotros no comemos; pero otros comen en nosotros. El parasitismo se convierte en plaga. Desde que anduvimos por la provincia de La Habana, llevamos con la misma ropa. Estamos sucios, andrajosos,

embarrados. Los primeros días irrita el mordisqueo de los piojos. Después nadie hace caso... ¡todo es acostumbrarse!... algún soldado les habla desdeñoso.

—¡Buenos banquetes os dáis, ladrones!... Aprovechaos, porque el tiempo de los piojos gordos sólo durará hasta que el general Tajada nos saque de estos andurriales.

¡Se les desprecia!

Una tarde vamos á acampar. Aún es de día. El capitán general está sentado en una silla, encontrada en algún bohío ó campamento insurrecto. Vemos que se lleva á los labios una pequeña cantimplora y toma un sorbo de ron. Luego la cuelga en la silla... Después, ¡zas!... Su mano cae en el cuello, rebusca, y se retira con el índice y el pulgar unidos. El marqués de Tenerife mira olímpicamente y ¡allá va eso! Su generalísimo orgullo le perdona. Si el enemigo no es tan baladí, no lo mata: lo fusila.

XXX

¿Y los enfermos?

Dicen que los convoyes se encargan de sacarlos á campo llano para que luego los remitan al hospital. Las caballerías no pueden conducir á todos los que la fiebre extenua. Los menos graves y los más sufridos siguen á la columna, temblorosos y tapados.

El roce con la manigua ha desgarrado las ropas, y el roce con las peñas ha desgastado los zapatos. Las carnes se van exhibiendo al través de grandes desgarrones, y los pies se van liando con las tiras de la ropa colgante. Nadie sabe el día del mes en que estamos. Las jornadas se han continuado, y hemos perdido la cuenta de los soles.

Gracias al pobre caballo he conservado hamaca, hule y manta. Por la noche cuelgo mi móvil lecho en dos árboles, pongo encima un cordel tirante y me cubro con el hule —al modo de camilla— para no recibir el húmedo relente ni la luz de la Luna.

Sin negar la influencia que en los climas tropicales ejerce Diana trashumante, nunca creí en las malas jugadas de que los indígenas la acusan.

Pero sucedió que cierta noche puso su hamaca al lado de la mía un sargento de otro batallón. El cansancio y el sueño nos rindieron pronto. Antes de que el alba apuntase, despertónos el canto de las cornetas. Descorro el hule, salto fuera y empiezo á desatar la hamaca. El otro sargento se incorpora en la suya, mira al cielo, y me dice:

—Muy temprano han tocado.

—Muy temprano, sí señor.

—Media noche será.

—Más, mucho más. No puede tardar el amanecer.

—¡Buen día se nos espera!

—¿Por qué?

—¿Pues no ve que está nublado?

—Está completamente raso.

—Sí; como la boca de un lobo.

—¿Se burla usted, mi amigo?

—¡Ya veo que se ha levantado usted de buen humor!

Los rancheros reavivan los fuegos de la noche para freír la tajada. Las primeras luces de la aurora visten de palidez los montes. Mi vecino palpa trémulo entre las ramas para desatar su hamaca.

—¿Pero qué le sucede, amigo?

—O estamos á media noche, ó yo no veo.

—Pues el día llega.

—¿Habla usted en serio?

—En serio hablo.

—¡Madre mía, me he quedado ciego!

XXXI

Entre aquellas escabrosidades y malezas, sólo comen los guerrilleros. Como marchan al frente jinetes trotones, suelen encontrar algo que digerir en los campamentos ó bohíos abandonados por el enemigo. La yuca y el boniato, cuando menos, jamás les faltan.

Un día va mi batallón de vanguardia. Como la columna desfila lentamente, hombre tras hombre, la cabeza tiene que hacer alto á media tarde para que la retaguardia no acampe bien entrada la noche.

Acampamos, y saco mi ración para comerla con el pobre caballo, á quien trato como si fuese mi hijo —¡perdón mis futuros nenes!— tanto más querido cuanto más feo. Otros de más vistosa estampa se han quedado en el camino; pero él sigue silencioso, prudentísimo...

—¡Toma, Bucéfalo!... Una galleta para ti y otra para mí.

Un guerrillero se acerca, mira á mi compañero, y exclama:

—¿«Esto» ha podido resistir las lomas?

—«Esto» resistirá toda la campaña, y apuesto las cuarenta pesetas que me ha costado, á que no hay otro en la columna que resista más.

—Pero entendámonos: ¿él lo lleva á usted, ó usted lo lleva á él?

—Nos llevamos.

—¡Ah!

Condolido de nuestra triste miseria, me dice el sargento de guerrilleros.

—Tire esa galleta y véngase con su jaco, si quieren comer.

Los ojos se me humedecen de gratitud, y miro á mi colega como puede mirar un hombre que, durante muchos días, sufre hambre «lenta, pero continua».

El guerrillero prosigue:

—Nos están haciendo un caldero que va á dar el opio.

—¿De veras?... ¡Ay, acepto!... Acepto con toda la fuerza de mi apetito. Ya he perdido hasta la memoria de los calderos.

—¡Arroz con liebre!

—¿Con liebre ha dicho?...

—¡Chitón!... ¡Que no le oigan, por su madre! Ya se han enterado tres oficiales de la primera, y no podemos quitárnoslos de encima... ¡Una liebre como un perro!

—¡Vaya un banquete en lo alto de la montaña!

—¡Como un perro, chico! La hemos cazado poco antes de acampar. La pobre se agazapó amedrentada entre dos piedras al verse rodeada de caballos. ¡Como un perro, chico!

—¡Vamos á verla en seguida!

—Está ya cociendo.

—¡A comerla, quiero decir!

Bucéfalo nos sigue. Cuando llegamos donde acampa la guerrilla, le ponemos entre los caballos, y sin saludos ni cumplidos se enreda á comer campechanamente. Un vecino se escandaliza de tanta licencia y

le muerde: él empina las orejas velludas, alza las patas traseras y, ¡zas!... ¡Bien, Bucéfalo; sigue comiendo, hijo mio!

Son cuatro sargentos magníficos, fieros como bandidos, varoniles como conquistadores. Viéndolos, se siente desprecio por los que se acicalan y pulen. El sol ha curtido sus rostros enérgicos y las negras barbas caen revueltas y más gallardas que cuando las doman peines y pomadas. Hablan fuerte; miran recto, y en todas sus actitudes se observa la desenvoltura de la resolución. Anchas y lustrosas polainas cubren sus piernas; las espuelas crujen fuerte, y un ancho machete ciñen al costado. De bandidos legendarios y de conquistadores ariscos les da aire el gran chapeo que les cubre: altas las alas por delante, gentilmente colgando por detrás.

Antes de servirse la comida fenecen dos cantimploras de caña. Un soldado nos presenta luego el gran caldero que trasciende á gloria. Nuestro pan es sabroso boniato. El arroz está riquísimo; la liebre, insuperable. Sentados en ronda, comemos alegres, sin pensar en enfermedades ni muertes. Cuando uno hinca su cuchara en el promontorio de arroz, todas las cucharas caen á la funerala... ¡Nadie toque al caldero!... ¡A beber!... La cantimplora pasa de mano en mano, y cuando todos hemos bebido, el primero retira llena su cuchara, y los demás acercamos la nuestra. En el primer tercio de la comida quedan secas las cuatro cantimploras. Un guerrillero las rellena.

—¿Se puede saber en qué tienda se proveen ustedes? —les pregunto.

—Los insurrectos han tenido la bondad de dejarnos un garrafón en un bohío abandonado.

¡Famosos guerrilleros!... ¿Pues no me han emborrachado á mitad de la comida?... ¡Claro; tantos días con hambre «lenta, pero continua», me tienen tan débil, que al décimo toque de la cantimplora!...

—¿Cómo está la liebre, Ciges?

—Superior.

—¡Me parece que tenemos buena mano para guisar!

—Divina. No es posible comer tan bien en ningún hotel del universo. Un poco picante...

—A propósito para beber.

—¡Pues venga la cantimplora!

—¡Vaya la cantimplora!

Bueno; yo no las tengo muy cabales; pero conste que los guerrilleros no están mejor.

Luego fumamos. En seguida bebemos. Después volvemos á beber. Después...

Los montes están locos. Les ha dado por brincar y dar vueltas. ¡Soh!... Nada; siguen girando tan tontos y monótonos, que es preciso cerrar los ojos y echarse á dormir.

Al otro día:

Un teniente.— ¿Qué tal el gato, Ciges?

Un servidor.— ¿Qué gato?

Teniente.— El que comieron ayer.

Servidor.— Era arroz con liebre.

Teniente.— Era arroz con gato.

Servidor.— ¡No me lo diga!

Teniente.— ¿Estaba malo?

Servidor.— Al contrario.

Teniente.— ¡Pues no haga!... ¡Quién hubiese caído por allí!

XXXII

Quizás no pase de quince días que entramos en las lomas de Pinar del Río; pero han sido de tanta duración que bien pudiéramos contarlos por semanas.

Una madrugada rompemos la marcha, y al poco, desembocamos en una cañada que divide la sierra en dos mitades. Allí nos detenemos buen espacio.

Algunos soldados se muestran entre las rocas escarpadas, allá muy alto. Están más sucios y andrajosos que nosotros, y vistos desde la cañada parecen fieras ó salvajes, trepando por las rocas. En el punto más eminente asoma un coronel. Saluda y grita:

—¡No hay novedad, mi general!

Y su voz retumba en las oquedades.

—¿Qué fuerza es ésa? —nos preguntamos. Es la fuerza que manda cierto pobre coronel, condenado á operar incesantemente en aquellos peligrosos lugares. Dicen que tuvo un descuido, y los separatistas le machetearon casi toda la guerrilla al empezar la campaña: veintiocho ó

treinta hombres muertos en una emboscada. Para purgar su pecado, lanzáronle por las lomas muchos meses antes de iniciarse las grandes operaciones. De ningún jefe publicó la prensa tantas partes de fuegos sostenidos con los adversarios. Sus compañeros iban ascendiendo al generalato, y él subsistía relegado, solitario entre maniguas y breñales, peleando noche y día.

—¡No hay novedad, mi general!

Bajo las anchas alas del sombrero, distínguese, en el más alto picacho, los trazos fuertes de un rostro negruzco que el sol diseca. La barba le cuelga inculta, y su traje tiene el color de las pizarras donde se yergue.

La columna se pone en movimiento, cañada adelante. Circula la noticia de que vamos en busca de la llanura. Y allí, sobre las rocas escarpadas, se queda el coronel castigado, saludándonos con su sombrero, él y su gente.

En las postrimerías de la guerra, el sufrido jefe ascendió á general. Perseverar en el castigo hubiese sido una injusticia más que añadir á las infinitas de aquella campaña.

XXXIII

A las nueve llegamos á Candelaria.

Se rompe filas, y los soldados toman por asalto las casas de comida.

Antes que de mí, cuido de Bucéfalo. En un establecimiento próximo compro buena ración de maíz, y se la ofrezco amorosamente.

¿Y yo?

Las casas próximas —tiendas ó «bodegas»— están invadidas de soldados que beben café y compran conservas. No hay ni un asiento vacío. Mohíno y temeroso de no poder comer á vista de la comida, me dirijo hacia las calles más apartadas, hasta que encuentro una casa. Un negro, más negro que mi hambre, me recibe.

—¿Qué hay de comer, Pancho?

—Nada, señor sargento. Hasta las once no se almuerza en Candelaria.

¡Dios mío!... ¿Y si tocan «llamada» antes de las once?

—¿Qué podré tomar ahora, Pancho?

—Café, señor sargento.

—¿Y pan, hay?

—Pan y manteca, señor sargento.

—Sírvenme pronto, Pancho.

Cuando termino la primer taza, observo con sentimiento que aún hay medio pan en la mesa y bastante manteca en la lata.

—¡Pancho, otra tacita!

El negro me la sirve sin gran presura.

—¿Hay hambre, señor sargento?

—Bastante, Pancho. Dame la tercer taza.

El africano me la sirve diciendo:

—¡Que no comerá luego, señor sargento!

—La última, moreno. Este café está muy rico... Y la manteca también... Y el pan también está muy rico... ¡Vaya, Pancho!... ¿A las once, verdad?

—A las once, señor sargento.

Cuando llego al lado de Bucéfalo, veo con gusto que ya está entonando el *Requiescant* á su pienso. Su barriga, arrugada como una corambre vacía, empieza á ensancharse. Entro en la tienda próxima y compro otra ración de maíz.

—¡Desquitémonos hoy del hambre pasada, Bucéfalo!

¡Qué alegría al oír que no saldremos de Candelaria hasta las tres de la tarde! ¡Qué tristeza al notar que mi ligero desayuno de un pan y cuatro tazas de café se ha llevado mi hambre! ¿Por qué no resistí antes para obsequiarme ahora con un banquete pantagruélico?

XXXIV

¿Qué hay de comer, Pancho?

—Carne entomatada, señor sargento.

—¡Demonio de tomates!... ¿Qué más Pancho?

—Huevos, señor sargento.

—Dame huevos.

—¿Dos, señor sargento?

—Dos ó tres... Dame cuatro para que sean pares.

Mientras como los huevos, va entrando gente. Pancho se confunde, porque jamás sirvió á tantos, y ruega á los dueños que vaya alguien en su ayuda.

—¿Qué más hay, Pancho?

—Carne entomatada, señor sargento.

—¿Otra vez?... Dame carne entomatada.

Siguen llegando soldados. El negro ya no sabe á quién atender. Da vueltas confuso; entra en la cocina, y sale ofreciendo los platos al primero que encuentra.

—¡Pancho!... ¡Pancho!... ¿Qué más hay?

—Huevos, señor sargento.

La casa tiene dos mesas, que están llenas de hombres que golpean impacientes, gritan, se irritan... Pancho suda betún, y mira trastornado sin saber lo que le piden.

—¡Pancho!... ¡Pancho!... ¿Qué más tienes?

—Carne entomatada, señor sargento.

—Dame carne entomatada hasta entomatarme.

¡Qué cosa tan rara! ¡Pues no se me despierta el apetito á medida que como!

La casa se llena de humo y olor de aceite quemado, que suscita fuertes toses. Los soldados chillan, se irritan, se van sin pagar. Otros ocupan sus puestos. Pancho amontona ante mí los platos que vació. Durante los largos intervalos de espera me entretengo en hacerlos rodar por la mesa.

—¡Pancho!... ¡Negrazo!... ¡Panchooo!... ¿Qué más hay?

—Carne entomatada, señor sargento.

—Para ti. Pregunta si hay otra cosa.

Pasa tiempo, y el negro sigue dando vueltas como alma en pena.

—¡Pancho, que te pego un tiro!... ¿Qué hay de comer?

—Acaban de traer riñones.

—¡Por ellos corriendo, Pancho!

Media hora después me los sirve en una pieza, sangrando; pero no es momento de quejarse.

La gente sigue arremolinándose y pidiendo á voces que le sirvan de comer. En socorro del negro llega un blanco, que no por serlo muestra más diligencia.

—Pancho, ¿qué más hay?

—Huevos, señor sargento.

—¿Carne entomatada también tendrás?

—También, señor sargento.

—Bueno; sírvesela á tu buena mamá. Pregunta en la cocina qué más hay.

Pancho vuelve á los diez minutos muy agobiado.

—Dicen que hay riñones.

—¡Malditos sean los tuyos!... Dame, jamón crudo.

Los dos camareros están próximos á llorar, porque todos les piden y no saben á quién atender. La gente sigue llegando en grupos, impaciente y hambrienta. Dos horas hace que entré en la tienda, y aún no han podido servirme con formalidad. Consulto mi apetito, y observo que se aquieta mientras como; pero las esperas son tan largas, que en el camino renace.

—Pancho, ¿qué más hay?

—Carne entomatada, señor sargento.

—¡Todo sea por Dios!...

—También hay riñones.

—Hombre, pues no lo sabía...

—Los han traído ahora mismo.

—Bueno; tráeme otra ración. ¡En seguida, eh!...

Es desesperante la parsimonia con que en Cuba sirven blancos y negros. No pidáis allí la febril actividad de los pueblos europeos. Sólo conseguiréis que el camarero se turbe más, y os desespere.

—¡Pancho!... ¡Panchooo!... ¿Qué más tienes?

—¡Pues hay!... ¡Hay!...

—Riñones, ¿verdad?

—Sí, señor; pero ya ha comido riñones. ¡Acuérdese, señor sargento!

—¿Estás seguro, Pancho?

—Me parece que sí, señor sargento.

—¿Y qué más tienes?

—Carne entomatada.

—¡Hombre, muy bien!... ¡Eso debe de ser cosa buena, Pancho!

—¡Muy rica, señor sargento! ¿Quiere una ración?

—¡Mira, Pancho, que te pego un tiro!... Marcha á la cocina y pregunta si hay algo que no sea carne entomatada ni riñones crudos. ¡De frente!... ¡Mar!

Larga demora.

Me entretengo arrojando platos por la mesa.

Pancho llega.

—Dicen que hay riñones, huevos y sesos.

—Trotta, Pancho. Dí que me sirvan una ración de sesos y huevos.

—Está bien, señor sargento. Una ración de huevos y otra de sesos.

—¡No; una sola!

—¿De qué?

—Sesos y huevos revueltos... ¡Pancho, que pereces!

Luego pido queso; una lata de melocotones; jalea de guayaba; café; tabaco... Como las cuatro tacitas de la mañana, el pan y la manteca me habían quitado el apetito, sólo he podido comer siete platos de alguna sustancia, cinco postres y un frasco de cerveza Glasgow.

—¡Pancho!... ¡Negrazooo!... ¡Panchitooo!... ¡Que me voy sin pagarte!

—¿Qué se le ofrece, señor sargento?

—Cuánto te debo.

Pancho mira á la mesa; se rasca la cerviz, y se sume en honda meditación aritmética.

—Cuarenta y dos centavos, señor sargento.

—¿Cuánto, Pancho?... Tú estás loco.

—No le cobro de más, señor sargento. ¡Por mi madre!

—Repasa la cuenta, Pancho... ¡Dos pesetas y diez céntimos!... No puede ser.

Pancho vuelve á contar.

—¡Que me muera si le engaño, señor sargento!... Cuarenta y dos centavos.

—¡Hombre; eso es muy poco!

—Nosotros vendemos muy barato, señor sargento. Más barato que nadie en el mundo.

—¡Bueno, bueno!... Toma, y en paz.

Luego me entero del engaño. El negro liquidaba por los platos amontonados ante el consumidor, y como yo los tiraba todos...

XXXIV^[5]

Mientras que los sanos comemos y alborotamos, los enfermos han colgado sus hamacas en los cobertizos y echádose en ellas. Toca la corneta á reconocimiento, y los hombres amarillos van á donde el

médico espera. Van espectrales, envueltos en sus mantas, tiritando, como si sobre ellos soplasen vientos polares. El médico reconoce su gravedad; pero no se atreve á dar de baja tantos hombres. ¡Pudieran reprenderle! Unos se retiran sufridos, castañeteando los dientes y dispuestos á seguir la columna hasta caer aplastados. Otros protestan, se niegan á continuar las marchas mortales, seguros de que sus fuerzas no podrán sostenerles. Y aún esperan los que no han podido alzarse de las hamacas. Y aún hay oficiales que esperan la visita del médico para que los envíe al hospital...

De Candelaria salimos muy mermados, y volvemos á las lomas custodiando un convoy. Luego marcha el capitán general á La Habana.

Mientras vuelve, se nos incorporan algunos enfermos que estuvieron en los hospitales de Ciego de Avila, Matanzas y Santa Clara. Cuentan horrores. Hablan de cadáveres despojados; de la escasa asistencia; de los polvos de patatas administrados por quinina. Todos se quejan de todo: los enfermos, de los enfermos; los sanitarios, del excesivo servicio; los médicos, de que no se les dan medicinas. Los establecimientos no pueden recibir á tanto enfermo. Los que provisionalmente se crean, llénanse pronto. En aquel desorden, la administración funciona mal; las responsabilidades no pueden hacerse efectivas; el sentimiento del deber se anula... De España siguen llegando hombres sanos; el clima los quebranta y el hospital se encarga de pudrirlos y enterrarlos, ó de trasladarlos á los barcos de la Trasatlántica para que siembre con ellos el mar ó los lance moribundos en los muelles nacionales.

Esto lo ve España, pero más patriota que Italia en Abisinia, calla y no protesta. ¡Oh, virtud del patriotismo! Sabe lo que en Cuba y Filipinas sucede y, más valiente que Italia, sigue enviado soldados, que no se atreven á desertar como los soldados italianos.

¡País incomparable!... Tiene políticos que, deseando servir á su pueblo, van á París, conferencian con Betances y lloran como Boabdil al saber que Cuba está perdida para España. Lloran, pero callan. Van á Cuba, contemplan la ruina del poderío español, y no hacen nada por ahorrar dinero y sangre. «¡Hasta el último hombre y la última peseta!» Esta es la consigna, que ningún patriota se atreve á quebrantar.

XXXV

Cuando Weyler vuelve, ya no operamos por lo inextricable de las lomas. Otras columnas las recorren, y nosotros marchamos por el llano, á lo largo de ellas. Así tenemos ocasión de abandonar los enfermos en los dos ó tres pueblos por donde pasamos.

En San Diego de los Baños ha quedado buen golpe de ellos, tendidos en las hamacas que llenan los colgadizos. Una semana después volvemos á pernoctar allí, y los enfermos continúan en los mismos colgadizos, extenuados, cadavéricos. Entre ellos, pero menos enfermo, está el furriel de mi compañía.

—¿Cómo aquí? —le pregunto.

—No sabemos cuándo se nos llevarán. De todas partes dicen que no hay camas para recibirnos.

—¿Quién les cuida?

—Nadie. El que no puede resistir más, se muere y buen viaje.

—¿Y no distribuyen quinina?

—No hay quinina, ni botiquín, ni médico, ni vergüenza.

Lo último sintetiza todo: ni vergüenza.

Observo que el cabo se ha provisto en aquella semana de reloj, y que en su meñique brilla una sortija.

—¿Y eso? —le pregunto receloso, pero sin asombrarme, porque ya he tenido ocasión de notar que los relojes y sortijas están muy difundidos entre las clases que gozan de destino.

—¿Y eso?

El cabo mira su sortija, y me contesta.

—La he comprado.

—¿De dónde ha salido el dinero?

—De mis ahorros.

—¿Sí?... Yo tengo más haber que usted, y aún no he podido reunir para adornarme. No sé qué sabia administración ni qué singular hábito de ahorro poseen ustedes, furrieles y gente de oficina, que gastando más que nadie aún les sobra para comprar sortijas y relojes de oro... ¿Me parece que usted también ha perdido la vergüenza?

El cabo parece algo corrido. Luego se arma de cinismo, y encogiéndose de hombros me dice:

—Yo no soy nadie para moralizar, y hago lo que veo hacer. ¡Sí señor; esto es una mina, y me aprovecho!... El teniente encargado de los enfermos me ha buscado para ayudarlo... Y como casi todos se niegan á

salir de las hamacas y no quieren comer, sólo hago la mitad del rancho, y aún sobra.

—Y usted se guarda el dinero...

—La mitad; la mitad nada más. Lo que me reservo íntegramente son las sobras de los que están muy graves... ¡Como no tienen la cabeza para pensar en reclamaciones!...

¡Puah!

¡Qué asco de guerra que á todos nos corrompe!

XXXVI

También el pobre capitán ha caído enfermo, y va camino del hospital. ¡Se acabó el vigilar la comida!... ¡Se acabó el echar doble ración de carne cuando la compañía pernocta en poblado!...

¡Acabó la vergüenza!

Un segundo teniente de la escala de reserva toma el mando de la compañía, por ser más antiguo que el de la Academia. Yo llevo la contabilidad, y no sé lo que gasta. Sólo él lo sabe, que echa sus cuentas en un cuaderno; rectifica; consulta los billetes que lleva en la cartera...

A los pocos días compra un caballo.

Después una excelente montura.

Luego... Los soldados hablan.

—¡Este tío nos mata de hambre si el capitán no viene pronto!

—¡Hace bien, señores!... ¡Como que es un buen padre de familia!

—¡Vaya un caballito majo, eh!... ¡Cómo se prospera!...

Veamos ahora cómo manda este hombre.

Weyler ha vuelto á La Habana, y la columna le espera entre Palacios y San Diego de los Baños, á las órdenes del general Ruiz, simpático á los soldados, porque se interesa paternalmente de ellos, y malquisto de los jefes, porque los trata con dureza.

De las alturas bajan silbando las balas. El batallón que va en cabeza sostiene la agresión, rompiendo el fuego al pie de la montaña. Oculta entre unas matas hay una bomba enorme, capaz de volar á una sección. La mecha arde. Un sargento llega sereno, y arranca la mecha cuando sólo faltan tres dedos para consumirse. Dos segundos, y la máquina estalla.

El tiroteo se hace más vivo. Mi compañía tiene que desplegar. ¿Cómo?... ¿Por dónde?... El teniente que la manda no lo sabe. ¡Apenas sabía mandar su sección!

Desciende del caballo, y grita:

—¡Pronto!... ¡Corriendo!... ¡Desplegar en guerrilla!

Esto no es mandar á soldados. Es sembrar la confusión, y que no hagan nada con tino.

—¡Por la izquierda, al frente en guerrilla! —grito á mi sección, y despliega sin duda mi trabajo. El guía se ha puesto en contacto con la compañía inmediata y los soldados sólo esperan la orden de romper el fuego.

El teniente sigue gritando colérico:

—¡Daos prisa, voto á Dios!... ¡Correos á la derecha, no os echéis encima!... ¡Correos á la izquierda!...

El capitán ayudante del batallón le vocea desde lejos:

—¡No mande así á la tropa!... ¡Dé las voces reglamentarias, y nada más!

El oficial no las sabe. Sólo sabe mandar á cuatro carabineros, y fué una locura poner en sus manos la suerte de ciento cincuenta hombres. Porque nuestra suerte está pendiente de un hilo: las balas ruedan de la montaña; formamos el flanco derecho, y á poco más de cien metros se alza un espeso manigual. Si de allí salen algunos caballos cargando al machete, nos destrozan sin remedio.

El general Ruiz observa el peligro que nos amenaza y la confusión de las secciones, y viene al galope, insultando al comandante de la compañía. El oficial acaba de perder el tino, y se lanza frenético sobre los soldados, les golpea:

—¡A la derecha: correos hacia la derecha!

Los soldados van corriéndose, y entre las otras secciones y la mía queda un gran espacio en claro.

—¡Ciges, córrase hacia aquí! —me grita.

—Nuestra guía está á la izquierda —le contesto.

—¡Le digo que se corra pronto!

—Le digo que la guía está á la izquierda.

El general ha llegado, y en el ímpetu del galope casi derriba al teniente. Los insultos que le dirige no son para reproducirlos. El general termina:

—¡No se manda con golpes á la tropa, inútil!... Dé usted la voz correspondiente.

El oficial no sabe qué decir:

—¡Ni eso siquiera!... Diga: «¡guía á la izquierda!»

El oficial manda guía á la izquierda, y la confusión cesa súbitamente. Las secciones se ponen en movimiento y establecen contacto con la mía. Los soldados miran al vecino de la izquierda, estableciéndose á dos pasos de distancia, y á los dos minutos toda la compañía está en orden perfecto.

El general Ruiz no ha cesado de insultar al teniente. Luego dice:

—Rompan el fuego.

Me mira, y con su voz sonora, bien conocida de los insurrectos, me grita:

—Sargento, esté prevenido, y si aumenta el peligro tome el mando de la compañía.

Los soldados vuelven la cabeza hacia mi, deseando que los mande.

—Mi general, hay otros oficiales...

Colérico y agresivo revuelve el caballo, y me dice á grandes voces:

—Silencio, y no me replique!... ¡Le exijo que tome el mando de la compañía si ve peligro, y nada más!

Por fortuna, duró poco el fuego.

XXXVII

Estamos casi en el remate de las lomas, junto á las ruinas de Palacios, que muestra en las negruras de sus escombros los vestigios del fuego, arma terrible de que españoles é insurrectos han abusado en esta guerra.

Los batallones empiezan á reposar el cansancio del día. Las hogueras en donde se ha cocido el rancho se amortiguan, y el oro de las brasas brilla puro entre las sombras. Todo es paz en torno.

Mientras un soldado cuelga mi hamaca, paseo soñoliento ante una tienda de campaña donde luce una bujía. Dos siluetas se designan, borrosas y fantásticas, en el lienzo iluminado. ¿Qué hacen dentro el capitán general y su jefe de Estado Mayor? Ambos callan largo espacio.

Bruscamente se levanta uno, y su sombra se agranda y retuerce caprichosa. Suena una voz seca, limpia: fría voz de cabeza. El generalísimo habla:

—De mañana no pasa. Mañana llegamos al término de las lomas...

Reina breve silencio. La voz de don Valeriano Weyler vuelve á elevarse, fría é irónica:

—No le queda otro remedio que hacernos frente mañana, ó arrojarse de cabeza al mar.

El general en jefe alude á Maceo... La provincia de Pinar del Río está cruzada de norte á sur por las lomas que recorreremos desde hace un mes. Varias columnas la han batido simultáneamente, barriendo hacia abajo á los insurrectos. Maceo debe estar acosado en el breve trecho que nos falta por ojear. Mañana llegamos al extremo sur. Mañana nos dará la cara ó tendrá que arrojarse al mar...

El jefe del Estado Mayor sale de la tienda. La luz se apaga. Yo me acuesto.

Suena diana. La tropa despierta y se remueve. El jefe de Estado Mayor entra y sale algo agitado en la tienda del capitán general. Algo extraordinario parece que ocurre. Un ayudante me dice:

—Recoja la guardia, y vuelva á su batallón.

Aquella noche me ha tocado mandar la guardia de Su Excelencia. Cuando ya me retiro con los soldados, creo oír una voz fría, estridente, algo irritada. ¿Qué sucede?

La corneta toca marcha. Los batallones se mueven, unos en pos de otros... ¿A dónde vamos?... ¿Qué dirección es ésta?

No seguimos hacia el sur; remontamos las lomas. Al rato de partir, empieza á decirse por la columna:

—Era inútil continuar. Maceo no lo teníamos delante.

—¡Cómo!

—Se había quedado á nuestras espaldas. Nos ha burlado.

—¡Es imposible!

—Y no es lo peor eso, sino que mientras el general Weyler le creía acorralado en el sur, Maceo ha salido esta noche con su gente, se ha apostado en un palmar que hay frente á Artemisa, y ha disparado setenta y seis cañonazos. Por eso volvemos sin llegar al término. Esto circula por toda la columna. Luego vienen los comentarios, á cuál más pintoresco y disparatado. El más disparatado es que, ante semejante burla del caudillo insurrecto, Weyler ha fracasado y debe dimitir.

XXXVIII

Seguimos paseándonos entre Candelaria y San Diego de los Baños, mientras otras columnas operan en las entrañas de las lomas.

Una mañana voy en busca de mi caballo, y no lo encuentro. Sólo encuentro un animal seco, tendido en el suelo y sin alientos para levantarse. Al poco tocan marcha, y una guerrilla pasa en tropel galopante rozando mi batallón. Entre los caballos veo el mío. Le doy un grito: vuelve la cabeza, y quiere pararse. El guerrillero le hunde brutalmente las espuelas; el animal se estremece de dolor y rompe á correr frenético, se pierde loco entre la columna de polvo que la guerrilla levanta. Algunos días después le vuelvo á ver esquelético, cansado, moviéndose á impulsos de las espuelas que le abren los ijares. No tardaría en morir.

Los guerrilleros suelen trocar sus caballos inutilizados por el primero que encuentran. Ellos no tienen la culpa. Han de galopar todo el día, y las bestias, ínfimamente sustentadas, se les rinden muy pronto. Les he oído quejarse cada momento de que sólo les dan la mitad del maíz que á cada plaza corresponde.

¿Y la otra mitad?

Los soldados también se quejan de no recibir el real de la carne. Desde que entramos en Pinar del Río las reses sacrificadas no han costado ningún dinero, y el soldado sigue abonando veinticinco céntimos de su haber por la que come.

Uno le pregunta audaz á su capitán, y el capitán le responde mefistofélico y encogiéndose de hombros:

—El coronel de la media brigada ha dispuesto que ese dinero se reserve para comprar bastes á las caballerías de la impedimenta.

¡Bastes para las caballerías!... Aunque nuestro batallón tiene trescientos ó cuatrocientos hombres en los hospitales, aún dispone de mil doscientas plazas... ¡Mil doscientos reales diarios para bastes!

¡Lector: ni que los bastes fuesen de oro!

XXXIX

Otra vez estamos en Palacios.

Otra desandamos el camino.

Por la columna empiezan á correr rumores que provocan sorpresas y burlas.

—Otro chasco, señores. Maceo nos ha hecho el segundo corte de mangas.

—Bonito dicen que está Weyler.

—¿Qué sucede?

Esta mañana ha recibido un despacho del general Ahumada diciéndole que Maceo ha salido por el norte de las lomas y ha entrado en la provincia de La Habana.

—¡Imposible!... ¡No puede ser!

—Pues aseguran más: que Maceo se ha batido con una columna nuestra, y ha caído muerto.

Nos desviamos del camino que durante tantos días hemos recorrido, y llegamos á Artemisa. Punto por punto nos confirman la noticia. La columna que manda el comandante Cirujeda se ha batido con los insurrectos, sin saber quién los mandaba. Maceo, creyendo seguro el éxito, ha querido cargar personalmente. Una descarga le ha muerto.

Weyler va á La Habana, y mi batallón le espera en Guanajay. Por casualidad me alojo en la casa donde se hospedó el comandante Cirujeda.

En Guanajay nos entregan montones de cartas atrasadas que se han acumulado mientras operábamos en el interior de la trocha. Entre aquellas cartas hay una de Vives, donde me dice que el periódico de Rochefort ha publicado la crónica que le envié. Esta noticia me induce á escribir otra en un café, á vuelapluma, contando nuestra peregrinación por las lomas, la primera salida de Maceo y la segunda en que cae muerto.

Nada más.

El capitán general vuelve de La Habana; damos otro paseo por Pinar del Río, y nos retiramos del que fué teatro de las grandes operaciones.

Al cruzar la trocha para entrar en Artemisa, el comandante militar viene á mi encuentro.

—Entregue las armas á un soldado —me dice.

Le obedezco.

—¡Sígame!

Llegamos á una casa de comidas; pasamos al patio, y el comandante militar me indica con el dedo un cuarto recién desalojado de tablas y cajones.

—Ésta es su habitación —me dice con acento irónico.

XL

Con la misma frase del comandante militar, que termina el precedente capítulo, empieza el libro *Del Cautiverio*, donde he resumido mis impresiones de veintiocho meses pasados en la prisión más infame que conocieron los tiempos... ¿Qué es Montjuich, ante la Cabaña, durante los tiempos de Weyler?... Sé de un intelectual ruso que gimió en Siberia, y que sintió consuelo al saber que había sitios peores^[6].

Lo más abominable de España, la fina flor del mal, está en estos calabozos conmigo. Ladrones y asesinos, vagabundos que la recluta cazó por algunas pesetas y presidiarios que enviaron á pelear por España, todo vive aquí revuelto y manchado, sin organización ni disciplina, imponiendo cada cual su autoridad despótica á puñalada seca.

De aquellos calabozos veo salir los hombres camino de la capilla. Por la mañana oigo la lúgubre diana de los fusilamientos, sombrío, siniestro, pensando si habré de aplastarme el cráneo contra el muro ó clavarme un cuchillo en las entrañas; porque á mí también quieren fusilarme, y no me reconozco con la mansedumbre del cordero para ir maniatado al suplicio.

A los pocos días de prisión recibo una esquila de Vives, anunciándome que él también está preso. Vives ya no es Vives. Un sobre abultado que me envía, dice quién es. Lo abro, y lo primero que veo es una cartulina artísticamente trabajada, acreditando como socio de un círculo aristocrático de Roma al conde Mario Vittorio Divizzia. Saco algunos papeles y estos retratos:

Dos muchachas rubias de fríos ojos azules, que dicen ser hermanas de Vives ó del conde Divizzia;

Una mujer de arrogante hermosura, y al dorso una dedicatoria firmada «Gina»;

Un general (¿Barattieri?) rodeado de ayudantes; todos á caballo; todos con el blanco uniforme de las colonias italianas. Entre los ayudantes, Mario Vittorio Divizzia;

Otro retrato de éste hecho en Jerusalén, con uniforme de oficial turco.

Si es cierto que estuvo en Armenia, ningún testimonio contenía el sobre.

La prensa me trae al calabozo ecos apagados de una guerra interminable é inhumana.

Los presos que vienen del campo ó de las oficinas me cuentan abusos tan inauditos, que quisiera no creerlos, ó quisiera verlos para contarlos.

EPÍLOGO

Abril de 1906

Han pasado los años, y sólo la ineptitud ha recibido premio.

Algunos dicen que en 1899 fracasó un régimen. ¿Quién le ha pedido cuentas? Los republicanos fueron los encargados del ajuste, y nada han hecho.

No es un régimen, es toda una España quien ha fracasado.

Hay que empezar.

FIN



MANUEL CIGES APARICIO (1873—1936). Escritor y periodista. Huérfano de padre se trasladó con su madre a Azuaga (Badajoz). Estudió segunda enseñanza en Badajoz. Regresó a Enguera y sentó plaza como soldado en marzo de 1893. Su primer destino fue Cataluña y posteriormente Cuba.

El 1 de enero de 1896 publicó con el seudónimo «Escipión» un artículo en *El País* reclamando la autonomía para Cuba. Una vez en la isla comenzó a remitir correspondencias a Henri Rochefort para *L'Intransigeant* criticando las operaciones militares y la política de Weyler. Interceptadas sus cartas fue acusado de alta traición, siendo encarcelado en la fortaleza de La Cabaña hasta mediados de 1899.

De regreso a España trabajó en las redacciones de *El Pueblo* (Valencia), *Vida Nueva* (Madrid), *El País* (Madrid), *El Progreso* (Zaragoza, 1903—1904) y militó en el republicanismo. Entre 1903 y 1910 publicó cuatro libros autobiográficos, *Los cuatro libros: El libro de la vida trágica: del cautiverio* (1903) relata su estancia en la prisión colonial y fue un auténtico éxito, de forma que se reimprimió cuatro veces más; con él inició la serie, compuesta además por *El libro de la vida doliente: del hospital* (1906); *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra* (1906) y *El libro de la decadencia: del periodismo y la política* (1907); y dos de denuncia social en la serie «Las luchas de nuestros días»: *Los vencedores* (1908) y *Los vencidos* (1910).

Ingresó en el Partido Socialista Obrero Español en noviembre de 1909, poco antes de abandonar España rumbo a París, perseguido por la ley de Jurisdicciones. En la capital francesa perteneció al Grupo Socialista Español y allí recibió la visita de Pablo Iglesias en 1910 cuando éste iba camino de Copenhague para participar en el Congreso de la Segunda Internacional. Recorrió el norte de Africa como enviado especial de El Pueblo y poco a poco se fue alejando del socialismo. En 1916 visitó al rey Alfonso XIII en el Palacio para hacer gestiones favorables a los presos en poder de las potencias germánicas lo que le valió ser dado de baja en el Grupo Socialista Español de París en enero de 1917. Ese mismo año regresó a Madrid para incorporarse a la plantilla de El Imparcial como analista de política internacional, puesto que ocupó hasta 1925.

En 1928 y 1929 fue director de La Voz de Aragón (Zaragoza). Políticamente se aproximó al republicanismo y, en concreto, a Manuel Azaña. Fue Gobernador civil de Baleares desde el 16 de febrero de 1933 al 21 de diciembre de 1935. Colaborador de El Liberal y El Mercantil Valenciano y creador de Política, diario de Izquierda Republicana. Tras el triunfo del Frente Popular fue nombrado Gobernador civil de Santander (22 de febrero a 3 de junio de 1936), Lugo (3 de junio a 5 de julio de 1936) y de Avila desde esa fecha, donde le sorprendió la rebelión militar del 18 de julio de 1936.

Detenido, fue fusilado en Avila el 5 de agosto junto a Licinio Avila, concejal y fundador del socialismo en dicha ciudad y Manuel Alonso Zapata, diputado socialista por Madrid en 1933.

Notas

[a] En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas de la edición de 1906, a partir de la cual se ha realizado esta. (N. del E. D.). <<

[1] Con dos «f» en la edición de original. (N. del E. D.) <<

[2] En la edición de 1906 falta el capítulo III. Errores de este tipo se repiten otras veces, pero, debido a su nula incidencia en el texto, se ha preferido mantener la numeración original. (N. del E. D.) <<

[3] Con este error de numeración, xxxiv por xxiv aparece este capítulo en el original. (N. del E. D.) <<

[4] En el libro *Del Cautiverio* le llamo Juan Roig, después he recordado su verdadero apellido. (N. del autor) <<

[5] En la edición de 1906 el capítulo xxxiv aparece duplicado. (N. del E. D.)
<<

[6] Se refiere á Dostoyevski. (N. del E. D.) <<

Índice de contenido

Cubierta

El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra

Primera Etapa

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX

Segunda Etapa

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII

Tercera Etapa

I
II
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV

XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI

Cuarta etapa

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII

XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL

Epílogo

Sobre el autor

Notas



IMPRESO
EN LA IMPRENTA
de
Bernardo Rodríguez.
Barquillo, núm. 8.
MADRID







de

EL LIBRO DE LA CRUELDAD:

**DEL CUARTEL Y
DE LA GUERRA**

**Manuel
Ciges
Aparicio**

Lectulandia